

Premio literario
Amazon
2021

*Amor
contracorriente*

Annabeth Berkley

Amor contracorriente

ANNABETH BERKLEY

© 2021, Annabeth Berkley

ISBN: 9798516884306

Correcciones: Yolanda Pallás

Diseño de cubierta: Roma García

Imágenes compradas en Adobe Stock

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tengo un regalo para ti:

Antes que nada, muchas gracias por querer leer mi novela.

Sinceramente espero que te guste, y si es así, me encantaría que me dejaras un testimonio al respecto en las redes sociales.

Quiero agradecerte tu confianza invitándote a descargar gratuitamente el libro «Una pasión escondida» de la serie Edentown, en este enlace: <http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/>

Disfruta de la lectura

¡¡Un abrazo!!

Annabeth Berkley

*Con todo mi cariño y agradecimiento a las personas valientes y comprometidas que,
a lo largo de la vida, han luchado por lo que creían, siendo fieles a ellas mismas, a sus
convicciones y a su corazón.*

*“Nunca dudes de que un pequeño grupo de ciudadanos pensantes y comprometidos
pueden cambiar el mundo.
De hecho, son los únicos que lo han logrado”.
Margaret Mead*

Agradecimientos

A Octavia Hill, Mary Richmond, Jane Adams y otras tantas mujeres precursoras del Trabajo Social, por ser unas auténticas heroínas, valientes y comprometidas, fieles a sí mismas y a sus deseos de ayudar.

Gracias a Ana, M^a Jesús, Mar, y Yolanda, compañeras en nuestra labor social, por ser ejemplos de mujeres fuertes, honestas y leales, de coraje y amistad. Es un honor compartir el camino con vosotras.

Gracias a Miguel Miranda Aranda, uno de mis profesores de la carrera de Trabajo Social, por haber transmitido de una manera tan noble la admiración por ellas y el trabajo de estas mujeres. Si queréis saber más sobre los pilares de lo que hoy se conoce como Trabajo Social, os recomiendo su libro “De la caridad a la ciencia. Pragmatismo, Interaccionismo y Trabajo Social”, en el que retrata, creo que muy fielmente, la sociedad de la época. Lo podéis encontrar en este enlace: <https://amzn.to/3fTMuLh>

Amor contracorriente

La joven lady Allyson Connelly se miraba en el espejo con cierta inseguridad. Estaba en el salón de la modista a la que solían acudir al inicio de cada temporada. Podría decirse que le gustaba lo que veía. Su cabello rubio perfectamente recogido, el precioso vestido celeste que resaltaba el azul de sus ojos, los bonitos y cómodos botines que le permitirían bailar toda la noche... Estaba satisfecha del resultado, sin embargo... sentía que le faltaba el aire.

Madame Léonard, la solicitada modista francesa a la que la mayoría de la nobleza de Londres encargaba sus vestidos desde que se había instalado allí hacía unos años, la miraba extrañada con varios alfileres sujetos entre sus finos labios. Era alta, delgada y su demostrada experiencia y los altos precios que cobraba daban la razón a la soberbia con la que se conducía. Miró la estrecha cintura de la joven. Estaba segura de que el corpiño no estaba tan apretado como para no dejarle respirar, así que no le prestó mayor atención.

Allyson sintió como sus mejillas perdían el color y un sudor frío le recorría el cuerpo. Intentó distraerse mirando a su alrededor. Las paredes forradas con papel en tonos claros, las lujosas telas de diferentes colores sobre una mesa alargada, varios espejos diseminados por la habitación, estanterías con diferentes tocados que sobresalían de sus cajas, cajones a medio cerrar con vistosas plumas, abalorios y delicados encajes...

—Creí que ya tenía pretendiente —comentó Madame Léonard mientras se alejaba para dar el visto bueno a su diseño desde la distancia.

—Y lo tiene —afirmó altiva y satisfecha lady Josephine Connelly, la elegante matriarca de la familia—. Esta temporada, Christine causará la misma sensación que su hermana en la anterior. No tengo duda de ello.

Josephine miraba a su hija mayor con el ceño fruncido, molesta porque aún no hubieran fijado la fecha de la boda. Si la modista sabía que tenía pretendiente, pero aún no se había casado, lo sabría, sin duda, el resto de la alta sociedad. No comprendía el porqué de su reticencia cuando el conde de Norfolk era tan buen partido para cualquier joven casadera.

—El delicado vestido de color pétalo que han escogido, sin duda, hará que encuentre pretendiente tan rápido como su hermana —comentó la modista sonriendo fríamente a la joven morena de ojos azules a la que acababa de quitarle el elegante y decoroso vestido encargado para la fiesta.

Allyson miró a Christine, su hermana un año menor, que la miraba con los ojos brillantes, emocionada por su inminente presentación en sociedad. Sin duda, estaría preciosa y más que preparada para encontrar esposo. La más pequeña, Laura, rubia como ella y de ojos verdes, estaba sentada indiferente junto a su madre. Ella aún tendría que esperar un año más para su presentación en sociedad, y no parecía que tuviera mucho interés al respecto.

Allyson volvió a mirarse en el espejo. A ella se le acababa el tiempo. La falta de aire era cada vez más acuciante. El conde de Norfolk, el afortunado pretendiente al que sus padres habían aprobado, además de pertenecer a su clase social y ser correcto y educado, había sido muy paciente con sus caprichos de retrasar la boda entre ambos.

Ese año la acompañaría en los bailes para confirmar la unión matrimonial que todos esperaban que se fuera a producir en breve. Era un buen hombre y sería un buen marido, se dijo tratando de convencerse.

—Allyson, por Dios, ¿qué te ocurre? —le preguntó alarmada su madre, notando su palidez y

angustia, cada vez más visible.

Allyson cogió aire y lo soltó con rapidez varias veces mientras se doblaba sobre sus rodillas. Christine y Laura fueron preocupadas hasta ella. Madame Léonard se acercó agitando un abanico de color crudo con su mano. Solo Josephine la miraba seria, levantado una ceja con frialdad.

—Se... me pasará pronto.... —les tranquilizó Allyson con un hilo de voz mientras la modista le soltaba los lazos del vestido para quitárselo.

—No creo que sea necesario arreglarlo —les comentó Madame Léonard con firmeza—. Quizá la joven está nerviosa.

Josephine apretó los labios con fuerza, mirando ceñuda a la mayor de sus hijas.

—Probablemente —murmuró entre dientes.

Allyson miró de reojo a su madre antes de desaparecer tras la cortina que servía de biombo para vestirse con su ropa de paseo.

—Al año que viene me tocará a mí ponerme otro de estos vestidos —comentó la joven Laura pasando la mano por el vestido que Christine iba a llevar.

Christine asintió, mirando risueña su bonito vestido. Sabía que todos la compararían con su bonita hermana mayor, pero afortunadamente ella no sería rival puesto que a su boda con el conde solo le faltaba establecer la fecha.

Josephine no se movió de donde estaba hasta que no vio salir a Allyson vestida con su traje de paseo de colores crudos y visiblemente más recuperada. Christine y Laura fueron hasta ella preocupadas. Allyson les sonrió evitando la mirada de su madre.

—Muy bien, Madame Léonard —le comentó Josephine a la modista mientras se dirigía a la puerta—. Espero que envíe estos vestidos mañana mismo, y el resto de los que le hemos encargado, en una semana.

La mujer asintió satisfecha. Poco antes de empezar la temporada en Londres, recibía cientos de encargos que le permitían vivir muy holgadamente el resto del año, cuando la alta sociedad solía retirarse a pasar la temporada de caza a sus segundas viviendas alejadas de la vida social de la ciudad.

Justo antes de salir, se encontraron con lady Flanigan, una vieja conocida de la familia, que entraba con su hija, probablemente con la misma intención con las que ellas habían ido.

Era alta y ligeramente corpulenta, y llevaba un moderno sombrero sobre su cabello oscuro. Su hija, con el cabello un poco más claro, parecía su joven reflejo.

Las madres se saludaron con una afectuosa sonrisa. Las jóvenes se miraron con curiosidad. No solían relacionarse entre ellas.

—Supongo que nos veremos en la fiesta de lord Bondshire —comentó lady Flanigan.

Josephine asintió complacida.

—Sí, Helen, aunque tenía entendido que Josselyn ya había encontrado pretendiente el año pasado.

La mujer sonrió asintiendo y manteniendo la mirada a su interlocutora.

—Así es, pero parece ser que tiene la misma prisa que Allyson por contraer matrimonio.

Las dos jóvenes aludidas se miraron y se sonrieron con amabilidad. Aunque recordaban haberse visto en alguna ocasión, apenas habían hablado entre ellas.

Josephine miró al cielo, como si pidiera la paciencia que necesitaba para la incomodidad que le producía la situación de su hija mayor.

—Este año debuta Christine. Ya lo tenemos todo preparado, y estamos seguras de que todo irá... mejor.

Helen asintió con una sonrisa educada.

—Te deseó la mejor de las suertes, Christine —miró a la ilusionada joven—. Mucho gusto en saludarlas.

Josephine y sus hijas volvieron al carruaje que les estaba esperando al otro lado de la calle. Allyson se distrajo mirando a su alrededor. Las calles de la ciudad eran amplias y estaban limpias. Había varias personas paseando distraídas. Todo le parecía que estuviera dentro de la normalidad a la que estaba acostumbrada... y de la que había empezado a dudar.

—Allyson, ¿por qué te detienes?

Allyson miró a su madre sonrojada. Bajó la cabeza y fue hacia el carruaje justo cuando otro carruaje similar paró frente al de ellas.

Un joven apuesto de cabello castaño y ojos del mismo color bajó de él para saludarlas.

—Lady Connelly, Christine, Laura, Allyson.

Todas sonrieron y devolvieron el saludo al prometido de Allyson.

—Es un placer haberlas encontrado. Ahora iba a ver a su esposo —les explicó mientras Allyson se acercaba a él.

—Madre, ¿puedo irme con Robert? —preguntó la joven tratando de aparentar indiferencia.

—No es buena idea, Allyson. Cualquiera puede veros...

—Aún no es mediodía, madre —insistió Allyson.

—Voy a una de las fábricas —le explicó Robert, el conde de Norfolk, serio—. Nada me gustaría más que compartir el tiempo contigo, Allyson, pero quizá no sea buena idea...

Allyson frunció el ceño mientras hacía un entrenado mohín con los labios que le dedicó a Robert y a su madre.

—Siempre os quejáis de que no pasamos tiempo juntos...

Josephine entrecerró los ojos mirando a su hija mayor con desconfianza.

Allyson evitó su mirada fijándola en su guapo pretendiente, que miraba a su madre esperando un permiso.

—Puedo quedarme esperando en el carruaje... —insistió Allyson con dulzura.

—Yo cuidaré de ella, lady Connelly, y en cuanto termine la diligencia que me lleva hasta allí, la acompañaré a casa.

Josephine asintió con un gesto serio, visiblemente molesta con su hija mayor.

Allyson se despidió de su madre y sus hermanas sin perder más tiempo y dedicó a Robert una bonita sonrisa mientras subía al elegante carruaje con asientos de terciopelo en color verde oscuro.

El joven la siguió al interior, sentándose frente a ella. La miró detenidamente mientras golpeaba con su bastón el techo para indicar al cochero que se pusiera en marcha. Pocas veces conseguían estar a solas.

—No esperaba que quisieras venir conmigo —le comentó Robert, con mucha calma, casi arrastrando las palabras.

Allyson se encogió de hombros, sintiéndose ligeramente incómoda con su tono de voz. Sentía su mirada condescendiente sobre ella, como si todavía la estuviera evaluando para saber si sería o no una buena esposa, o como si estuviera dispuesto a regañarla si no hacía lo que él consideraba correcto.

—Apenas nos vemos... —le contestó ella, suponiendo que era lógico que pasaran algún momento a solas.

—Tu madre ya no está. No tienes que fingir delante de mí —le indicó serio mirándola a los ojos.

—No estaba... —¿A quién trataba de engañar? Quizá Robert había empezado a conocerla—.

Nunca he visto una fábrica —le respondió compartiendo la verdadera razón por la que había querido acompañarle.

—Ni tienes por qué verla —le explicó con cierta frialdad, manteniéndole la mirada.

Allyson lo miró por unos segundos. Había creído que Robert apoyaría sus inquietudes o le permitiría dirigirse con más libertad que la que tenía en casa de sus padres. Quizá fueran imaginaciones suyas, pero en determinadas ocasiones, él le hacía sentir insegura y no era nada agradable sentirse así.

—¿Por qué no? ¿Qué habría de malo? —le preguntó mirando hacia la ventana para disimular su decepción.

—Ese no es un sitio para una dama —insistió Robert mientras el carruaje iniciaba un incómodo traqueteo debido al desgastado suelo de las calles por las que habían empezado a transitar.

—Oh, vamos... —Allyson le miró impaciente.

—Además, has dicho que te quedarías en el carruaje.

Allyson le miró seria. Cierta tensión se palpaba en el ambiente. Ella sabía que no debía llevarle la contraria, que debía mostrarse sonriente y sumisa, pero cada vez le costaba más comportarse así con él.

—Allyson... —le recriminó molesto—. No sé qué esperas encontrar allí, pero no es como te lo imaginas. Las fábricas... —entornó los ojos con una mueca—. ¿Qué has estado leyendo?

Allyson se sonrojó, pero no le respondió. Se limitó a mirar por la ventana, dándose cuenta de que habían dejado muy atrás el centro londinense.

—¿Dónde vamos exactamente?

—A una parte del East End... barrios obreros... tu padre se encuentra en una de las fábricas —Allyson se asomó por la ventana sin ningún reparo—. Allyson, esto no es un viaje de placer. Vuelve dentro.

Allyson lo miró molesta.

—Nunca he estado en un barrio obrero.

—Y no vas a estarlo —le respondió serio—. Te repito que no es sitio para una dama. Pasaremos por el barrio, pero no nos detendremos.

Allyson le mantuvo la mirada, pero cedió separándose de la ventana. De nada iba a servir enfrentarse con él, además de que sería algo imperdonable por su parte.

—¿Por qué no? —susurró a regañadientes.

—Allyson, no hay nada que quieras ver, créeme.

Allyson lo miró extrañada y molesta. Ella quería asomarse por la ventana. Por eso había ido con él. Era algo que no se podía quitar de la cabeza desde que había leído a escondida los últimos libros de Charles Dickens. Le costaba creer que la ciudad que él describía fuera donde ella residía.

Robert decidió cambiar el rumbo de la conversación. Tenía claro que discutir con Allyson no llevaba a nada, además de que no tenía por qué hacerlo. Sin duda sería una esposa perfecta cuando se acostumbrara a su verdadera posición como condesa. La acarició con la mirada. Era preciosa, quizá demasiado transparente en sus expresiones.

—Creí que querías estar conmigo... a solas.

Allyson se sonrojó consciente de la intimidad del momento. Estiró su espalda pegándose aún más al asiento en el que estaba, como si pudiera poner más distancia entre ellos.

—Sí, claro... —le respondió visiblemente incómoda mientras el carruaje se movía de manera más abrupta al dejar totalmente atrás las cuidadas calles de la ciudad.

Miró a Robert. Era un buen hombre, guapo, distinguido, educado. Estaba casi convencida de que sería un buen esposo, pero no sabía por qué le estaba costando tanto fijar una fecha para su boda. Sabía qué era lo que un marido podía exigir a su esposa. La habían educado para ello. Estaba dispuesta a ser una esposa sumisa y obediente, aunque solo pensarlo le causaba cierta ansiedad.

Los pocos y robados besos que él le había dado en contadas ocasiones no la conmovían lo más mínimo ni mucho menos le interesaba repetirlos. Su madre le había explicado, sin muchos detalles, lo que pasaba en la intimidad del dormitorio entre un hombre y una mujer, y no tenía ningún interés en experimentar el molesto momento. Lo peor era saber que no había manera de evitarlo. Desvió su mirada sonrojándose ante sus pensamientos.

Parecía que entraba un olor fuerte y desagradable por la ventana y Allyson sacó un pañuelo del pequeño bolsito que llevaba colgado de la muñeca y se lo llevó a la nariz.

Robert la seguía mirando detenidamente.

—Allyson... ¿buscabas estar a solas conmigo?

Allyson lo miró ruborizada. Cierta desasosiego la invadió ¿Por qué insistía? Los ojos de Robert habían empezado a brillar. Realmente estaban los dos a solas. ¿Lo vería como una oportunidad de acercarse a ella y besarla? No le apetecía en absoluto.

—No digas esas cosas, Robert. Soy una mujer decente.

Robert sonrió con arrogancia. Por fin parecía que Allyson se había dado cuenta de que estaba en sus manos, de que dependía de él.

—No dudo de que lo seas...

—¿Dónde estamos? —le interrumpió con curiosidad acercándose a la ventana al ver que pasaban junto a unos edificios que no conocía.

Robert le impidió que lo hiciera sujetándola por el brazo.

—Allyson, no tienes por qué ver esto.

Se mantuvieron la mirada por unos segundos. La tensión entre ambos fue más que visible y parecía que ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder. Robert se incorporó ligeramente sobre ella. Allyson se rindió. Lo tenía demasiado cerca. Bajó la mirada, sumisa y volvió a apoyarse en su asiento.

—Si no querías estar conmigo a solas, ¿Qué pretendías con este viaje?

—No lo sé. Pensé que podría ver a mi padre...

—¿Ahora? ¿Tienes algo urgente que decirle? Una fábrica no es lugar para una mujer de tu clase. Te ruego que no bajes del carruaje cuando lleguemos. Puede ser peligroso.

Allyson lo miró con cierta desconfianza. Sus palabras parecían sinceras y su tono de voz amenazador.

—¿Peligroso? ¿Y por qué mi padre viene todos los días? ¿Por qué vienes tú?

—Peligroso para una mujer como tú, querida —le respondió protector sin dejar de mirarla.

Allyson asintió antes de girar la cabeza hacia la ventana. Estaba deseando ver lo que había en las calles. Siempre había vivido protegida, entre sedas y algodones, pero últimamente tenía muchas dudas acerca de si su vida era real o era un espejismo en el que solo unos cuantos afortunados podían vivir.

Robert se sentó de repente a su lado buscando su contacto. Allyson se sobresaltó y con rapidez se levantó de su asiento para ocupar el que él había dejado libre.

—¡Robert, por favor!

Robert hizo una mueca de autosuficiencia.

—Soy un hombre, Allyson, y he sido muy claro desde el principio. Quiero casarme contigo.

Creía que tú también, pero a veces me haces dudar y no me apetece perder el tiempo. ¿Has pensado ya la fecha para nuestro enlace?

La miró fijamente a los ojos. Allyson se sonrojó. No esperaba que fuera tan directo. Por lo visto era cierto que, cuando había cierta intimidación, los hombres podían dejar de ser tan educados como solían mostrarse en público.

—Lo sé... disculpa... —bajó la mirada avergonzada—. Sé que debería haberte dado una respuesta... ¿Irás mañana al baile de lord Bondshire?

—Sabes que sí —le respondió paciente—. Pasearé contigo... y bailaré contigo para que quede claro que mis intenciones son firmes, frente a tu desinterés para elegir la fecha.

Allyson asintió ruborizada. Tenía razón. Llevaba posponiendo el momento demasiado tiempo. Era un buen hombre, se recordó. No encontraba ningún motivo para eludir su proposición y menos todavía cuando llevaba casi un año cortejándola.

Además, ¿qué iba a hacer si no? Tenía que casarse y tener hijos. Era lo que se esperaba de ella. Siempre podría seguir leyendo según qué libros a escondidas, como últimamente hacía, pensó.

—¿Me dirás el día elegido en el baile? —insistió Robert obstinado.

—Es probable —aceptó incómoda mientras notaba cómo le faltaba el aire de nuevo y no tenía nada que ver con el pañuelo que todavía sujetaba contra su nariz.

Robert suspiró con resignación y volvió a su lugar en el carruaje, haciendo que ella, instintivamente, volviera al suyo, con la mirada baja.

El carruaje no tardó en detenerse. Robert cogió un pequeño maletín que había bajo su asiento con la documentación que debía entregar.

Allyson fue directa hacia la puerta en cuanto Robert bajó. Quería que sus ojos abarcaran todo lo posible. El ambiente parecía cargado, con una pequeña nebulosa flotando en el aire. Su olfato parecía haberse acostumbrado al olor desagradable que los rodeaba. Pudo ver los suelos grises, la sombra que se cernía sobre la calle, mujeres con ropas desgastadas, niños escuálidos y harapientos jugando entre ellos, hombres vestidos con sencillos pantalones y amplias camisas con una gorra sobre las cabezas.... ¿Eso también era Londres? Le sorprendió ver a lo lejos a una mujer rubia con el cabello recogido y ropa discreta, entrando en uno de los destartados edificios...

—Allyson ¿dónde crees que vas? —le preguntó serio, girándose y mirándola a los ojos mientras cerraba la pequeña puerta.

Allyson le mantuvo la mirada, como si no hubiera escuchado sus palabras, sorprendida por lo que había visto.

—Dijiste que no bajarías.

Allyson asintió en silencio mientras se recostaba en el asiento aterciopelado a modo de protección. Recordaba haber dicho que podía quedarse en el carruaje, no que fuera a hacerlo... una cosa era poder, otra querer, y ella quería ver más de lo que había visto. No podía conformarse con asomarse a la ventana. Esa parte de la ciudad era muy diferente a lo que conocía, a lo que toda su vida había creído que era Londres.

Robert se dirigió al cochero, que, impasible, miraba hacia adelante.

—Si alguien se acerca a molestar, dé una vuelta y vuelva —le indicó—. No tardaré mucho en salir.

Allyson se incorporó en cuanto lo vio alejarse y desaparecer tras un enorme portón de hierro en una tosca y enorme construcción de cemento.

Se atrevió a asomar la cabeza por la ventana. Las calles estaban sucias y las personas que por

ella transitaban no estaban mucho mejor. ¿Por qué no conocía esa realidad? Se preguntó molesta. Sentía que había vivido en una jaula de oro toda su vida. Una vida que, en ese momento, no le parecía real. Vio como un grupo de niños de diferentes edades señalaban el carruaje y supuso que no tardarían en acercarse a curiosear.

Allyson sentía la adrenalina correr por sus venas. Tenía que aprovechar la oportunidad, se dijo. ¿Qué era lo peor que podría pasar? ¿Que su padre la descubriera? Podría decir que se había asustado y había buscado la protección de Robert. Eso, sin duda, también le gustaría a él. ¿Cuántas oportunidades como esa se le podían presentar? Bajó con rapidez y siguió a Robert al interior de la oscura fábrica en la que había entrado.

Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad que reinaba en el interior y contrastaba con la luz del día.

Estaba en una especie de pasillo. Decidió no despegarse de la pared en la que se apoyaba, pero consumida por la curiosidad siguió andando entre sombras. Oyó fuertes voces al otro lado de la pared. Un poco más adelante había una puerta de acceso. Se atrevió a abrirla ligeramente, con mucho cuidado.

Miró a través de la pequeña rendija. Varios hombres voceaban alterados entre ellos mientras uno trataba de poner paz colocándose en medio y alzando la voz. Ella apenas podía escuchar claramente lo que estaban hablando. Abrió la puerta solo un poco más para poder entender lo que se decía.

El hombre que estaba en el centro se giró hacia ella, como si hubiera visto moverse, casi imperceptiblemente, la puerta. Allyson se echó hacia atrás sobresaltada. No esperaba que la descubrieran. El hombre, sin embargo, decidió ignorarla y continuó con lo que estaba diciendo a sus compañeros.

Allyson volvió a mirar por la ranura. Afortunadamente, la luz en el interior era mucho mejor que en el pasillo en el que ella estaba. Las mesas estaban llenas de aparatos que no conocía. Los hombres vestían viejos pantalones, camisas desgastadas y algunos llevaban las gorras que ya había visto en los que vagaban por las calles. El hombre que hablaba se quitó la gorra. Su cabello era oscuro y liso, parecía alto, y hacía asentir a los hombres que le rodeaban.

Se escuchó algo de ruido y movimiento proveniente del lado opuesto en el que estaba ella, y todos los hombres miraron hacia allí dándole la espalda. En un momento, todos se movieron por la atestada sala en la que estaban como ocupando el sitio donde se suponía que debían estar. El hombre que había hablado en el centro se movió con rapidez hacia la puerta tras la que ella se escondía.

Allyson lo veía acercarse, incapaz de moverse. Caminaba con mucha seguridad y arrogancia, era joven, alto, los botones del cuello de su camisa estaban desabrochados, su aspecto descuidado, sus ojos azules eran fríos, su gesto, serio... Abrió la puerta. Le clavó la mirada conforme la empujaba para poder salir y cerrar la puerta tras él.

Entre sombras y en silencio, en un segundo, la miró de arriba abajo extrañado. Cuando la había visto espiando tras la puerta había pensado que sería una mujer buscando trabajo, pero, pese a la oscuridad reinante, su perfume y sus refinados movimientos, le estaban diciendo lo contrario. ¿Qué hacía una mujer así allí? ¿Qué buscaba?

Allyson era incapaz de abrir la boca. Incómoda, asustada. El corazón le latía con fuerza. El pasillo se le antojaba estrecho y demasiado pequeño como para compartirlo con él. Estaba pensando en huir cuando escucharon pasos apresurados a su derecha. Los dos se giraron a la vez y volvieron a mirarse. Ninguno debería estar allí.

En un momento él la cogió por el brazo y la apoyó contra un rincón aún más oscuro de la

pared, junto a una columna. Se pegó a ella sin ningún tipo de miramiento.

Allyson sentía que el corazón le iba a estallar. No sabía qué le dirían su padre y Robert si la veían dentro, pero eso ya había dejado de tener importancia. No podía dejar de pensar en ese hombre apretándose contra ella en un rincón oscuro de la pared. Creía que el corazón iba a salirse del pecho. Notaba el torso duro y plano contra el suyo. Era bastante más alto que ella y su corpulento cuerpo le impedía ver más allá. Afortunadamente, olía sorprendentemente bien. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Ningún hombre, nunca, se le había acercado tanto. Eso era indecente, se reprochó, incapaz de moverse.

James Ackermann escuchaba en silencio apretando su cuerpo contra el de la desconocida. Los tres hombres que calculaba que se acercaban no tardarían en pasar junto a ellos. Estaba convencido de que no los verían. No era la primera vez que entraba allí, y ya conocía los rincones más oscuros donde esconderse sin ser visto. Lo que esa vez no esperaba era encontrar una joven bien vestida en ese mismo corredor.

Era menuda, y olía a un perfume floral y dulzón. Sin duda sabía que no debía estar allí porque no se había opuesto a esconderse para no ser vista. ¿Qué estaba haciendo en ese lugar? Parecía demasiado joven como para buscar una aventura con un simple obrero.

Se apretó más a ella cuando los tres hombres pasaron por su lado sin verlos.

Allyson aguantó la respiración hasta que oyeron cómo se alejaban. Había levantado las manos para tratar de mantener inútilmente la distancia con ese hombre, pero lo cierto era que la piel de sus dedos parecía que quemaba con el contacto. El pecho de aquel hombre era duro y fuerte, y se sonrojó cuando se descubrió a sí misma sin querer dejar de tocarlo.

Él la sujetó por las muñecas para salir de la oscuridad sin separarla apenas de su pecho.

—Creo que no debería estar aquí —la acusó en un susurro con voz aterciopelada y ronca.

No soportaba a las mujeres ricas y consentidas que se creían con derecho a utilizar a cualquiera a su antojo.

—Parece que usted tampoco —le respondió ella sintiendo como se estremecía ante su contacto y cercanía.

Entonces, él le sonrió cínico entre sombras y ella sintió que se quedaba sin palabras mientras el rubor teñía sus mejillas. Se mantuvieron la mirada unos segundos que parecieron eternos. James se fijó en sus labios. Allyson miró los suyos. Algo prohibido, pensó.

—No se lo contaremos a nadie —le dijo él besándole la boca, exigente.

Allyson dio un paso atrás, sorprendida.

James la sujetó por la cintura apretándola contra él. Quería probar su dulzura, su suavidad, y su lengua invadió la boca de la desconocida. Allyson intentó resistirse muy débilmente. Nunca le habían besado así. El beso era caliente, excitante, desvergonzado... Allyson creía que iba a caerse por el temblor de sus rodillas y se apoyó en él, rendida, vulnerable. James ahogó un gemido. Joven e inexperta. Aquel no era su sitio y debía darse cuenta cuanto antes.

Entonces volvieron a oírse ruidos y él interrumpió el beso llevándola hasta la puerta de salida con rapidez y empujándola al exterior para él quedarse dentro.

Allyson parpadeó sorprendida, acalorada, con la respiración entrecortada y el pulso galopante. Estaba en la calle, frente al portón de hierro. Miró a su espalda confundida. Vio el carruaje de Robert acercándose y fue hacia él para subirse en cuanto se detuviera. Todo parecía que le daba vueltas y ella parecía que hubiera perdido la fuerza hasta para tenerse en pie. ¿Qué había pasado?

Se subió sin atreverse a levantar la mirada. No sabía si alguien podría adivinar lo que había ocurrido en la fábrica o lo que sentía en ese momento.

Nada más sentarse y recostarse en el asiento, Robert entró con rapidez por la puerta, dándole

al cochero la orden de arrancar.

—Me has asustado —comentó Allyson llevándose la mano al pecho.

No había tenido ni tiempo de reponerse de su inesperada experiencia, y por escasos segundos se había librado de dar explicaciones incómodas.

—No era mi intención haber tardado tanto, ¿te encuentras bien? ¿Estabas preocupada?

Allyson bajó la mirada, asintiendo. No estaba segura de que no pudiera adivinar en sus ojos lo que acababa de ocurrir.

—Ya te dije que este no era sitio para una mujer como tú.

Allyson no le respondió. Su cabeza daba vueltas a todo lo que había visto y vivido. Su corazón palpitaba con fuerza por todo lo que había sentido. Necesitaba unos segundos en silencio para que todo recuperara su orden.

—No tenía que haberte traído —se lamentó Robert—. Mírate. Tienes los labios irritados de tanto mordértelos.

Allyson se sonrojó cubriéndoselos con una mano y desvió la mirada inmediatamente.

—Yo quería ver cómo era —se disculpó queriendo cambiar de tema—. Había leído que...

—¿Otra vez? —le preguntó impaciente con un suspiro.

Allyson le miró con el ceño fruncido. Le hubiera gustado estar a solas para recordar y saborear el beso más arrollador que había recibido nunca. En ese momento, no solo no le permitía recordarlo con detalle, sino que le recordaba lo que en su casa le habían advertido más de una vez y que tanto detestaba.

—No puedes evitar que lea.

—Ya lo hemos hablado, querida —le dijo con resignación y cierta impaciencia—. Lee Plutarco, la Biblia, los clásicos griegos... Como mucho, Jane Austen. Eso me parece bien... pero ¿ahora? ¿Qué ha sido?

—Dickens —le mantuvo la mirada con cierta rebeldía—. Quería saber si era real lo que escribía...

Robert suspiró apretando los labios.

—Allyson... hay realidades que una dama no tiene por qué conocer.

Allyson elevó una ceja extrañada, mientras hacía un esfuerzo enorme por serenarse.

—Mi madre, como sus amigas, realiza obras benéficas —le explicó—. Quería saber a qué iban destinadas.

—Siempre podrás organizar actos benéficos —le aseguró condescendiente—, pero no tienes por qué ser tú quien les entregue la ayuda en mano. Aquí no se te ha perdido nada.

—Pero ¿qué tiene de malo ver a quiénes se destinan las obras de caridad? ¿Qué tiene de malo ver a los trabajadores a los que mi padre ayuda a sobrevivir?

Robert le mantuvo la mirada serio. Sospechaba que Allyson no era el corderito sereno y dulce que sus padres y ella misma le habían hecho creer que era.

—Allyson... no tienes por qué interesarte por las empresas de tu padre. Si quieres, organiza alguna obra benéfica como hace tu madre, pero ya está. No le des más vueltas. Y no leas a Dickens. Hay libros mejores.

Allyson le mantuvo la mirada. Pocas veces veía a Robert hablándole tan serio. Ella ya le había confiado su afición a leer. Si pretendían casarse, era justo que conociera sus gustos, y aunque sus padres lo consideraran un defecto, ella no quería ocultárselo. A fin de cuentas, sería su marido... y, suspiró, no debería llevarle la contraria, se recordó.

—No pretendía molestarte —se disculpó bajando la mirada.

Había intentado varias veces abandonar la costumbre de leer, pero no podía evitarlo. Un libro

le atraía tanto como... recordó su fugaz encuentro en la fábrica con el hombre desconocido y se sonrojó. Debía dejar de pensar en él.

Miró a Robert. Era guapo, distinguido, elegante, eso había que reconocerlo, pero no le hacía latir el corazón con tanta fuerza como lo había hecho minutos antes. Quizá se debía a que pocas veces se habían acercado tanto. ¿Podría él besarla como ese hombre había hecho?

Allyson se sentó a su lado sorprendiendo a Robert.

—¿Podrás disculparme? —le repitió pestañeando con suavidad y fingida inocencia.

Se acercó a él apoyando la mano en su pecho.

Robert la miró extrañado, alejándose ligeramente.

—¿Qué haces?

Allyson se enderezó ruborizada. Creía que Robert entendería que buscaba un beso como manera de sellar la paz entre ambos, aunque ella solo quisiera asegurarse de lo que acababa de sentir. Incluso cuando habían ido hacia la fábrica, le había parecido que él buscara ese acercamiento.

—Yo...

Robert se incorporó sobre ella con una sonrisa de superioridad.

—¿Querías un beso?

Allyson se sintió más humillada aún. No solo no le había transmitido sus intenciones y tenía que preguntar por ello, sino que la hacía sentirse como una desvergonzada. Bajó la vista.

—Disculpa —murmuró en un susurro.

Robert la cogió por la barbilla acercándose más a ella. Allyson lo miró. Lo tenía a unos milímetros. Le miró los labios. Su piel no ardía. Robert aplastó sus labios contra su boca, como alguna vez más había hecho, y se retiró satisfecho.

Allyson parpadeó asombrada. ¿Qué había sido eso? Ella quería más. Allyson buscó su boca, y Robert se apartó.

—Allyson, debes comportarte —le recriminó con afecto—. Cuando estemos comprometidos, te besaré más, pero ahora debemos mantener las distancias. No creo que tu madre aprobara verte llegar a casa alterada por nuestros besos.

Allyson parpadeó asombrada. ¿Qué besos? Bajó la mirada molesta.

—No te enfades —le dijo condescendiente—. Solo tienes que fijar una fecha y en cuanto nos casemos te daré todos los besos que quieras.

Allyson no le contestó y volvió a su asiento. Evitó mirarle porque supuso que él estaría sonriendo como quien sonríe a una niña traviesa.

Lo cierto era que cada vez se sentía más molesta con la actitud pasiva y obediente que le habían dicho que tenía que mostrar. Le costaba no preguntar algunas cosas, bajar la mirada y guardar silencio.

Le habían asegurado que cuando se casara tendría más libertad, pero no estaba segura de pagar ese precio para conseguir algo que no sabía siquiera si le iba a gustar. ¿De verdad iba a sentirse más libre o solo iba a tener que responder ante Robert igual que ahora lo hacía ante sus padres?

Cuando llegó a casa estaba molesta, confundida y con un tremendo dolor de cabeza, fruto de las vueltas que había dado a todo durante el camino de vuelta.

Bajó casi sin despedirse de Robert, lo que ocasionó que él la siguiera hasta la puerta.

—Vamos, Allyson, no te enfades —le pidió burlón—. Una señorita no puede buscar besos en la intimidad de un carruaje.

Allyson le mantuvo la mirada conteniendo las palabras que luchaban por salir de su boca, y

que darían suelta a la rabia contenida.

—Pero te has portado bien —le sonrió acercándose más a ella—. Y entiendo que tengas curiosidad o que busques mis besos.

Volvió a sujetarla por la barbilla y a darle un casto beso en los labios.

—Nos vemos mañana —le recordó antes de despedirse de ella y dejarla frente a la puerta.

Allyson lo vio alejarse sorprendida. ¿Eso era lo que tendría una vez que se casara?

Christine y Laura salieron en cuanto el carruaje se alejó.

—¡Robert te ha besado! —exclamó Christine emocionada, dando pequeños saltitos a su alrededor.

Allyson las miró ceñuda.

—No digas tonterías.

—Lo hemos visto —le informó Christine llevándose las manos a las mejillas—. Es tan romántico. Te acompaña a casa y te da un beso de despedida...

—¡Allyson! —exclamó airada su madre desde el interior.

Las tres hermanas se miraron sobresaltadas.

Sin perder tiempo entraron al interior. Cuando su madre empleaba ese tono no se le podía hacer esperar.

Las tres hermanas llegaron al salón preocupadas.

—Allyson, ¿es cierto lo que he oído a tus hermanas? —le preguntó, clavando su fría mirada en la mayor de las hijas—. ¿Has permitido que Robert te bese en plena luz del día, delante de la mirada de todos nuestros vecinos?

Allyson cogió aire, preparándose para la tormenta que se avecinaba. No creía que nadie los hubiera visto.

—Solo fue un beso de despedida, madre —se justificó.

—Su conducta fue indecorosa, pero perdonable porque es un hombre —le reprochó—. Pero tú, comportándote como una desvergonzada en público, no tienes excusa. Reza para que no plante antes de la boda ante esa conducta inmoral que manifiestas.

—Sí, madre —asintió seria—. No volverá a pasar.

—Por supuesto que no volverá a pasar —le repitió—. Por lo menos, no hasta que os caséis.

—Pero... solo fue un beso... —murmuró soñadora Christine.

Josephine la miró indignada.

—Va a ser tu presentación en sociedad, Christine —le recordó—. No os hemos educado para alimentar las bajas pasiones de los hombres. Sois unas damas. Los besos son para después del matrimonio.

—Pero, madre... —se quejó la joven.

Allyson miraba a su hermana menor. ¿Cómo se atrevía a llevar la contraria a su madre cuando estaba en mitad de una de sus regañinas?

—Id a vuestra habitación ahora mismo —les ordenó intransigente—. Tú, Christine, no saldrás de casa hasta la fiesta, y comentaré con tu padre tu permisividad hacia los afectos masculinos. Tú, Allyson no te muevas de aquí.

Christine y Laura asintieron en silencio y salieron de la salita.

Josephine se acercó a su hija mayor mirándola seria. Le cogió la barbilla con una de las manos.

—No te ha dejado marca del beso —la soltó—. Quizá sea realmente un caballero. Ya lo hemos hablado, Allyson. Una mujer debe reservarse para la noche de bodas.

Allyson asintió seria mientras se sonrojaba. Se sabía ese sermón de memoria.

—Y después de esa vez, tu marido podrá aliviarse con cualquier mujerzuela siempre y cuando sea discreto. Te limitarás a tener hijos y criarlos, como todas hemos hecho.

Allyson asintió, dispuesta a marcharse del salón, cuando su madre se acercó a la chimenea y cogió lo que había sobre ella.

—¿Me explicas que es esto?

Allyson se giró y la miró sorprendida. ¿Cómo lo había encontrado? Lo había escondido debajo del colchón, se lamentó.

—Un libro.

Josephine la miró despectiva lanzando el libro al suelo.

—¿Desde cuándo se te ha dado permiso para leer a Charles Dickens?

—Madre, soy mayor para...

—Ese hombre solo cuenta mentiras de la sociedad londinense...

—No lo creo, madre —le respondió educada—. La fábrica está en un barrio lleno de...

—¿Por eso querías acompañar a Robert? ¿Para comprobar por ti misma sus mentiras?

—Creo que no son mentiras...

—Claro que lo son —le respondió—. Cuenta solo lo que quiere contar. Piensa que los patronos solo quieren explorar a los obreros ¿por qué no habla de las obras de caridad de las mujeres de nuestra clase?

—Madre....

—No sabes lo afortunada que eres de que el conde Norfolk esté dispuesto a casarse contigo —le dijo con amargura—. Los hombres no quieren casarse con mujeres desobedientes como tampoco quieren casarse con las vulgares ramera. Tu comportamiento es muy decepcionante, Allyson.

—Pero, madre....

—Pero nada —le hizo callar—. Lo hemos hablado muchas veces. Te hemos prohibido leer nada que no fuera literatura clásica. No hay nada menos atractivo para un hombre que una mujer culta.

Allyson enarcó una ceja enfadada. Esa era la razón por la que no veía el momento de aceptar la proposición de Robert. Sabía que ella no era lo que él esperaba, lo que cualquier hombre esperaba, y no sabía cuánto tiempo podría seguir fingiendo. Cada vez le ahogaba más el comportamiento que debía mantener.

—Hablaré con tu padre sobre tu conducta inapropiada, no lo dudes —la amenazó—. Ahora puedes retirarte.

Ahogando un suspiro, Allyson salió del salón sin poder recoger el libro que su madre había tirado al suelo.



Cuando llegó a su bonito dormitorio, Christine y Laura la estaban esperando, como esperaba,

sentadas sobre la cama.

—¿Ha encontrado algún libro de esos que lees a escondidas? —le preguntó Laura acercándose preocupada.

Allyson asintió con una mueca.

—Pronto podrás irte de aquí y leer todo lo que quieras —le sonrió Laura sentándose en la silla del tocador.

—No sé si a Robert le gustará demasiado —respondió a su hermana más pequeña.

De momento, tenía claro que no parecía que fuera de su agrado.

—A los hombres no les gustan las mujeres que leen —le recordó con una mueca Christine—. Pero cuando Robert te bese de verdad olvidará tus manías.

Allyson miró a su soñadora y romántica hermana con una sonrisa, mientras se acercaba a la ventana.

—¿Por qué dices que la bese de verdad? —le preguntó Laura—. Acaba de besarla en la puerta.

Christine les sonrió maliciosa.

—Eso no era un beso de verdad —les explicó llamando su atención—. Yo te hablo de esos besos que te quitan el aliento, cuando él te abraza y tú solo quieres acercarte más a su cuerpo.

Allyson se sonrojó llevándose la mano derecha a sus labios. Recordaba perfectamente el impúdico beso que le había dado el atractivo desconocido y cuyas sensaciones Christine describía acertadamente.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Laura con curiosidad sin que ninguna se percatase del rubor de la hermana mayor.

—Ayer de madrugada, vi a Dorothy, la nueva sirvienta, con el repartidor de la leche —les susurró—. Él dejó las botellas en el suelo y la cogió por la cintura para besarle en la boca. No le dio tiempo ni a saludarle, pero ella no se retiró. Creo que no la dejaba ni respirar. Se abrazaban y besaban sin que el aire pudiera pasar entre ellos...

Las dos hermanas la escuchaban impresionadas.

—¿Qué pasó después? —le preguntó Laura, atenta.

—Escucharon al ama de llaves y él se fue corriendo —les contestó con una mueca—. Dorothy se recompuso la ropa y el cabello y actuó como si nada hubiera pasado, pero le brillaban los ojos.

—¿Y qué hacías tú de madrugada cerca de la cocina? —le preguntó Allyson extrañada.

Christine la miró entornando los ojos.

—Me gusta ver cómo sale el sol... aunque estas puestas de sol no son como las de Wiltshire —recordó la casa de campo a la que se reclusían cuando no estaban en Londres para la temporada social.

—Un día te pillarán y te reñirán —le advirtió Laura—. Cuando Allyson se vaya, tú serás el centro de las quejas de mamá.

Christine se encogió de hombros.

—Quizá encuentre pronto un pretendiente guapo que me bese como el repartidor a Dorothy y me case antes que Allyson.

Las dos hermanas sonrieron a Christine que se había dejado caer como desvanecida en la cama.

Allyson miró por la ventana, volviendo a pensar en lo ocurrido por la mañana. Intuía que esa noche a la hora de la cena, su madre le contaría todo a su padre y sería él el que la regañara, pero quizá ella podría preguntarle algo acerca de la pobreza que había visto en torno a la fábrica.

Acto seguido, sus pensamientos volvieron a recordar el beso recibido por el desconocido, tan

diferente a los que había compartido a regañadientes con Robert y tan parecido al que se había dado Dorothy con el repartidor. ¿Sería la forma de besar también cuestión de clases sociales? Suspiró. Se sentía totalmente descolocada y confundida.



Lord Connelly miró impaciente a su hija mayor en cuanto la vio sentarse a la mesa a la hora de cenar. Después de un largo y duro día lo que menos le apetecía era tener que lidiar con alguna de sus hijas. La obediencia era algo que se les había inculcado desde siempre y no iba a permitir que no se condujeran por ella.

Además, que Laura fuera la que replicara era lo común, pero que fuera Allyson, cuando todavía no había puesto fecha a su boda, era algo inesperado... a no ser que tuviera que ver con esa manía que tenía de leer todo lo que cayera en sus manos.

—Me han contado cosas que no me han gustado, Allyson —le advirtió serio en cuanto los sirvientes se retiraron.

Allyson lo miró antes de bajar la mirada, como le habían dicho siempre que debía hacer. Esperaba ese momento y la charla adoctrinadora que sabía que vendría a continuación.

—Fue un beso inofensivo —la defendió Christine.

—Quizá el libro no fuera suyo —añadió a la vez Laura.

Lord Connelly miró a sus dos hijas visiblemente molesto. No les había dado permiso para hablar y lo que habían dicho no hacía más que agravar la desobediencia de la mayor. Josephine, con su mirada amenazadora, había conseguido que ambas guardaran silencio.

Allyson hizo esfuerzos para no mirar a sus hermanas con el ceño fruncido, y siguió con los ojos fijos en el plato.

—Lo siento, padre.

El padre la observó enfadado antes de continuar.

—Lo que ha llegado a mis oídos es que has acompañado al conde de Norfolk en carruaje hasta la fábrica... no sabía nada de ningún libro ni de ningún comportamiento inapropiado.

Allyson miró de reojo a sus hermanas que habían bajado la mirada, avergonzadas.

—Sí, padre, lo siento —se disculpó como esperaba que hiciera—. Tenía curiosidad por saber cómo era una fábrica y por cómo se vivía en esa parte de la ciudad...

—Ese lugar no es tu sitio, Allyson —le recordó—. Podría haberte pasado cualquier cosa. Robert cometió una imprudencia.

—Se lo pedí yo —reconoció sin levantar la vista.

—¿Y puedes explicarme el porqué de tu curiosidad?

—Charles Dickens —le respondió su madre sentada frente a su esposo al otro extremo de la mesa.

—¿Otra vez leyendo cosas que no debes? ¿Cómo ha ocurrido eso?

Josephine se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Solo quería conocer a esas personas, padre, a las que ayudas a diario —se justificó—. Sé que les das trabajo, que cobran un dinero por ello, pero me costaba entender que madre a su vez, participe en obras benéficas por la misma causa.

—Por favor, Allyson —le reprendió Josephine—. No confundas las cosas. Las obras en las que yo participo poco tienen que ver con los malhechores de esos barrios o esas mujerzuelas con las que conviven. Recaudamos fondos para instituciones de caridad ya creadas, que se aseguran de que el dinero donado no cae en manos de esos delincuentes holgazanes que solo aspiran a beber y malvivir.

Allyson la escuchaba extrañada.

—Pero padre no dará trabajo a delincuentes holgazanes—supuso confundida.

—Siempre aparece alguno entre tanto obrero —reconoció molesto.

—¿Otra vez hay problemas con esos sindicalistas? —preguntó Josephine a su marido—. Ya has aumentado los salarios y reducido sus horas de trabajo diarias a diez ¿Qué más quieren? Son unos desagradecidos.

Allyson miró a sus padres extrañada.

—Entonces, ¿lo que cuenta el señor Dickens en el libro es cierto? Las condiciones de trabajo...

—¡Allyson! —exclamó su madre alarmada—. Eres una dama. Esta no es una conversación que se deba tener en torno a una mesa. Son cosas de hombres. Si quieres participar en mis obras de caridad, permitiré que me acompañes en la siguiente colecta. No te vendrá mal hacerlo. Cuando te conviertas en condesa, deberás participar de alguna manera en ellas.

Allyson bajó la cabeza nuevamente.

—Agradecidos tendrían que estar todos esos hombres y mujeres por el trabajo que les das —prosiguió Josephine

—¿Mujeres también? —preguntó Laura extrañada.

—Bueno, ¡ya está bien! —bramó el cabeza de familia realmente molesto—. Me vais a amargar la cena. Querida —miró a su esposa con una fingida sonrisa calmada—. ¿Cómo ha sido hoy tu día? ¿Os habéis comprado vestidos nuevos para la temporada?

Josephine sonrió aliviada por cambiar de tema.

—Sí, querido —le respondió con tranquilidad—. Visitamos a Madame Léonard. Dicen que cada vez tiene más encargos...

Allyson dejó de prestar atención a la conversación. Su curiosidad ante lo que había visto y oído sobre la fábrica era cada vez mayor. Tenía claro que quería volver allí, o a ese barrio obrero, solo por curiosidad. Nada tenía que ver ese guapo trabajador que la había besado como lo había hecho, se dijo a sí misma tratando de convencerse.

Pasó el resto de la cena sumida en sus pensamientos y en buscar posibles excusas para repetir la aventura.



La fiesta de lord Bonshire inauguró la temporada en Londres, y congregó a la alta sociedad, dispuestos a disfrutar y a lucir sus mejores galas.

Los suelos de mármol de la mansión relucían ostentosos, las pesadas y elegantes cortinas se mostraban espléndidas, y la opulencia les recibía con los brazos abiertos mientras alegre música flotaba en el ambiente

Allyson estaba dispuesta a aprovechar el momento. El año anterior había sentido la presión de encontrar pareja. Ahora que la tenía, solo quería divertirse y observar en silencio lo que ocurría a su alrededor. Se fijaba en pequeños detalles como los abanicos de las damas que cubrían sus bocas para cuchichear entre ellas, sus vistosas joyas, sus elegantes vestidos...

También le gustaba bailar y afortunadamente tendría pareja para hacerlo. Volvería a ver a las jóvenes que conocía superficialmente, y quizá pudiera intimar con alguna y convertirla en su amiga.

Esa temporada la presión caía sobre Christine. Las jóvenes que se presentaban en sociedad destacaban por sus bonitos vestidos de colores claros y el brillo en sus ojos. Esperaban con ilusión disfrutar de los bailes y de las atenciones de los jóvenes que buscaban esposa. Ella también había pasado por ello.

Su hermana menor tenía una idea demasiado edulcorada y romántica del amor. No sabía de dónde podía haberla aprendido, cuando en su casa, los sentimientos eran algo de lo que no se hablaba, y la corrección y la impecabilidad en las formas, era lo estrictamente permitido.

Ella se había sentido cómoda en compañía de Robert nada más conocerlo. Era un caballero elegante, correcto y educado, justo lo que le habían dicho que tenía que escoger, así que no se molestó en buscar más. Lo que parecía que le estaba costando demasiado era poner fecha al enlace, pero esperaba que eso se solucionara pronto... sobre todo porque solo dependía de ella.

Al contrario que Christine, no creía en el amor. El matrimonio era una mera formalidad, como lo eran los encuentros que una pareja debía mantener para poder concebir. Lo tenía claro. No esperaba nada más de una relación. Solo rezaba para que Robert cambiara de idea respecto a su afición por la lectura y la respetara.

Las dos hermanas saludaron cortésmente a Josselyn Flanigan cuando las madres de ambas se encontraron frente a los sillones situados junto a la pared del salón de baile. Christine, emocionada, pidió permiso para recorrer el atestado salón, alejándose de ellas. Estaba desando poder compartir su experiencia con Laura en cuanto llegara de vuelta a casa.

Josephine y Helen se acomodaron junto a dos señoras de más edad, mientras Allyson y Josselyn se situaban discretas de pie, tras ellas, esperando a que sus respectivos pretendientes aparecieran.

Las escucharon hablar de nimiedades hasta que una mujer poco mayor que ellas, muy elegantemente vestida entró en el salón llamando la atención de todos los asistentes sin pretenderlo.

—No me puedo creer que lady Blackbury haya venido —comentó Helen cubriéndose la boca con el abanico que llevaba.

—Qué osadía —murmuró una de las señoras más mayores sin dejar de mirarla— ¿Qué pretende?

—Seguro que busca donaciones para esa gente a la que ayuda... —añadió Helen—. No sé cómo puede juntarse con esa chusma inmoral. Cualquiera día puede contagiarse de sus males.

—Lo que no entiendo es cómo su marido le consiente semejante burla —les comentó Josephine—. No puedes ir en contra de los empresarios cuando tu propio marido es uno de ellos.

—Dicen que en sus fábricas están trabajando menos horas. Se ha corrido la voz y están

dándose problemas en todas la demás —le confesó otra de las señoras de mayor edad—. Lord Watford no me ha comentado nada al respecto, pero últimamente viene muy preocupado a casa.

Allyson escuchaba los comentarios sin poder evitar la admiración que despertaba en ella la mujer que caminaba majestuosa y erguida. Irradiaba total seguridad en sí misma mientras saludaba con elegancia y amabilidad a todas las personas con las que se cruzaba. Parecía ajena a los comentarios que ocasionaba su presencia. No sabía a quién le recordaba, pero tenía la impresión de haberla visto anteriormente.

Sus ojos verdes brillaban. Su cabello de color claro con reflejos plateados lucía impecablemente recogido, pero lo que más impresión causaba era su porte regio y firme.

La mujer miró a Josselyn de reajo durante unos segundos más que lo considerado correcto. Allyson se fijó en que la joven le mantenía la mirada conteniendo una sonrisa. Le extrañó el comportamiento de ambas, pero Robert se acercó hasta ella, sacándola de sus pensamientos.

—¿Me concedes este baile?

Allyson asintió con una sonrisa educada y lo siguió hasta el espacio central del salón donde se reunían las parejas que querían bailar. Mientras la música les invitaba a seguir el ritmo, Allyson vio a Christine junto a uno de los grandes ventanales rodeada por varios jóvenes que la miraban entusiasmados.

El año anterior había estado ella en esa misma situación, pero no recordaba haber disfrutado tanto como parecía que lo estaba haciendo su hermana.

Vio a lady Blackbury sirviéndose un ponche en una engalanada mesa, mientras Josselyn se le acercaba manteniendo una discreta distancia y murmuraba algo que le hacía sonreír. Ambas recompusieron el gesto y tras otra corta conversación susurrada, se separaron como si no se conocieran.

—¿No tenías algo que comentarme? —le preguntó Robert llamando su atención.

Allyson se sonrojó. No había pensado ninguna fecha todavía, ni sabía qué más excusas darle para retrasar el enlace. Realmente no tenía motivos lógicos para seguir posponiéndolo. Carraspeó, azorada.

—Robert, ¿conoces a lady Blackbury? —le preguntó con curiosidad haciendo que el joven mirara hacia la mesa del ponche.

Robert suspiró con infinita paciencia. Allyson sería una buena esposa, se recordó. Lord Connelly tenía grandes empresas y pese a no haberse casado todavía con su hija, le había abierto la puerta a importantes negocios y habían empezado a participar juntos en las mismas inversiones. No le importaba seguir así una temporada más, pero no podía relajarse tampoco. Le convenía tener un heredero cuanto antes para afianzar todo lo que estaba consiguiendo.

—¿Quién no la conoce? —le preguntó con arrogancia.

—Yo —le respondió con una sonrisa dulce.

Robert le devolvió la sonrisa, condescendiente.

—No necesitas conocerla —le respondió—. Es más, cuanto más te alejes de ella, mejor. No es una compañía recomendable.

—Pero ha venido a esta fiesta, habrá recibido invitación.

—Probablemente —suspiró—, y también es probable que consiga lo que quiere y no vuelva a aparecer durante un tiempo.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que quiere?

Robert frunció el ceño incómodo.

—No sabía que fueras tan curiosa, Allyson.

Ella negó con la cabeza ruborizada ante su acusación. Se le olvidaba con frecuencia que no

debía serlo, o por lo menos, no tan abiertamente.

—Solo quería saberlo... es tan elegante y distinguida...

Robert asintió.

—Puede que sí, pero no te conviene acercarte a ella, ¿de acuerdo?

Allyson asintió obediente sin dejar de seguirla con la mirada. La vio saludar con una sonrisa espléndida a las mujeres con las que se cruzaba, incluso a su madre y a lady Flanigan que le devolvieron una fingida sonrisa amable. Poco después se acercó a los hombres que hablaban en reducidos grupos y que parecía que se removían incómodos ante su presencia. Esa mujer no le era indiferente a nadie, apreció.

A partir de la media noche, Allyson dejó de verla y notó que los chismorreos se centraban en cualquier nueva pareja que se formaba en la pista de baile. Christine, acertadamente, no repitió compañero, por lo que no levantó ningún comentario más allá de lo bonita que se veía con su vestido nuevo.

Cuando volvieron a su casa en el carruaje, Christine estaba tan emocionada que no dejó de hablar haciendo que el camino fuera más relajado para todos.



A la mañana siguiente, cuando Allyson entró en el comedor en el que servían el desayuno hablando con Laura, sus padres interrumpieron bruscamente su conversación.

—No era mi intención interrumpir —les dijo sincera.

—Estábamos hablando sobre la fiesta de ayer —les comentó su madre restando importancia a la interrupción—. Creemos que Christine habrá encontrado algún pretendiente a su altura, pero no es bueno elegir con rapidez. Hemos decidido no recibir a ninguno hasta que se celebre la siguiente fiesta.

—¿O hasta preguntar a Christine qué opina? —preguntó Laura sentándose en su sitio habitual.

—Qué tonterías dices, niña —exclamó Josephine—. No seas insolente. Dios nos coja confesados el año que viene cuando te toque a ti presentarte en sociedad. Nadie querrá una mujer deslenguada. Aprende de tus hermanas.

Laura miró a Allyson, que se limitaba a mirarla en silencio. No sabía si por ser la mayor, estaba más acostumbrada a dar la razón a sus padres, aunque por dentro sintiera todo lo contrario como parecía que le pasaba cada vez más a menudo.

Christine entró radiante e ilusionada al comedor.

—Te has despertado muy pronto, Christine. Creía que dormirías hasta el mediodía —le comentó su madre extrañada.

—No, madre —le respondió con una sonrisa—. Quiero estar bien despierta y presentable cuando vengan mis pretendientes.

Laura y Allyson se miraron entre ellas antes de que su madre le expusiera la decisión que

habían tomado sin tenerla en cuenta, y Christine mostrara vehemente su desacuerdo.

—Esto es vergonzoso —exclamó el padre indignado—. Aquí se hace lo que digo yo.

Se levantó molesto.

—Pero ¿dónde vas? Es muy pronto —le comentó Josephine lanzando a sus hijas una mirada amenazadora.

—Voy a la fábrica —le respondió—. Estamos volviendo a tener probl... No tardaré en volver.

Allyson siguió a su padre con la mirada. Le hubiera gustado irse con él.

Minutos después, Christine seguía exponiendo en balde sus razones para recibir a sus pretendientes cuando oyeron que llamaban a la puerta. Christine permaneció en silencio mientras el mayordomo anunciaba la presencia del conde de NoKfolk.

Allyson se adelantó a la intención de su madre de hacerlo pasar al salón y tras agradecer el aviso al mayordomo, fue a recibirlo a la puerta.

—No sabía que vendrías, Robert —le comentó educada invitándolo a entrar.

Robert negó con la cabeza.

—Venía a buscar a tu padre, pero me han informado de que ya ha salido hacia la fábrica.

—Sí. ¿Vas a ir a buscarlo?

Robert asintió con seriedad.

—¿Puedo acompañarte?

—No creo que sea buena idea, Allyson, ya sabes lo que pasó la última vez.

Allyson se sonrojó. No sabía a qué se refería exactamente.

—Puedo esperarte dentro del carruaje —le insistió—... y no te causaré problemas —le aseguró bajando la mirada sumisa.

Robert le sonrió satisfecho.

—Está bien —le dijo—. Avisa a tu madre, pero hoy puede que me demore un poco más en la fábrica. No me gustaría que te aburrieras por mi culpa.

Allyson le sonrió con dulzura. No pensaba aburrirse. Seguro que tendría mucho que ver.



El silencio los acompañó durante parte del trayecto. Allyson trataba de mirar por la ventana con disimulo, mientras Robert la miraba detenidamente.

—Ayer no hablamos de nuestra relación —le comentó él buscando su atención.

Allyson se irguió en su asiento, sorprendida. No esperaba que sacara el tema que ella trataba de eludir, de una manera tan directa.

—Eh... no... —le respondió—. Me distraje cuando llegó lady Blackbury, ya sabes...

Robert suspiró con paciencia.

—Esa mujer no es una buena influencia para mujeres como tú.

—¿Mujeres como yo? ¿A qué te refieres?

—Mujeres decentes y virtuosas.

Allyson frunció el ceño, extrañada.

—Me pareció oír que se dedicaba a causas benéficas... mi madre también lo hace y me parece loable.

Robert le sonrió como si hubiera dicho una tontería.

—Querida, esa mujer es tan molesta como se puede ser —carraspeó incómodo—. Lo que quiero decir es que tu madre y muchas otras damas, se dedican a la caridad como ha de hacerse. Esa... señora... es prepotente y soberbia. Organiza, hace y deshace a su antojo y no para de crear problemas... —notó como se exasperaba—... Disculpa, no quiero aburrirte.

—No me aburres —le respondió con curiosidad—. ¿A qué te refieres con que hace y deshace a su antojo? Creía que ayer estaba en la fiesta para conseguir donaciones para alguna causa benéfica.

—Sí, y abordó a cuanto hombre vio en la fiesta. Resultaría molesta si no estuviera tan bien vista entre la nobleza, algo que le debe sin duda a su esposo, que le ha dado la libertad para hacer lo que quiera.

Allyson enarcó una ceja.

—Bueno, un matrimonio no es una cárcel —le replicó parpadeando sorprendida.

—No me refiero a eso, Allyson —le respondió como si necesitara tener paciencia con ella—. Pero hay que seguir unas normas.

Allyson desvió la mirada hacia la ventana. Cogió aire. No sabía cuánto tiempo más podía mantener, sin rebelarse, la actitud sumisa con la que le habían dicho que debía dirigirse.

—¿Puedo saber qué normas habrá en nuestro matrimonio?

Robert la miró serio.

—Es una manera de hablar, querida —le explicó impaciente—. Pero las damas cuando organizan algún tipo de actividad benéfica no incluyen a los hombres en ella. Toman el té, hablan y recaudan dinero para esos pobres desgraciados.

Allyson lo miró reflexiva.

—Pero esos pobres desgraciados ¿no son los mismos que trabajan en las fábricas de mi padre? ¿Por qué necesitan caridad si tienen un trabajo por el que cobran religiosamente?

Robert la miró extrañado.

—¿Qué te ocurre, Allyson? Estos no son temas de los que deberías preocuparte.

Allyson le mantuvo la mirada durante unos segundos. Robert se había puesto a la defensiva y no estaba segura de que pudiera saber más por él. Desvió la mirada hacia la ventana, sabiendo que debería haberla bajado en señal de acatamiento.

—Lo siento si te he molestado —se disculpó finalmente—. Es solo que hay cosas que no entiendo.

—Con la creación de las fábricas, han llegado a la ciudad muchos campesinos, vagos y maleantes —le explicó con una mueca—. Demasiados. Mujeres, niños... No hay trabajo para todos por más que nos esforcemos en ello.

—¿Entonces cuál es la solución? —le preguntó Allyson mirándole expectante.

—¿Qué solución? ¿Para qué? —le preguntó confuso.

—Si es un problema, habrá una solución.

—Por Dios, Allyson —le recriminó—. No se puede ser tan inocente y fantasiosa. Son pobres diablos, beben, pierden su dinero en apuestas, no tienen moral ni educación, los muelles están llenos de prostitutas... No hay ninguna solución ante eso más que mantenernos alejados de ellos, ¿lo has entendido?

Allyson le mantuvo la mirada seria, y asintió no muy convencida.

—Pero habrá algo que se pueda hacer...

Robert respiró profundamente, visiblemente molesto.

—Nosotros no podemos hacer nada. Es cosa de las instituciones... y, por favor, deja de insistir. Deberías pensar en cosas propias de damas, Allyson. Me estoy arrepintiendo de haber accedido a que me acompañaras.

Allyson negó con la cabeza.

—Yo te agradezco que lo hayas hecho —le respondió sincera, tratando de apaciguar el tenso ambiente que se había creado entre ellos.

Robert la miró con una media sonrisa.

—Además de bonita, eres inteligente —le dijo como si estuviera disgustado por ello.

Allyson bajó la mirada avergonzada. Sus padres se habían cansado de decirle lo poco atractivo que le resultaba eso a un hombre.

—Discúlpame, no pretendía incomodarte.

Robert se sentó a su lado y le cogió las manos entre las suyas.

—No se lo diremos a nadie.

Allyson lo miró a los ojos. No era la primera vez que escuchaba esa frase. Se sonrojó y fue consciente de lo cerca que estaban el uno del otro. Hubiera sido indecoroso de no saber que iba a convertirse en su esposo. Robert aplastó los labios contra los suyos para besarla. Allyson cerró los ojos ruborizada dispuesta a participar en el beso con la misma pasión. En unos segundos, él se separó de ella y se sentó en el asiento de enfrente.

Allyson parpadeó confundida. ¿Otra vez? ¿Esos eran la clase de besos que iba a tener? ¿Y el beso que había compartido con el desconocido? ¿Por qué le había hecho estremecerse hasta lo más profundo de su ser y Robert solo conseguía molestarla? Quizá cuando se casaran las cosas cambiarían y sus besos serían más... apasionados, pensó evitando mirarle por si descubriría su frustración.

¿Por qué antes no le había importado su manera de besarla? Ahogó un suspiro. Porque antes no conocía otro tipo de besos, pensó ruborizada. No estaba segura de conformarse con eso. Sintió que empezaba a faltarle el aire y sacó su pañuelo del bolsito para justificar el malestar que había empezado a sentir.

En silencio, no tardaron en llegar al East End para encaminarse hacia la fábrica. El olor que entraba por la ventana era bastante desagradable y Allyson frunció la nariz.

—Te diría que te acostumbras al olor —le dijo Robert compasivo—. Pero realmente, no tendrías por qué hacerlo. Esta realidad no es la tuya.

Allyson miró discreta por la ventana.

—Pero existe.

—Pecadores, maleantes y muertos de hambre —le resumió.

—Mi madre también los define así —comentó distraída fijándose en los oscuros edificios que veía desde donde estaba sentada.

—Tus ojos no deberían ver esto —le dijo serio—. Deberías estar pensando en bailes y vestidos de gala.

Allyson asintió. Probablemente fuera cierto, pero cuando algo se le metía en la cabeza no era fácil sacárselo de ella. Le llamó la atención la figura de una mujer bien vestida con colores sobrios, andando con decisión y aplomo entre los niños y los jóvenes de la calle. ¿Lady Blackbury? ¿Allí? ¿Qué estaba haciendo?

El carruaje paró frente a la fábrica mientras Allyson trataba de ver dónde se había metido la mujer.

—No sé cuánto tardaré, Allyson —le comentó Robert preocupado.

Allyson le sonrió con fingida inocencia.

—No te preocupes por mí, Robert —le respondió con dulzura.

Lo vio bajar del carruaje y entrar por el oscuro portón de la fábrica. Se asomó a la ventana. No parecía un lugar tan peligroso como le querían hacer creer. Niños sucios jugando, mujeres asomadas a la ventana, varios hombres con sus vulgares ropas. Miró la puerta de la fábrica. ¿Estaría dentro el desconocido de la vez anterior? Y si lo estaba, ¿qué le importaba? ¿Qué iba a decirle? Volvió a mirar hacia donde le había parecido ver a lady Blackbury.

Antes de que el cochero pusiera el carruaje en marcha y se alejara de allí con ella dentro, bajó. No podía pasarle nada, pensó. Sabía dónde estaban Robert y su padre, y en el peor de los casos, podría entrar a buscarlos.

Se dirigió presurosa hacia el lugar donde creía haber visto desaparecer a lady Blackbury ante una multitud de curiosas miradas. Cruzó la puerta de un edificio. Parecía más cuidado que el que había justo al lado. No sabía qué buscaba, pero no pensaba más que en satisfacer su curiosidad.

Varios niños la siguieron tirándole de su bonita falda mientras ella intentaba esquivarlos. Le dejarían manchas que no sabría cómo justificar. Las escaleras llegaban hasta estrechos pasillos que olían a comida y productos de limpieza.

Una puerta se abrió y salieron dos hombres jóvenes colocándose unas gorras sobre sus cabezas. La miraron de arriba abajo extrañados.

—¿Se ha perdido, señora? —le preguntó uno de ellos lascivo mientras le daba un codazo a su compañero.

—Creo que no —les respondió insegura.

—¿Quizá está buscando aquí lo que no le da su marido?

Allyson levantó la cabeza, altiva. Los hombres le impidieron seguir avanzando, así que dio la vuelta y bajó las escaleras seguida muy de cerca por los niños que le impedían caminar con mayor rapidez y los dos desconocidos.

El nerviosismo de Allyson crecía por momentos. Robert parecía tener razón y estar allí era peligroso. No se podía imaginar que algo así le podría ocurrir a plena luz del día. Cuando salió a la calle, la situación no mejoró. Escuchó comentarios soeces y risas sofocadas a sus espaldas mientras algún otro hombre también se acercaba a incomodarla.

Allyson se irguió todo lo que pudo y levantó la cabeza altiva, tratando de ignorarles. Se dirigió hacia la fábrica. Se arrepintió de no haberse ido con el cochero. Los niños que la rodeaban fueron perdiendo interés en ella, mientras que un par de hombres más se le acercaron a molestarla con sus burlas. Aceleró el paso hacia la fábrica. No se podía creer que tuviera que darle la razón a Robert.

Cuando cruzó el portón de hierro, se apoyó contra él en la fría oscuridad a la que había accedido. Estaba nerviosa y asustada muy a su pesar. Había constatado las diferencias en las clases sociales. Había comprobado que esos hombres eran maleantes... No tenían ninguna educación ni respeto. Sus padres tenían razón. También Robert. No necesitaba saber más. Quizá se habían buscado vivir en esas condiciones con su comportamiento y actitud, como solía repetir su madre. Si no se conducían con ninguna responsabilidad ni decoro era lógico malvivir y sufrir necesidades, pensó llevándose una mano al pecho para tranquilizarse.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y su respiración se reguló, enderezó la espalda. Solo debía esperar a que el cochero regresara y actuar con Robert como si nada hubiera ocurrido. Una vez que ya había constatado que los demás tenían razón, sería una lástima, además de algo totalmente innecesario, que la encontraran desobedeciendo las normas.

Fue a abrir ligeramente la puerta para ver si el cochero había vuelto cuando la puerta se abrió empujándola hacia adentro.

El hombre que entró arrollándola la miró confundido mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad.

No esperaba encontrarse de nuevo con ella. Le costaba imaginar lo que buscaba allí una joven de buena familia como se notaba que era. ¿A quién buscaba? ¿O acaso quería incluir algo de diversión a costa de los demás, en su frívola vida? Cuánto detestaba a ese tipo de mujer frívola y superficial, pensó.

—¿Otra vez aquí? —le preguntó molesto en un susurro— ¿Qué está haciendo?

—¿A usted qué le importa? —le respondió sonrojándose al recordar su anterior y turbador encuentro.

—Este no es sitio para una dama... aunque quizá no lo sea.

Allyson levantó impulsiva la mano para abofetearle, pero el guapo y arrogante desconocido le sujetó la muñeca.

—¡Shhh! Si hace ruido pueden descubrirnos, y creo que ni usted ni yo queremos eso.

Allyson sintió que le ardía la piel donde él la tocaba del mismo modo que sentía que ardían sus mejillas. Su respiración se agitó. El corazón volvió a latir con fuerza. Entre sombras notó que él la miraba fijamente.

—¿Quién es usted? —le preguntó serio.

—Yo podría preguntarle lo mismo —le respondió intentando soltarse de él.

—Sí... pero yo no le contestaría.

—Yo tampoco tengo por qué hacerlo.

El hombre sonrió atractivo mientras la soltaba con cuidado por si tenía que volver a defenderse.

—Debería irse de aquí antes de que alguien la descubra —le recomendó.

—Supongo que usted también.

Él negó con la cabeza.

—Tengo cosas que hacer antes de irme.

—¿A qué ha venido? —le preguntó recordando lo que había oído decir a su padre—. ¿A molestar a los trabajadores?

El hombre reprimió una sonrisa mientras se quitaba la gorra que llevaba.

—¿Molestarlos? ¿Eso cree?

Allyson le mantuvo la mirada. Él era uno de ellos, uno como los que le habían importunado hacía unos minutos. ¿Y si se lo hubiera encontrado en la calle? ¿Cómo hubiera actuado? Le miró los labios. Aún podía sentirlos sobre su boca. Él parecía que le había leído el pensamiento porque miró los suyos levantando una ceja.

—Volvamos a guardar este encuentro en secreto.

Allyson asintió humedeciéndose los labios con su lengua. No pensaba decirle a nadie que había entrado en la fábrica, así que era imposible decir que había visto a un obrero colándose en su interior. Pero él no parecía referirse a lo mismo.

Con suavidad, pero exigencia, el desconocido le besó los labios recreándose en ellos. Allyson sintió estremecerse todo su cuerpo, el temblor de sus rodillas, los agitados latidos de su corazón. Él la sujetó por su estrecha cintura, ella se apoyó en su cuerpo. La lengua de él reclamó su boca. Allyson se dejó llevar pasándole los brazos por el cuello. Era lo más perturbador que le había ocurrido nunca. La oscuridad los envolvía. Lo prohibido la incitaba a curiosear. El beso se tornó más pasional, más hambriento... ella jadeó rompiendo el silencio. Él disminuyó su excitación,

haciendo el beso más lento, cada vez más lento... Allyson hundió su rostro en su pecho avergonzada, excitada... Oía bien...

—¿Esto es lo que venías a buscar o querías más? —le preguntó en un susurró.

Allyson parpadeó sorprendida, y sin darle tiempo a reaccionar le dio una sonora bofetada que rompió el silencio que los escondía. Airada y sin pensar en nada más salió de la fábrica.

La luz del medio día le hizo entrecerrar los ojos y mirar a su alrededor confundida. Vio acercarse el carruaje y, esquivando a algún niño de los que la habían seguido y que aún seguían allí, fue hacia él. Antes de subir se fijó en la mujer que salía del edificio que había frente a ella. Lady Blackbury la miró sorprendida. Sus miradas se cruzaron unos segundos. Allyson subió al carruaje sin perder tiempo. Estaba molesta, enfada, decepcionada y muy frustrada. Deseó que Robert saliera pronto, pero el cochero puso en marcha el carruaje evitando de esa manera que los curiosos se agolparan en torno a ellos.

Apoyada en el respaldo del asiento, trató de tranquilizarse. Pensar en el miedo que había sentido al andar entre esa gente sin recursos duró muy poco en comparación con todas las emociones que había sentido al encontrarse de nuevo con el desconocido que había vuelto a besarla. Otra vez. Y ella no había hecho más que sentir, se sonrojó. Había disfrutado. Le había gustado, pero no podía seguir así, se recriminó.

Quería pensar que cuando se casara, Robert la besaría igual que ese hombre había hecho. Se llevó una mano a los labios. Por segundos se había sentido más viva que en toda su vida. No sabía qué se había apoderado de ella, qué le había llevado a abrazarlo, a devolverle el beso moviendo su lengua al ritmo de la de él. Notó cómo ardían sus mejillas. Esperaba no volver a verlo... no tenía sentido hacerlo. Además, ya no tenía ganas de ver cómo era la vida en esa zona de la ciudad. Muy a su pesar, había descubierto que su madre tenía razón, y esa gente vivía así porque se lo habían buscado con su pecaminosa conducta.

Robert no tardó en salir y volvieron a casa hablando sobre nimiedades, como si no hubiera pasado nada.

Al acompañarla hasta la puerta de casa, Robert se limitó a despedirse de ella con un casto beso en la mejilla. Allyson fue consciente de que nunca lo había abrazado como había abrazado a ese hombre, que nunca le habían temblado las rodillas o se había agitado la respiración en su compañía. No sabía qué pensar, pero le daba la impresión de que no debería sentirse tan frustrada con quien iba a ser su futuro esposo.

Nada más entrar Christine salió a recibirla emocionada con otra invitación en la mano para un próximo baile. Allyson decidió aparcar sus impresiones a un lado y disfrutar de la ilusión de la joven casadera.



El día del siguiente baile llegó rápido. Los anfitriones, los condes de Ledshire, los recibieron con un derroche de elegancia y buen gusto. Empezaba a parecer una competición por ver quién celebraba la fiesta más ostentosa.

Allyson permanecía sentada más tiempo del que le apetecía entre las mujeres casadas puesto

que no necesitaba buscar pareja. Apenas pisaba el centro del salón de baile, que era donde las jóvenes que se habían presentado en sociedad disfrutaban. Robert le dirigía de vez en cuando alguna mirada atenta, pero como la mayoría de los hombres que no buscaban compromisos, solía relacionarse y entablar conversación entre ellos.

Ella se dedicaba a prestar atención a las conversaciones que se sucedían entre los diferentes grupos que las mujeres creaban entre sí. Las que hablaban sobre obras de caridad la entretenían más que las que hablaban sobre los últimos dictados de la moda o sobre algunas de las extravagancias que se permitían ciertas asistentes.

La llegada de lady Blackbury volvió a causar sensación, provocando una oleada de comentarios a su paso, y unificando el tema de conversación entre las mujeres que estaban sentadas. A Allyson seguía provocándole cierta curiosidad, pese a que había desterrado de su mente las ideas que la habían llevado al East End, tras los incidentes de su última visita.

Buscando distracción, se acercó a la mesa de mantel rojo donde se servía el ponche.

—Me pareció verla el otro día en el barrio obrero —le susurró lady Blackbury a su espalda, disimuladamente—. No es un lugar apropiado para una dama.

—Pues usted estaba allí —replicó a la defensiva, fingiendo que prestaba atención a la bebida.

Lady Blackbury disimuló una sonrisa mientras parecía buscar el abanico en su bolsito.

—¿Acaso le extrañó verme?

—En cierto modo, supongo que no —reconoció Allyson fingiendo que alisaba su falda.

Lady Blackbury sonrió divertida.

—Yo puedo ir.

—¿Por estar casada? —le preguntó esperanzada ante la libertad que esperaba conseguir tras su matrimonio.

—Claro que no —le respondió cambiando de sitio para que nadie pudiera notar que estaban hablando—. Alguien tiene que ayudar a esa gente.

—Se hacen obras benéficas por lo mismo—defendió lo que ella conocía, sujetando con fuerza el vaso con su bebida.

Lady Blackbury la miró por unos segundos con los ojos entrecerrados.

—¿Eso cree?

—¿No es así? —le respondió asombrada.

Lady Blackbury se encogió de hombros.

—Hay muchas maneras de hacer las cosas —aceptó—. Solo me sorprendió verla por allí.

Allyson la vio alejarse y la miró confundida. ¿A qué se refería con que había muchas maneras de hacer las cosas? Incómoda y molesta sin saber exactamente por qué, volvió a su sitio entre las damas de la sala que permanecían sentadas.

—Es una vergüenza que haya vuelto —susurraba una señora de avanzada edad—. Por lo visto está buscando simpatías ya que no cuenta con tanto apoyo de la nobleza desde que frecuenta a esa tal Octavia... Hill.

—Debería dejar a los pobres en paz y no meterles esas ideas absurdas en la cabeza —comentó otra abanicándose para disimular la conversación—. Algo habrán hecho si Dios los ha colocado en esa posición indigente.

Allyson escuchaba discretamente mientras bebía pequeños sorbos de su ponche.

—Va mucho también con los Barnett, incluso la han visto en Toynbee Hall.

¿Toynbee Hall? ¿Qué era eso?, se preguntó Allyson.

—La pobreza es un problema de carácter, todo el mundo lo sabe —apostilló otra de ellas—. Me han dicho que los visita casa por casa...

Todas las mujeres se miraron alarmadas, haciendo aspavientos.

Allyson escuchaba con disimulada atención. Probablemente eso era lo que estaba haciendo, ir a visitar a los trabajadores a sus casas, ¿pero para qué? ¿Qué pretendía?

—Los pobres son pobres y así será siempre —insistió Josephine sin perder de vista a Christine y sus posibles pretendientes.

—Cuanto más das a esos desagradecidos, menos se esfuerzan para trabajar —comentó la más anciana—. Es muy cómodo estar recibiendo ayudas siempre, deberíamos reducir nuestras obras benéficas. Estamos manteniendo mucha escoria inútil.

Todas asintieron mientras Allyson reparaba en Josselyn, apoyada en una columna junto a una de las puertas del salón. Consideró que ya había escuchado suficiente y se levantó para ir a saludarla, después de dejar su vaso de ponche en bandeja de uno de los camareros que había por el salón. Conforme se acercaba distinguió tras ella a lady Blackbury, que hablaba con la joven como si realmente se conocieran.

—¿Todo bien, Allyson? —le preguntó Robert saliendo a su encuentro y cogiéndola por el codo—. ¿Bailamos?

Allyson lo miró contrariada. No había pensado en Robert desde que lady Blackbury había aparecido en la fiesta. Asintió y se dejó llevar por él hasta el centro de la zona de baile donde las parejas disfrutaban al compás de la música.

—¿Ya has decidido darme una respuesta?

Allyson le sonrió bajando la mirada.

—Estaba recordando el primer baile que compartimos —improvisó para cambiar de tema.

Robert asintió con paciencia.

—¿Tienes alguna duda al respecto de nuestra relación?

Allyson tropezó con sus propios pies, consiguiendo que él la sujetara más fuerte. Lo miró a los ojos sonrojada.

Robert le mantuvo la mirada.

—Vamos a hablar.

Allyson asintió con un suspiro. Sabía que no podía demorarlo mucho más.

Robert la condujo hasta los solitarios jardines de la residencia de los condes de Ledshire, y le cogió la mano. Se quedaron parados al ver a una pareja besándose efusivamente entre las ramas de un árbol cercano a la balaustrada de acceso. Allyson se sonrojó recordando al desconocido con el que se había besado en la fábrica. La entrega y cercanía de la joven entre las sombras, le recordaba a la suya propia.

Robert carraspeó con seriedad haciendo que los jóvenes se separaran y se alejaran entre las sombras para evitar que fuera reconocida su identidad.

—Jóvenes...

—Nosotros tampoco somos tan mayores —le comentó Allyson pensando en la posibilidad de que Robert la besara de la misma manera.

—Pero vamos a casarnos cuando fijes la fecha.

—¿Y nos besaremos de la misma manera? —se atrevió a preguntar mientras se sentaban en uno de los bancos de piedra.

Robert la miró alarmado.

—Allyson, por favor —suspiró—. Ese comportamiento es propio de descarriadas.

—Pero serás mi marido... —insistió confundida—. Habrá momentos...

Robert le acarició la mejilla condescendiente. Allyson le mantenía la mirada. Robert era guapo, atento, educado. Realmente podría considerarse que había elegido un buen marido,

aunque a veces ella no lo sintiera así.

—Claro que sí, Allyson —le aseguró—. No debes preocuparte por ello. Pero siempre te trataré como a una dama.

—¿Eso que significa? —le preguntó.

Robert le dio un beso presionando los labios contra los suyos. Quieto. Inmóvil. Allyson frunció el ceño. Intentó mover sus labios como había hecho con el desconocido. Robert se separó de ella extrañado.

—Vas a ser mi esposa, Allyson. No te trataré como a una vulgar ramera —le explicó—. Si quiero saciar mis instintos recurriré a ellas.

Se levantó molesto pasándose la mano por su cabello.

Allyson se levantó tras él, ligeramente avergonzada. ¿Eso que significaba? ¿Qué el desconocido la había confundido con una ramera? ¿Qué a ella le gustaba lo que ellas podían llegar a sentir?

—Pero... ¿y si yo... —no sabía cómo decirle que quería volver a sentir el temblor en las piernas o a su corazón galopando desbocado en el pecho.

Robert volvió a acariciarle la mejilla.

—Será mejor que volvamos dentro —le sugirió atento—. No quiero que nadie dude de tu reputación.

Allyson enarcó las cejas, sorprendida.

—O de la tuya...

Robert se rio mientras tiraba de ella hacia el interior del edificio.

—No digas tonterías —se burló—. A los hombres se nos consienten los escarceos.

—Pero cuando nos casemos...

Robert se detuvo y la miró extrañado.

—Cuándo nos casemos, ¿qué? —le preguntó—. Creo que ha quedado claro que te iba a tratar como a una dama.

—¿Quieres decir que... que habrá otras mujeres?

—Seré discreto si eso es lo que te preocupa —le garantizó.

Allyson lo miró visiblemente contrariada. No le gustaba en absoluto esa idea. En las fiestas, siempre había escuchado comentarios velados sobre supuestas infidelidades, y debía ser algo bastante habitual, pero no era algo que quisiera experimentar.

—Allyson, tus padres me aseguraron que eras buena chica, sumisa, obediente, educada —le confesó—. También que leías demasiado —hizo una mueca—. Pero cuando tengamos hijos, no tendrás tanto tiempo para ello. Solo hay que seguir las normas.

—¿Qué normas? —preguntó sintiendo que le faltaba el aire y la rabia le recorría el cuerpo.

—Las de la sociedad, querida.

Allyson lo miró incrédula.

—Es decir, que he nacido para ser una mujer respetable y tener hijos.

Robert asintió.

—¿Te parece poco?

Allyson negó con la cabeza.

—Si no te importa, creo que me quedaré un momento en el jardín, parece que me falta el aire.

Robert asintió con tranquilidad, dejándola a solas.

Allyson se apoyó en la pared de piedra y dobló su cuerpo hacia adelante cogiendo aire y soltándolo con demasiada rapidez.

En un momento vio a Josselyn ir hacia ella, preocupada.

—¿Te encuentras bien?

Allyson se llevó la mano al pecho.

—No puedo respirar —susurró jadeando.

—¿Llamo a alguien? —le preguntó alarmada.

Allyson negó con la cabeza, tratando de regular su respiración. Otra mujer se unió a ellas.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó intranquila lady Blackbury apoyando la mano en su espalda.

Allyson la miró sorprendida. No debía ser vista con ella. Miró a Josselyn que parecía estar muy tranquila a su lado.

—¿Estás mejor? —le preguntó cuando Allyson se incorporó recuperando el color de sus mejillas.

Ella asintió incapaz de moverse de donde estaba.

—No deben vernos juntas —les recordó lady Blackbury bajando la voz—. Nos vemos el lunes a las diez, Jossie.

Las dos jóvenes la vieron alejarse entre las sombras.

—¿La conoces? —le preguntó Allyson extrañada.

—No... Bueno, como tú...

—Pero has quedado con ella.

—No... —mintió Josselyn.

—Lo he oído —insistió Allyson—. Esa mujer visita los edificios de viviendas del East End, yo la he visto.

—¿Y tú qué hacías allí? —le preguntó Josselyn con curiosidad.

—Yo no... —¿para qué mentir?, se preguntó—. Fui a ver una de las fábricas de mi padre.

Josselyn sonrió divertida.

—Pero eso no deberías haberlo hecho, tus padres...

—No lo saben —le confesó—. Creen que no me bajé del carruaje.

Josselyn amplió la sonrisa divertida.

—¿Has oído hablar de Toynbee Hall, de Octavia Hill, o de su equipo de visitadoras?

Allyson negó con la cabeza

—Acabo de oír esos nombres entre los murmullos que acompañan a lady Blackbury, pero no sé más.

—Bueno, hay quien piensa que la caridad no basta para solucionar los problemas de los obreros.

Allyson la escuchó atenta.

—¿Y qué podemos hacer nosotras?

—No se trata de lo que podemos hacer, se trata de lo que queremos hacer —se encogió de hombros—... y yo no me iba a conformar con seguir con las obras benéficas de nuestras madres.

—¿A qué te refieres?

Josselyn la miró con desconfianza.

—No sé si puedo ser sincera contigo —le comentó—. Me parece que has sido muy osada yendo al East End... pero no sé lo que viste allí

—Fue bastante desagradable.

Josselyn asintió.

—Yo no creo que estén sumidos en la pobreza por ser malas personas —le explicó—. Hay maleantes y pendencieros, por supuesto. Tampoco creo que nuestros padres, en sus negocios, sean totalmente honestos. Aprovecharse de la necesidad de los trabajadores, no me parece justo.

Allyson asintió.

—Pero no podemos hacer nada. Somos mujeres.

Josselyn sonrió orgullosa, mientras ambas se giraban al oír voces que provenían del interior.

—Pasaré a buscarte por tu casa con mi carruaje el lunes por la mañana, pero de lo que hemos hablado, no le digas una palabra a nadie.

Allyson asintió sorprendida mientras Christine iba hacia ellas.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó preocupada—. Madre está preguntando por ti.

—Solo quería respirar un poco de aire fresco.

Christine miró a su alrededor apoyándose en la barandilla de piedra que rodeaba la terraza de acceso al jardín. La noche era muy agradable y proporcionaba la suficiente intimidad.

—Dicen que los enamorados salen aquí a besarse a escondidas —les susurró con los ojos brillantes—. ¿Os imagináis?

Las miró emocionada y luego hizo una mueca.

—Las dos tenéis pretendiente. Claro que lo sabéis —se respondió ella misma volviendo a entrar—. No tardes, por favor.

Allyson y Josselyn la vieron desaparecer tras la puerta y sonrieron.

—Ya se dará cuenta —sentenció Josselyn dispuesta a entrar.

—¿De qué? —le preguntó extrañada Allyson.

—Esas historias románticas... la realidad es diferente.

Allyson la miró aliviada. Quizá no fuera la única que se sentía insatisfecha al respecto.

—Creí que te ibas a casar con lord Vance.

Josselyn se sonrojó levemente y bajó la mirada incómoda.

—Eso es lo que quieren mis padres —le confesó.

—¿Tú no? —insistió Allyson esperanzada.

Quizá pudiera negarse después de todo.

Josselyn se limitó a mirarla con una sonrisa.

—El lunes paso a buscarte a las nueve y media... ponte ropa discreta.

Allyson asintió mientras entraban de nuevo al salón de baile y cada una se dirigía a diferentes lugares de la sala.



Josselyn pasó a recogerla puntual. Allyson se había vestido con una camisa de color blanco y una falda y una chaqueta en azul marino con muy pocos bordados. Creía ir de manera apropiada para no sabía qué. Había podido salir de casa sin problema y sin necesidad de que nadie la acompañara, por la confianza que tenían sus padres en Josselyn.

—¿Dónde vamos? —le preguntó Allyson en cuanto subió a su carruaje.

—Ángela... lady Blackbury me comentó que te has hecho preguntas sobre las obras de caridad de nuestras madres o sobre las condiciones en las que viven los trabajadores de las fábricas.

Allyson se encogió de hombros. Nunca había hablado de ese tipo de cosas con nadie.

—Me llamó la atención una novela que leí de Charles Dickens.

—¿A tus padres les parece bien que leas ese tipo de novelas? —le preguntó extrañada.

—No, claro que no —se encogió de hombros.

—¿Y el conde de Norfolk? ¿Qué opina de eso?

—No le pedí permiso —le contestó incómoda—. ¿Y qué hay de ti? ¿Sabe tu madre que ves a lady Blackbury?

Josselyn sonrió negando con la cabeza.

—Claro que no lo sabe... Supongo que algún día se enterará porque formo parte de su grupo de visitadoras.

Allyson la miró extrañada.

—¿Qué es eso?

—Ahora lo verás. Hablaremos antes con lady Blackbury para que te conozca un poco —le explicó—. Es una mujer increíble. Ayuda a los necesitados, pero de una manera diferente. No les da dinero como hacen nuestras madres y se despreocupa. No. Los conoce por su nombre, les visita, les apoya, les da una vivienda digna, fuerza y confianza de tal manera que salgan adelante y no necesiten más de la beneficencia o de la caridad. Y yo, la ayudo.

Allyson parpadeó confundida viendo a su amiga cómo le brillaban los ojos al hablar de lo que hacían.

—O sea, ¿que la pobreza es transitoria?

Josselyn le sonrió.

—Hay de todo, y hay mucha gente. Hay muchos inmigrantes, viven hacinados como pueden en los edificios, sus condiciones muchas veces son insalubres. Esa es una realidad que está ahí —confirmó—. Pero si les das responsabilidad sobre sus vidas, una vivienda digna, un dinero puntual en el que apoyarse, una formación y la posibilidad de encontrar trabajo, es más fácil salir de ella ¿no?

Allyson asintió.

—¿Y tú cómo ayudas?

—Tenemos edificios de viviendas donde cada vez hay más personas realojadas. Hay un seguimiento. Tienes que conocerlos, comprobar que tienen sus necesidades cubiertas y más si tienen niños, ver que cumplen con lo que se han comprometido a cambio de vivir allí...

—Creía que había servicios estatales que les ayudaban.

Josselyn elevó los ojos al cielo antes de hacer una mueca.

—Sí, claro —le respondió—. Les dan dinero y se preocupan de poco más, pero la mayor parte de ese dinero se va en alcohol. No les da esperanzas, los deshumaniza, les hace acomodarse y depender de ellos una y otra vez.

—¿Y si eso se sabe, por qué no se hace algo al respecto?

—Ángela lo hace.

—Sí, pero ¿esto está bien?

Josselyn se encogió de hombros.

—Hay quien no está de acuerdo con lo que hacemos, por supuesto, porque dicen que nos metemos en la vida de los necesitados y los responsabilizamos de sus problemas —le explicó con firmeza—, pero a mí me parece que les damos una oportunidad real de salir adelante y no de que se acostumbren a recibir dinero porque sí, como hace muchas veces la iglesia con sus donaciones.

Allyson miró distraída por la ventana tratando de asimilar todo lo que le había contado

Josselyn.

—A veces me da la impresión de que no sé nada de la vida.

Josselyn le sonrió.

—Nos crían entre algodones —reconoció—. No vemos más allá de lo que nos han enseñado a mirar, pero tras las fiestas, el buscar pretendiente apropiado y nuestra condición de mujer, realmente hay una vida que no conocemos.

—¿Y una vez que la conoces, como haces para llevarlo bien? —le preguntó—. He ido dos veces al East End y luego me cuesta fingir que no ha pasado nada, que no he visto nada. Esos niños harapientos, esos edificios atestados de gente, tanta pobreza...

Josselyn asintió.

—Creo que eso es lo más difícil —le confirmó—. Has de aparcarlo todo antes de cruzar la puerta, si no, te pasarás el día discutiendo con tu padre por los sueldos que paga, por las condiciones de trabajo que hay en las fábricas, o porque contrate a niños o mujeres para los trabajos que exigen más atención al detalle.

Allyson parpadeó sorprendida. Josselyn parecía saber mucho acerca de la información que compartía y hablaba con convencimiento y seguridad de ello.

—No sabía que tú estabas metida en esto. No se te nota.

Josselyn sonrió.

—Gracias. Eso es que lo hago bien —se reconoció orgullosa—. Ángela es increíble. Es más mayor, se codea con la alta sociedad, su marido la apoya incondicionalmente... No le importa lo que digan y bueno, tiene que conseguir donaciones para esta manera de hacer las cosas y se vale de todo lo anterior, pero sola no puede hacerlo. Somos unas cuantas las que le ayudamos...

—¿Y cómo se le ocurrió a lady Blackbury hacer las cosas así?

—¿A Ángela? ¡Qué va! Ella es amiga de Octavia Hill, que empezó con este... movimiento... hace mucho tiempo. Incluso tienen amigas en América que están haciendo las cosas de la misma manera y se mantienen en contacto. Podría decirse que incluso tienen un sistema de trabajo que todas seguimos.

Allyson asintió mientras repasaba mentalmente todo lo que Josselyn le estaba diciendo.

—Lo cierto es que siento un poco de... no sé... incertidumbre... ante esto que me estás contando, pero había empezado a hacerme preguntas...

—No pasa nada si nos conoces y decides no colaborar con nosotras —le aseguró—, pero hay veces que cuando te haces preguntas no puedes parar hasta encontrar las respuestas. Eso me pasó a mí. Y, como ves, puedo hacer las dos cosas. Por el día visitar a mis inquilinos y por la noche acudir a las fiestas... ya hemos llegado.

—¿En qué barrio estamos?

—En Marylebone. Nos reunimos aquí. Ángela ya habrá llegado.

Allyson asintió llena de dudas. No estaba segura de dónde se estaba metiendo, pero le producía mucha curiosidad esa nueva realidad de la que no había sido consciente hasta ese momento.

Entraron a un edificio de ladrillo rojizo y cruzaron una de las puertas de la primera planta. Se dirigieron a una de las habitaciones donde había una estantería llena de libros y archivadores.

Lady Blackbury estaba sentada frente a una robusta mesa de madera repasando unos papeles frente a dos mujeres jóvenes más, vestidas discretamente. Las tres las miraron con una sonrisa amistosa.

—Bienvenida, Allyson —le dijo lady Blackbury—. Los títulos se quedan tras la puerta. Soy Ángela, y estas son Martha —le presentó a una joven menuda de cabello rubio— y Constance —

la mujer un poco mayor, morena y de grandes ojos oscuros—, a Jossie ya la conoces.

Allyson miró a Josselyn y asintió mientras ambas entraban y ocupaban las sillas vacías.

Las dos mujeres la saludaron cariñosas mientras Ángela rebuscaba algo entre los documentos que se apilaban sobre la mesa.

—Allyson, puedes acompañar a Jossie para que veas lo que hacemos, no sé si te lo ha contado.

Allyson asintió insegura. Por una parte, quería implicarse socialmente en algo importante, por otra temía no saber encajar esa faceta en la vida que conocía. Josselyn parecía llevarlo bien. Quería creer que ella también podría conseguirlo.

—Al principio te costará un poco —le avisó Martha colocando una mano sobre una de las suyas—. Verás cosas que no te gusten... pero cuando veas cómo su vida cambia, cómo los niños juegan limpios y sanos, cómo las mujeres salen adelante más fuertes y seguras, todo se olvida y quieres seguir ayudando más... además Ángela te dará la formación que necesites.

Ángela asintió con una sonrisa y se recostó ligeramente en el respaldo de la silla en la que estaba sentada.

—Martha, ¿has estado con Emmeline Pankhurst este fin de semana?

Martha asintió con una sonrisa divertida mientras se levantaba de la silla y cogía la libreta que tenía frente a ella.

—Sí, pero no todo lo que me hubiera gustado. Mi prometido ha vuelto de su viaje y me he tenido que repartir. De todas maneras, con Emmeline fue todo muy pacífico —le aseguró—, y cuando puedas votar, me lo agradecerás.

—Ya te lo agradezco, Martha, pero cuídate.

Martha asintió, despidiéndose de ellas, que la siguieron con la mirada.

—Emmeline está en constante oposición a los partidos políticos. Al final, estoy segura de que conseguiré que las mujeres votemos, pero creo que aún queda un tiempo y enfrentarse a la policía no sé si es la mejor idea —comentó Ángela en cuanto se cerró la puerta—. Cualquiera día tendremos que ir a sacar a Martha de la cárcel.

Allyson parpadeó sorprendida ante la naturalidad y confianza con la que hablaban mientras Constance y Josselyn sonreían asintiendo.

—¿Por dónde íbamos?

—Diciéndole a Allyson que se iba a encontrar pobreza, alcohol y deudas de juego... —le respondió Constance con seriedad.

Ángela le miró levantando una ceja.

—No creo que yo haya dicho eso.

—Pero seguro que ibas a hacerlo.

—Me extraña —le sonrió antes de mirar a Allyson—, pero Constance tiene razón. Puede que te encuentres algo de eso en alguna vivienda, y nos lo dirás inmediatamente.

—Pero no creamos problemas a las fábricas ¿no? Mi padre...

—Nosotras no, Allyson... —miró a Josselyn con picardía—... pero acaba de llegar un compañero... sindicalista hasta la médula... Las cosas están cambiando, y más que tienen que cambiar —miró a Allyson—. No se puede frenar el cambio. Entiendo que tu padre tiene empresas. Mi marido también las tiene. Y, por supuesto que damos trabajo a muchas personas, pero son eso, personas. Se merecen salarios justos, condiciones de trabajo óptimas, saludables...

Allyson asintió convencida y extrañada a la vez de que su padre consintiera lo contrario.

—Pero eso no nos compete a nosotras —continuó—. Nosotras les proporcionamos viviendas dignas, formación, apoyo, para que dejen de necesitarnos. También te digo —la avisó—, que no gustamos a todos. Hay quienes solo quieren caridad y beneficencia a cambio de nada. Que les des el dinero y poder seguir con su vida disoluta. Eso no lo consentimos. También hay quienes nos dicen que de estas labores se tendría que encargar la iglesia y gestionar ellos el dinero de las donaciones... Verás por aquí a uno —comentó con desprecio— que aparece casi todas las semanas con ofensas y blasfemias contra nosotras. Pero en principio es inofensivo... y lleva un tiempo sin dejarse ver.

Allyson asintió. ¿Daban por hecho que se iba a quedar a colaborar con ellas?

—Como te decía, al principio irás con Jossie. Observa cómo se relaciona con ellos, las preguntas que les hace... y si tienes agallas y de verdad quieres ayudar o ser algo más que una

cara bonita en un salón de baile... te unirás a nosotras y te enseñaremos todo lo que haga falta.

Allyson titubeó insegura. Constance y Josselyn asintieron con los ojos brillantes.

Ángela la miró fijamente.

—Allyson, la pregunta que debes hacerte es muy fácil —le dijo convencida—. Si tú no tuvieras nada y quisieras ganarte la vida honradamente, ¿te gustaría que te tendieran una mano, que te dieran una oportunidad, qué alguien confiara en ti?

Allyson asintió sin dudarle ni un momento.

—Pues da gracias porque tú estás en esa posición de ayudar y no en la de pedir ayuda. Ahora tú verás si quieres aprovecharla.

Allyson asintió. Tenía razón. Era muy afortunada y quizá ya era hora de escuchar sus ganas de sentirse útil en la sociedad, de responder a sus deseos de ayudar y de hacer algo en la medida de sus posibilidades.

Por otro lado, sentía que fuera a hacer algo prohibido, pero ahí estaba sentada junto a dos mujeres más, una de su misma posición social, que parecía que disfrutaran participando en actividades de ese tipo.

Josselyn se levantó decidida, cogió una de las libretas que había sobre la mesa y miró a Allyson con una sonrisa, para indicarle que la siguiera.

Allyson se despidió de las dos mujeres y salió tras su amiga con tantas dudas como curiosidad.

Subieron en el carruaje que las había estado esperando, se pusieron en marcha y poco después pararon en una calle no muy ancha, sin pavimentar. Allyson miró de lado a lado. Estaba nerviosa e incómoda. Parecía que ya se había acostumbrado al olor o la ligera nebulosa que flotaba sobre sus cabezas, porque ya no le sorprendía.

—¿Esto es seguro?

Jossie le sonrió.

—La gente ya nos conoce —le dijo enseñándole la libreta—. Sabe que venimos a ayudar. Mira, al final de esta calle, en dirección a los muelles está el taller de Madame Léonard... ella no sabe que yo lo sé, pero tiene a unas cuantas mujeres trabajando para ella...

Allyson la miró sorprendida.

—No sabía que tuviera algo más que el par de costureras que la acompañan en su establecimiento.

—Ni tú ni nadie, o casi nadie, pero somos muchas las que le encargamos los vestidos, así que tuvo que expandirse... y, a fin de cuentas, da trabajo a mujeres que lo necesitan.

Allyson asintió extrañada mientras seguía a su amiga.

—Puedes encontrarte con alguien que no esté de acuerdo con nuestra labor, como ha dicho Ángela, pero no suele ser peligroso. A veces te enfadas mucho, pero no es más que un mal trago.

Allyson asintió acobardada. Josselyn negó con la cabeza.

—Allyson, creí que querías ayudar.

—Y quiero hacerlo... creo.

—Pues asume que si te unes a nosotras necesitarás determinación y valor —enderezó la espalda—y, personalmente, no creo que eso te falte, así que levanta la cabeza. Aquí mandas tú. Tú tienes el poder, la ayuda que esa gente necesita y vas a dársela.

Allyson asintió obedeciendo. Siguió a Josselyn al interior de un edificio de viviendas. Andaba con paso firme y sus pequeños tacones resonaban en el suelo. Se percató de que el olor no era tan desagradable como aquel en el que había entrado la semana anterior.

—Tienen que oírte —le explicó—, que sepan que eres fuerte. Si caminas despacio, distraída o

temerosa lo notarán y alguien podría querer aprovecharse de ti.

Allyson se sonrojó recordando su última visita a esa zona. Probablemente eso era lo que le había ocurrido. La inseguridad con la que se había conducido había sido demasiado visible y los hombres la habían detectado y se habían reído de ella.

Escuchó a Josselyn llamar a una puerta que no tardó en abrirse. Una mujer rubia, pulcramente peinada la saludó amigable.

—Señorita Jossie —la dejó pasar mientras dos niños pequeños estaban jugando con unos coches viejos de madera en el suelo del pequeño salón unido a la cocina.

—Buenos días, Gabrielle, ¿qué tal estás?

Allyson trató de disimular su interés en lo que la rodeaba. Todo estaba más o menos limpio y recogido. Entraba luz por los ventanales, y el aire se notaba despejado. Estuvo atenta a la amable conversación que mantuvieron ambas mujeres y no tardaron en salir en cuanto la agradable mujer les dio en un sobrecito el dinero destinado para el alquiler de la vivienda.

—Gabrielle lo está haciendo muy bien —le explicó Josselyn en cuanto salieron—. Es una mujer muy humilde pero muy responsable... A ver... Judy...

Llamó a la puerta de al lado y se encontraron frente a una mujer morena, de pelo rizado y despeinado, a medio vestir, con un cigarrillo en la boca y los labios pintados de un provocativo color rojo.

—Señorita Jossie, no la esperaba.

—Eso quiero pensar —le respondió Josselyn seria mientras la tal Judy se cubría con una vieja bata la poca ropa que llevaba y les permitía entrar—. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Has vuelto a las andadas? No es eso lo que acordamos.

—No... yo... —murmuraba la mujer mientras abría las ventanas y recogía como podía los ceniceros llenos de colillas.

Las dos jóvenes vieron la botella vacía de ron que había en el suelo junto al sofá.

Llamaron a la puerta, y las tres miraron hacia ella. Josselyn había cruzado los brazos con seriedad. Judy fue a abrir y dos hombres entraron casi llevándosela por delante.

Uno, cojeando, semi inconsciente, con un brazo protegiéndose las costillas se apoyaba en el otro, más fornido, que era el que marcaba el paso.

Lo llevó hasta el pequeño dormitorio contiguo donde las tres mujeres les siguieron asustadas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alarmada Judy ayudando a recostarlo.

El hombre se irguió y se quitó la gorra haciendo que Allyson se sonrojara visiblemente. A la luz del día ese hombre era más alto y guapo de lo que le había parecido ver entre sombras en sus anteriores encuentros. Su mandíbula cuadrada mostraba determinación. Sus anchos hombros le transmitían seguridad y protección. Aun con esas viejas ropas le parecía atractivo, y sabía que no era eso lo que debería estar pensando de él.

—Un accidente laboral —le explicó molesto y preocupado—. No creo que se haya roto nada, pero no hagáis ruido. Parecía que hubiera bebido y si eso es cierto tiene todas las de perder... —miró a las dos jóvenes que acompañaban a la mujer que suponía que era la pareja de ese hombre, y su mirada se detuvo en Allyson.

¿Otra vez? ¿A qué estaba jugando esa niña rica? Era tan joven como le había parecido en la oscuridad de la fábrica, y mucho más bonita. Tendría problemas si seguía moviéndose por ahí, pensó. Sobre todo, porque llevaba la inocencia y la inseguridad dibujada en la cara.

Miró a la joven más corpulenta que estaba a su lado con una libreta en las manos. Reconoció con satisfacción lo que estaban haciendo, pero volvió a mirar a la joven rubia. ¿Qué pretendía? ¿Acaso no sabía que su familia, fuera la que fuera, estaba manteniendo y ocasionando

situaciones como las que estaba viendo?

Allyson bajó la mirada. Por la manera en la que él la miraba, supuso que también la había reconocido y no parecía que le agradara.

—¿Pero tiene que venir el médico? —le preguntó la mujer sentada en el borde de la cama—. No podemos pagarlo...

El desconocido la miró con los brazos en jarras.

—Veré lo que puedo hacer —le dijo con los labios apretados—. Tengo que volver... Que no haga muchos esfuerzos y que descanse, y por favor, no le dejes tomar alcohol. No cuando tiene que acudir a la fábrica.

La mujer morena asintió preocupada mirando al hombre tendido en la cama.

El desconocido hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida y salió del dormitorio. Allyson sintió deseos de ir tras él, de buscar su boca, de rozar su cuerpo. Se recriminó por ello.

—Tengo que informar de esto, Judy —le dijo Josselyn seria.

—Fue solo una copa —se justificó—. Por favor, ahora no podemos hacer nada, Joe tiene que descansar, no puede trabajar en estas condiciones... la semana que viene le daré el pago del alquiler, de verdad...

—No tenía que haber ido bebido al trabajo —le recordó Josselyn seria—. Voy a darte un margen de confianza, Judy, pero no me falles.

—No lo haré, señorita Jossie... —gimió agobiada la mujer morena mirando al hombre que dormitaba con gesto de dolor en la cama.

Josselyn miró a Allyson con una expresión seria mientras salían del pequeño apartamento. Nada más cerrar, Josselyn resopló.

—Esta pareja no me termina de dar buena espina —le susurró—. Habían bebido, la casa estaba desordenada, ella no trabaja, podía haberla recogido, y él bebe demasiado... No me gusta... Se lo comentaré a Ángela de todas maneras... Sigamos.

Allyson la siguió asintiendo con curiosidad.

—Josselyn... ese hombre... ¿lo conocías?

—¿La pareja de Judy? No sé si están casados, la verdad.

—No, no... el que lo ha llevado a casa.

Josselyn negó con la cabeza mientras salían a la calle.

—Sería un obrero de la fábrica, supongo, aunque su actitud era bastante autoritaria... y su acento era un poco raro... sería algún inmigrante... quizá irlandés, hay muchos por aquí... No le tenía visto.

Allyson asintió avergonzada. ¿Quién la había besado? ¿Un obrero? ¿Un inmigrante? Claro, se respondió a sí misma. ¿Qué esperaba que hubiera en la fábrica? ¿O en el East End? Se sonrojó visiblemente. ¿Qué pensarían sus padres de ella? ¿O Robert? Pero lo peor de todo era que le había gustado, que quería volver a estar entre sus brazos, sentir sus labios... Frunció el ceño, enfadada por la confusión que sentía. No debería estar pensando esas cosas.

—No me lo puedo creer —siseó Josselyn echándose hacia la pared y tirando de Allyson para que hiciera lo mismo—. Ese es Mathew Locket...

Allyson se fijó en el hombre menudo de cabello oscuro y fino bigote que entraba en uno de los edificios de la calle sin haberse fijado en ellas.

—¿Quién es?

—¿Otra vez por aquí? No me gusta nada —miró a Allyson preocupada—. Ese hombre está en contra de Ángela, y, bueno, de lo que hacemos nosotras con ella. Es de los de dar limosna y consentir que la malgasten en apuestas y alcohol alegando la escasa responsabilidad u orgullo de

las personas que reciben su ayuda. Tenemos que decírselo a Ángela. Espero que no ponga a nadie en nuestra contra.

—Pero si les ayudamos...

—Hay quienes prefieren recibir ayuda a cambio de nada, y nosotras les pedimos que hagan cambios, que se formen, que se alejen de las tabernas... y no les gusta.

Allyson asintió reanudando el camino que estaban recorriendo hasta la siguiente visita que tenían prevista.

Un joven un poco mayor que ellas les abrió la puerta con una sonrisa amigable.

—Hola, Aidan... señor Byrne —le saludó Josselyn sin apenas mirarle a la cara—. Hoy vengo con mi compañera Allyson ¿Qué tal estás? ¿Qué tal va todo?

El joven de cabello rojizo y ojos azules les invitó a pasar a un pequeño y muy limpio apartamento.

—Bien, señorita Jossie, señorita Allyson —les saludó con acento irlandés.

Jossie lo miró excesivamente seria.

—¿Ha venido tu hermano? Me dijiste que pensaba venir.

—Sí, señorita, Jossie. Callum vino el fin de semana y ya tiene trabajo en una de las fábricas.

—No llaméis la atención —le dijo con frialdad—. Está habiendo muchos problemas con irlandeses y no me gustaría... no...

El joven miraba a Jossie con una sonrisa agradecida.

—No queremos problemas —le aseguró amable.

—Lo sé...

Allyson escuchaba atenta la conversación. Josselyn parecía demasiado fría, demasiado formal. Supuso que se debía a que él era un hombre y además irlandés, y, como bien había dicho Jossie, se sabía que algunos estaban causando problemas.

El joven parecía muy amable, pero ellas iban a ayudar, no a hacer amigos, pensó enderezando la espalda pese a que, tanto Josselyn como él, la ignoraban totalmente.

Después de visitar a dos familias más, volvieron en carruaje a la oficina de Ángela para comentar el resultado de la mañana, incidentes incluidos. Ángela, que había vuelto de sus propias visitas, las escuchó, les dio algunas directrices a seguir y se quedó en la oficina mientras las jóvenes salían por la puerta.

Josselyn la acompañó a casa en el carruaje.

—¿Qué te ha parecido la experiencia?

Allyson le sonrió.

—No sabría qué decirte, la verdad —le respondió—. No me imaginaba otra manera de ayudar diferente a la de nuestras madres.

—Creo que toda la ayuda viene bien cuando realmente se necesita, y lo cierto es que ha venido tanta gente a Londres en busca de trabajo, que todo se ha desbordado. La beneficencia sigue ayudando a la vez que manteniendo el problema. A mí me gusta pensar que con nuestra ayuda y apoyo las personas pueden salir adelante en estos momentos duros y puntuales que están atravesando.

Allyson asintió.

—Supongo que así también se da un poco de sentido a la vida, ¿no? A mí me cuesta mucho imaginarme llevando la vida de mi madre, ya sabes. En casa, ocupándote de los hijos y de que todo esté limpio y en su sitio. Que valoro lo que hacen, por supuesto, y más si son felices, pero yo... siento que me ahogo solo de pensarlo...

—A mí me pasa lo mismo —le reconoció Josselyn—, pero luego conoces a personas como

Ángela que son capaces de hacer todo, encargarse de que la casa funcione, asistir a algunas fiestas y a la vez ayudar, y me inspira para ser como ella.

—Supongo que sí —respondió Allyson.

—Cuando te cases tendrás más libertad para hacer lo que quieras —le recordó Josselyn.

Allyson ahogó un suspiro. Dudaba mucho acerca de esa supuesta libertad. Ya había decidido leer a escondidas, pero salir de casa a hacer algo que públicamente pudiera molestar al que sería su marido era algo más serio.

—¿Lord Vance sabe que eres una de las visitadoras de Ángela? —le preguntó por su prometido.

—No —le dijo con tranquilidad—. Hasta que no nos casemos no se lo diré. No tengo ninguna prisa. No sé si luego tendré problemas por ello, pero rodearme de mujeres luchadoras, me anima a seguir luchando.

Allyson asintió. Aunque era su primer contacto con esas mujeres y con lo que hacían, se había sentido útil y realmente bien. Recordó al hombre que la había besado en la fábrica y se sonrojó. Si seguía acompañando a Josselyn probablemente lo vería otra vez... pero ¿para qué quería verlo? Se obligó a dejar de pensar en él, pero no podía olvidar sus fuertes brazos, su amplio torso, la sensación de protección que prometían sus abrazos...

Al llegar a casa se despidió de Josselyn hasta dos días más tarde que repetirían la salida. Se sorprendió de la seguridad con la que caminaba y de la satisfacción que sentía. No sabía si podría acostumbrarse a vivir en una mentira, pero estaba dispuesta a comprobarlo.



El miércoles por la mañana, Allyson esperaba a Josselyn animada. Había estado pensando en todo lo ocurrido hacía dos días y las ganas de ayudar eran superiores al temor de que alguien la descubriera.

Suponía que cuando su padre acudía a la fábrica no miraba a su alrededor ni mucho menos se fijaría en nadie de una escala social inferior. Robert probablemente actuaría de la misma manera, así que sería poco posible que repararan en ella.

—¿No tienes miedo de que alguien se entere de lo que haces? —le preguntó Allyson a su amiga cuando estuvieron solas en el carruaje.

Josseyn se encogió de hombros.

—Al principio sí que lo tenía... Un poco —le confesó—. Pero luego lo pensé mejor. Tampoco estamos haciendo nada tan grave. Mira a Ángela. Acude a nuestras fiestas como si no pasara nada. Todos saben a lo que se dedica y la siguen invitando, aunque sea por su marido. Da que hablar, sí. Pero no le importa. Cree que lo que hace es bueno, y le da igual lo que digan de ella.

—Bueno, pero nosotras... nuestros padres... nuestros futuros maridos... ¿no te da miedo que no se quieran casar con nosotras?

Josselyn se sonrojó.

—Constance está soltera y es feliz... Creo que los tiempos están cambiando. No pasa nada por no casarte...

Allyson la miró extrañada.

—Pero es lo que se supone que debemos hacer —le recordó—. Estoy tan llena de dudas... Nos han educado para casarnos y sin embargo hay mujeres que no se casan y son felices, o, fíjate, tras nuestras calles pavimentadas, en esta misma ciudad, hay otra sociedad de la que no somos conscientes y que permite a las mujeres libertad para hacer lo que quieran.

—Bueno, sinceramente, no sé si me gustaría estar en la situación de esas otras mujeres... el trabajo en las fábricas no está tan bien pagado. Les da para subsistir, sí, pero no con comodidades.

—Es cómodo ayudar desde nuestra posición.

—Sí, por eso me parece muy bien hacerlo —se justificó Josselyn—. No hacemos daño a nadie. Creo que eso se podría argumentar a nuestra familia si nos descubrieran. Otra cosa sería si fuéramos sindicalistas, porque a fin de cuentas ellos van en contra de nuestros padres.

Allyson asintió comprendiendo su lógica.

—A veces siento que me quiero comer el mundo y actuar decidida como Ángela, y otras veces, que soy insignificante y solo tengo que acatar las normas.

Josselyn asintió.

—Creo que hay que moverse entre esas dos aguas.

Bajaron frente al edificio de ladrillo rojo donde Ángela las esperaba para su reunión matinal. Constance ya había llegado y las saludó con una sonrisa amable.

—Sentaos —les pidió Ángela—. Martha no creo que tarde, pero mientras os comento que me han dicho que Mathew Locket vuelve a las andadas.

—Ayer lo vimos —le confirmó Josselyn.

Ángela resopló molesta.

—Andaos con ojo —les advirtió—. Llevaba mucho tiempo callado y en la sombra. Algo estará planeando.

Allyson la miró sin comprender.

—¿Quién es?

—El tipo que te señalé. Ese con bigote fino.

Allyson asintió.

—Es una sanguijuela de la vieja escuela —le resumió Ángela—. Es de los que piensan en que la caridad es sometimiento a cambio de unas pocas monedas. No creo que visite nuestras viviendas, pero nunca se sabe.

—¿Y por qué la gente le iba a hacer caso?

—Porque siempre va en nombre de Dios y de las apariencias. Es un puritano, como todos, pero no me extrañaría que visitara a cualquier prostituta de las que hay por allí —negó Ángela con la cabeza—. Hay que tener clase hasta para buscarte amantes.

Allyson se sonrojó mientras Martha entraba con su habitual sonrisa.

—¿A que sí, Martha? —le preguntó divertida Ángela—. Estamos hablando de que hay que tener clase hasta para buscarse un amante.

Martha se sentó junto a ellas risueña.

—Por supuesto —les respondió airada—. Tenemos el mismo derecho que los hombres a hacerlo ¿O qué creen? ¿Que ellos son los únicos que pueden disfrutar del amor? A las esposas apenas las tocan. Solo para hacerles hijos que perpetúen el apellido y el título, como si fueran a romperse si mantuvieran más relaciones. Pero a las amantes, bien de encuentros, besos y regalos.

Me parece injusto y obsoleto. La fidelidad en el matrimonio debería ser asunto de dos.

Allyson la miró sonrojada. Miró a Josselyn que asentía igual que Constance.

—Creo que nunca había oído hablar así a una mujer —comentó sorprendida.

—Porque no está bien visto —le respondió Martha—, pero cada uno sabe lo que sucede en un matrimonio. Yo me niego a tener uno como el de mis padres. Mi padre con una colección de amantes y mi madre amargada en casa —negó con la cabeza—. Mi marido también será mi amante, y se lo he dejado bien claro. ¿Qué es eso de un beso sin lengua? Quiero que me haga temblar las rodillas solo con mirarme e imaginar que se me acerca... En fin, estamos en ello.

Mientras todas se reían del comentario, Allyson sintió que se moría de vergüenza. Eso. Justo eso sentía cuando se encontraba con ese desconocido tan apuesto.

—Pues sí, hijas —les comentó Ángela—, que la vida pasa muy rápido, hay muchas miserias, y si no disfrutas en tu casa y con tu marido ¿Para qué lo quieres? ¿Para que te mantenga?

—Es lo que nos han enseñado —se defendió Allyson.

—Nos han enseñado tantas cosas... —comenzó a decir Josselyn.

—Las mujeres oprimidas —apostilló Martha—. Eso quieren. Sumisas, obedientes, puritanas... ¿Y disfrutar? Espera a que nos den voz y voto... Las cosas cambiarán...

—Bueno —la señaló Ángela con cariño—, tú ten cuidado en esas manifestaciones y reuniones a las que vas.

Martha asintió con seguridad.

—Está todo controlado —sonrió—... por mujeres, por supuesto.

—Pero el mundo aún es de los hombres —le recordó Constance.

—De momento —le sonrió Martha.

—Cuando seáis más mayores las cosas serán diferentes —las animó Ángela—, y si sois discretas y os apetece podréis encontrar algún amante más joven y pasarlo bien en la cama y fuera de ella.

Las jóvenes sonrieron escandalizadas.

—Que yo no digo que lo haya hecho —las tranquilizó divertida—. Pero se puede hacer. Conozco algún caso, pero me callo. Discreción, ante todo.

—Tú no eres discreta, aunque te lo propongas —le sonrió Constance.

—Pues también es verdad —asintió Ángela—. Pero en cuestiones de alcoba, hay que serlo.

Más relajadas y con sus libretas en la mano dieron por terminada la conversación amistosa y cada una se dirigió a sus quehaceres.



—Cuando sea mayor me gustaría ser como Ángela —le comentó Josselyn mientras caminaban por las calles poco después—. En lo que hace y en lo que dice.

—Yo nunca había pensado en la posibilidad de tener un amante —le susurró sincera Allyson. Josselyn se encogió de hombros.

—Pues yo no lo sé —le respondió Josselyn—. Supongo que, si nadie te ha hecho temblar las rodillas, te conformas con tu marido, atento y respetuoso... pero cuando alguien te besa como... —se sonrojó—, conformarte con menos te cuesta. No sé si sabes a qué me refiero.

Allyson la miró en silencio. Robert no la besaba como la había besado ese hombre con el que últimamente coincidía cuando menos lo esperaba. Y, como había dicho Martha, no estaba segura de que fuera a conformarse con sus castos besos. ¿Debería buscarse un amante? ¿Qué le besara como ella sabía que una pareja se podía besar? ¿Y qué pretendía ese hombre que la besaba así a ella? ¿Convertirla en su amante? Eso era inmoral, se recriminó molesta. Suspiró. Quizá fuera inmoral, pero le hacía sentirse viva.

Giraron una esquina y tropezaron contra un hombre que las esquivó a duras penas disculpándose de inmediato. Allyson no estaba segura de qué había reconocido antes, si su aroma, su voz o el contacto con su cuerpo firme. Fue un contacto breve. Suficiente para cruzar las miradas, rozarse las manos, temblar los cuerpos. Allyson murmuró una disculpa esquivándolo para seguir el paso a Josselyn. Giró la cabeza unos pasos después con curiosidad para volver a verlo. No sabía a dónde se dirigiría. Él se había apoyado indolente en la pared para mirarla sin disimulo. Allyson giró la cabeza de nuevo, sonrojada, siguiendo a Josselyn que le hablaba de las personas a las que iban a visitar.

James la miraba descaradamente. ¿Otra vez por allí? ¿A qué jugaba? Las mujeres de su clase habían nacido para decorar los amplios salones de baile y casarse con un hombre rico, no para callejear por el East End. Por lo menos, tenía el conocimiento suficiente para no ir sola, pensó. Siempre podría encontrarse con un hombre que quisiera besarla... como le había pasado a él. Negando con la cabeza para sacudir sus recuerdos, siguió su camino.

Josselyn y Allyson salieron poco después del edificio en el que habían entrado, satisfechas con la visita realizada, aliviadas de ver cómo las personas que recibían su ayuda eran capaces, poco a poco, de rehacer su vida.

Dos hombres les interceptaron el paso con las miradas desenfocadas, y ropas descuidadas y harapientas. Ellas se irguieron alertas tratando de esquivarlos.

—No tan rápido, señoritas —les dijo uno de ellos arrastrando sus palabras, impidiéndoles el paso.

—Déjenos continuar, por favor —le pidió seria Josselyn con una mirada amenazadora.

—¿Y si no? —le preguntó el otro mirándola de arriba abajo relamiéndose con una desdentada y repulsiva sonrisa.

Intentaron esquivarlos de nuevo, pero se acercaron todavía más a ellas haciéndolas retroceder hasta la pared.

—Esto es intolerable —exclamó Josselyn—. ¿No saben quiénes somos? Aléjense de nosotras o tendremos que dar parte a la policía.

—Eso me gustaría verlo —sonrió el más delgado de ellos mientras las intentaban sujetar por las muñecas.

Allyson sintió que una mezcla entre miedo y rabia se apoderaba de ella. No iba a dejar que la arrinconaran de esa manera. Utilizó el impulso de su cuerpo para empujar con toda su fuerza al hombre que tenía delante.

—No me toque —el hombre cayó al suelo llamando la atención de los diferentes viandantes que había alrededor.

El hombre, avergonzado y furioso, se levantó y la aprisionó con más fuerza contra la pared buscando su boca.

Allyson forcejaba con él igual que Josselyn se defendía de su propio ataque. Fueron unos

segundos interminables, presas del miedo, de la impotencia y de la repulsión que sentían ante el hedor que emanaban esos hombres y el uso de la violencia.

De repente, el agresor de Allyson se apartó como impulsado por algo, y el de Josselyn retrocedía al instante. Las dos amigas se acercaron entre ellas, hombro con hombro, juntas, alertas, mientras veían como un hombre con solo un par de puñetazos los dejaba sin sentido tirados en mitad de la calle.

Allyson admiró la destreza, la rapidez y la fuerza del hombre con el que no paraba de coincidir cada vez que visitaba la problemática zona.

Se le había caído la gorra durante el incidente. Su pelo oscuro, un poco largo, estaba ligeramente revuelto.

—¿Están bien, señoritas? —les preguntó atento, mirando fijamente a Allyson.

Suponía que un incidente como aquel no tardaría en ocurrir. Dos mujeres de clase alta no podían pasear por la zona y esperar no encontrarse con problemas de esa índole.

Allyson le mantuvo la mirada. ¿Por qué sentía que entre los dos había una fuerte atracción que los unía? ¿Serían imaginaciones suyas?

Las dos jóvenes asintieron, recuperándose del susto mientras algunos curiosos los rodeaban.

—Solo querrían asustarlas —les dijo otro hombre más mayor mirando a los que estaban en el suelo—. Ya les dije que no era buena idea... Ese hombre estuvo aquí alentando...

—Pues aun así no conseguiremos que dejemos de hacer lo que hacemos —le respondió Josselyn cogiendo del polvoriento suelo la libreta que se le había caído—. Muchas gracias, señor.

Comenzó a andar con rabia para alejarse de allí.

—Gracias —le dijo Allyson sin dejar de mirarle, retrasando el momento de alejarse de él.

James asintió con la cabeza y media sonrisa. Por la expresión de su bonita cara se diría que la atracción entre los dos era mutua. Ser tan transparente no era lo mejor para ella, pensó. Cualquiera podría aprovecharse de su inocencia.

Allyson se dispuso a seguir a Josselyn, pero él la sujetó por el brazo con suavidad para hacer que se detuviera. Parecía que le costaba alejarse de ella sin saber quién era o qué hacía exactamente allí.

Allyson sintió un escalofrío recorriéndole el cuerpo. Inconscientemente se acercó más a él, mientras levantaba la cabeza altiva. Él no debería tocarla en mitad de la calle, a plena luz del día.

—Si se defiende con tanta fuerza ante la agresión de un hombre borracho, ha de saber que la siguiente acometida por su parte será mayor —le avisó manteniéndole la mirada.

—¿Y qué tenía que haber hecho? —le preguntó ella sin dejar de mirar sus ojos azules—. ¿Llamarle a usted?

Él sonrió divertido soltándola y empezó a caminar a su lado siguiendo los pasos de la mujer con la que estaba.

—No hubiera sido mala idea.

—No sé su nombre —le comentó Allyson ruborizada por su propio atrevimiento.

—James —le respondió con las manos en los bolsillos.

Allyson asintió seria mientras su corazón latía con fuerza.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez, si es que hay una próxima vez.

—¿Para vernos o por si la atacan? —le preguntó arrogante.

—No sé qué es más probable.

—Que nos veamos es seguro.

Allyson se detuvo y le miró a los ojos. ¿Qué tenía ese hombre? Tan alto, tan masculino, tan atractivo...

—¿Por qué lo dice?

—¿Tiene que preguntarlo? —le respondió acercándose hacia ella más de lo socialmente correcto.

La miró a los ojos antes de que su mirada se posara en sus carnosos labios.

Allyson entreabrió los labios sorprendida. ¿Iba a besarla? ¿A plena luz del día? ¿A ella?

Josselyn se había girado para asegurarse de que Allyson la seguía y vio como el apuesto desconocido que las había ayudado se estaba acercando a ella con no sabía qué intenciones. Se les acercó y sin mediar palabra la cogió del brazo, para alejarla de allí, sin apenas mirarlo.

—Te estaba hablando —le comentó seria—. Nunca me había pasado esto. Qué casualidad que cuando Locket aparece por aquí, nos atacan unos borrachos. Hay que decírselo a Ángela.

Allyson apenas la escuchaba. Se había vuelto un par de veces para observar al hombre que las seguía con la mirada. ¿Qué quería decirle con eso de que volverían a verse? ¿Por qué le costaba tanto dejar de mirarlo si sabía que no debería hacerlo?

—No había visto nada igual. Qué falta de respeto. ¿Tenemos que llevar un arma para defendernos? ¿Eso pretenden? Qué vergüenza —prosiguió Josselyn.

Allyson asintió distraída. Solo pensaba en el desconocido al que ya le había puesto nombre. James. Se sonrojó. ¿Iba a ser ella como una de esas mujeres de las que había hablado Ángela? ¿Sé estaba planteando tener un amante? ¿Podría serlo un simple obrero? No entendía por qué todo su cuerpo reaccionaba ante él. Sus padres se morirían de la impresión si se enteraban. No podía ser cierto que se estuviera planteando algo así, se recriminó. Aún no se había casado, y quizá no volviera a verlo, pese a que él parecía muy seguro de ello.

Josselyn la miró impaciente.

—¿No te lo parece a ti también?

Allyson confundida asintió. No sabía de qué hablaba. No podía dejar de pensar en él. Suspiró.



Robert fue a visitarla esa misma tarde y después de tomar el té bajo la atenta mirada de Josephine, la sonrisa ilusionada de Christine y el desinterés de Laura, salieron a pasear a solas por el jardín trasero.

—¿Has salido hoy también con la hija de Lord Flanigan?

Allyson asintió.

—Sí, apenas la conocía, pero es muy agradable.

Robert asintió con una sonrisa paciente.

—Lord Vance y ella hacen una buena pareja pese a que él es considerablemente mayor.

Allyson asintió despreocupada. Josselyn apenas le hablaba de su prometido, igual que ella tampoco mencionaba a Robert cuando estaban juntas.

—¿Piensas alguna vez en la boda? —le preguntó sujetándola por el brazo y evitar que siguiera caminando.

Allyson se sonrojó visiblemente. Recordaba que James también la había sujetado así. Pero en ese momento el corazón no le latía con fuerza, no le temblaban las rodillas, no se agitaba su respiración.

—Bueno... si te soy sincera, he de decirte que sí —aunque no creo que en los términos que debiera, pensó.

—¿Qué ocurre? ¿Te da miedo poner una fecha o es que tienes dudas? Creo que ya te he demostrado que te respeto.

—Sí. Lo sé —aceptó manteniéndole la mirada—. ¿Has pensado tú lo que ocurrirá después? ¿Cómo será nuestra vida en común?

—¿A qué te refieres? —le preguntó extrañado sin soltarla—. Nos casaremos y ya está. Tendremos hijos, si es lo que preguntas.

Allyson asintió con paciencia. ¿Por qué no podía hablar abiertamente de lo que pensaba o de lo que sentía?

—Supongo que yo podré dedicarme a hacer obras benéficas.

—Claro, como hace tu madre.

—Me pareció oír la otra noche en la fiesta que lady Blackbury también hace algún tipo de labor social... diferente.

Robert frunció el ceño sorprendido por el comentario.

—Lady Blackbury no es buena referencia para nadie a no ser que quieras que tu marido esté en boca de todos, que es algo que yo no voy a consentir —le advirtió enfadado sujetándola con más fuerza.

—No, yo...

—Esa mujer se atreve a ir a las casas de los obreros y los más pobres del East End pretendiendo cambiarles la vida.

—Bueno, las obras benéficas tratan de ayudar...

—Una cosa es dar limosna para que sobrevivan, otra muy diferente es ayudarles a salir de donde se han metido o de donde han nacido.

Allyson parpadeó sorprendida ante sus malhumoradas respuestas.

—Son personas, ¿no hay que ayudarlos a...?

—¿Personas? Son unos maleantes sin disciplina ni educación. Han venido del campo a abarrotar las ciudades creyendo que la vida aquí es fácil y permisiva. Lady Blackbury pretende darles oportunidades ¿para qué? No van a salir de allí.

—Pero... trabajan en nuestras fábricas...

—¿Qué has estado leyendo esta vez, Allyson? ¿Por qué haces que me enfade? —la soltó visiblemente molesto.

Allyson bajó la mirada por costumbre, ocultando su sorpresa y confusión.

—Creo que ya te lo he dicho alguna vez —le recordó—. Cuando nos casemos, no tendrás tiempo de leer, y menos después de que tengamos hijos. ¿Lo tienes claro?

Allyson notaba cómo una rabia desconocida empezaba a crecer en su interior.

—Disculpa, Robert... —murmuró mientras cogía aire para tratar de relajarse—. Cuando nos casemos, yo me dedicaré al cuidado de la casa y de los hijos... —casi se atragantaba con esas palabras.

—Bueno, para eso se te ha educado.

—No podré leer.

—No tendrás tiempo, querida.

—Y podré hacer obras benéficas como las de mi madre.

Robert asintió mirándola de frente.

—Quiero que las cosas queden muy claras entre nosotros.

Allyson levantó la mirada. ¿Claros? Apretó los labios prohibiéndose decirle lo que pensaba de lo que se esperaba de ella.

—Creo que tengo jaqueca —mintió—. ¿Te importa que sigamos hablando en otro momento?

—Piensas demasiado —le dijo condescendiente acompañándola hasta el interior de su casa—. Y quizá la amistad con la hija de lady Flanigan no te beneficie.

Allyson ahogó un gemido ante tal afirmación. Suponía que también estaba en su derecho de decirle a quién debía ver.

Sería, lo acompañó hasta la puerta. Al llegar a ella, Robert se giró y la miró con una sonrisa burlona.

—Si no supiera lo que hemos hablado, pensaría que estás enfadada por algo de lo que te he dicho.

Allyson le mantuvo la mirada desafiante. Robert la cogió por la barbilla, se aseguró que no había nadie alrededor y la besó aplastando sus firmes labios contra los de ella. Allyson fue incapaz de moverse. No sentía ningún interés en alargar el momento, ni ninguna curiosidad por comprobar si podía ser diferente.

Robert se separó satisfecho. Ella bajó la mirada temerosa de que notara su desagrado. Le abrió la puerta y lo vio salir seguro de sí mismo.

Christine y Laura se le acercaron mientras ella cerraba la puerta.

—¿Ya tienes fecha para la boda? —le preguntó Christine con una bonita sonrisa.

—¿Estás segura de que quieres casarte con Robert? La expresión de tu cara, parece decir lo contrario —le comentó Laura.

Allyson se había apoyado en la puerta nada más cerrarla.

—No —se sinceró—. No he puesto la fecha ni creo que tenga ganas de ponerla.

Las dos hermanas la miraron extrañadas.

—Pero ¿por qué? —le preguntó Christine sorprendida—. Es el día más feliz de tu vida... él te rodeará con sus brazos... te hará suya...

Allyson se sonrojó.

—La vida es más que un matrimonio, Christine.

—Ya lo sé —le respondió seria—. Dirigirás su casa, formarás tu propia familia.

—Oh, Christine —suspiró Allyson—. Hay más vida detrás de estas paredes, detrás de un matrimonio... Ahí fuera hay gente con problemas reales, con vidas diferentes a la nuestra...

Las dos hermanas la escuchaban sorprendidas sin dar crédito a lo que oían.

—¿Podemos hablar un momento, Allyson? —preguntó su madre saliendo de la salita verde, desde donde parecía haberla oído.

Ella asintió con un suspiro de resignación. Supuso que le esperaba otro sermón acerca de la necesidad de señalar una fecha para la boda y sus obligaciones como esposa. Sus hermanas optaron por salir disimuladamente de la escena, por temor a que las incluyeran en la visible reprimenda que iba a recibir la mayor.



El viernes por la mañana Allyson subió presurosa al carruaje de Josselyn.

—¿Estás bien? —le preguntó extrañada.

—No —le respondió sincera—. ¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Que parezca que no pasa nada.

—¿Qué pasa que sea tan grave que haya que disimular?

Allyson se recostó en el asiento.

—Disculpa —le explicó—. Es que se me ha juntado todo... Hablé con Robert sobre nuestra boda...

—¿Ya has puesto fecha? —la interrumpió sorprendida.

—No... No me gustó lo que me dijo. Lo hablé con mis hermanas, mi madre nos escuchó y me regañó sobre las ideas absurdas que parece ser que tengo respecto al matrimonio y a que la vida puede ser más que solo casarte. Luego se lo dijo a mi padre y me ha dejado salir de casa por casualidad...

—¿Y dónde está el problema? ¿No te habían reñido antes alguna vez?

—Josselyn... no sé fingir. No quiero hacerlo. No quiero la vida que me han contado.

—¿Qué quieres?

—Esto. Salir, leer, ayudar a Ángela... no sé...

—Ya... ahora que has probado este tipo de vida no quieres dejarlo. Pero quizá si te casas con el conde de Nokfolk y le ocultas lo que haces, no se opongá siempre y cuando seas discreta.

—Pero es que creo que no quiero casarme con Robert.

—¿Y eso?

Allyson la miró en silencio.

—Antes no parecía que tuvieras problemas con él. Si fuera porque has conocido a alguien que, como decía Martha te hace temblar las piernas... No me gustaría estar en tu situación. A mí mis padres no me presionan ni me dicen nada. Tampoco lord Vance. No sé si porque dan por hecho que más tarde o más temprano, seguiré las normas...

—Mira a Constance —le sugirió Allyson—. No está casada y parece feliz.

—Sí, bueno, pero Constance no está en nuestra misma posición. A ella se le permite quedarse soltera, pero nosotras tenemos que casarnos.

—Pero si tú acabas de decir que no te presionan.

—Bueno, no tengo prisa por casarme, pero ya estoy prometida... igual que tú.

Allyson suspiró mientras llegaban frente al edificio de ladrillo rojizo. Bajaron del carruaje para mirar sorprendidas la puerta destrozada y a Ángela con otras dos mujeres hablando con un miembro de la policía.

Constance se acercó a ellas.

—Por lo visto, esta madrugada han entrado al edificio por la fuerza. Está todo revuelto.

—¿Pero se sabe quién ha sido? ¿Qué podían buscar? Aquí solo nos reunimos las visitadoras y poco más.

Constance negó con la cabeza.

Ángela se acercó a ellas.

—Nada. Nos dicen que todo parece ser una fechoría o incluso una venganza de alguien al que hemos denegado la ayuda. Ya hacía tiempo que no pasaba algo así.

—Justo cuando Locket ha vuelto —comentó Josselyn ceñuda.

Las tres amigas la miraron.

—Hay que ser muy tonto para hacer algo tan ridículo y cobarde —le respondió Ángela.

—Muy listo no parece —apostilló Constance.

Ángela las miró con los ojos entrecerrados.

—Bueno, empezad con vuestras visitas como si nada hubiera pasado... Yo creo que iré a saludar amistosamente a los superiores de Locket...

—Pero no tenemos pruebas de que haya sido él —comentó Allyson.

—No, si tengo claro que él no ha sido —le respondió Ángela con ironía—. Es demasiado cobarde, pero seguro que ha mandado a alguien para hacerlo. Además, hace mucho que no me ven por allí y es bueno recordarles de vez en cuando que hay otra manera de hacer las cosas.

Cuando fueron a separarse, Martha se les acercó extrañada por la puerta destrozada.

—¿Qué ha pasado?

—Nada importante, pero tengo que salir un momento —le respondió Ángela—. Hagamos las visitas con normalidad y nos vemos a última hora de la mañana. Ah, Allyson, si estás dispuesta a seguir con nosotras, te unirás a nuestras siguientes formaciones en breve y podrás salir sola.

Allyson asintió convencida. No sabía cuánto tiempo podría mantener esa doble vida, pero mientras no la descubrieran o no cambiaran las circunstancias, estaba dispuesta a seguir ayudando a los que menos tenían.



Allyson salió a la terraza a tomar el aire. Lo necesitaba. Cada vez se sentía más fuera de lugar en esas fiestas. El aire fresco de la noche la hizo estremecerse, pero no quería volver dentro. Christine disfrutaba bailando con sus posibles pretendientes. El año pasado ella también lo había disfrutado así. Incluso había estado de acuerdo con sus padres en aceptar a Robert como pretendiente y futuro marido. Pero en ese momento, solo quería escapar, huir de la realidad, de su realidad.

Miró al cielo buscando respuestas. Solo había estrellas y la luna llena cubriéndolo todo de luces y sombras.

Se sentía bien con Ángela y el grupo de visitadoras. Le gustaba la libertad y la independencia con la que actuaban. Le gustaba sentirse útil, y le costaba no pensar en James y en lo que sentía cuando la besaba. Cerró los ojos recordando alguno de sus encuentros.

—¿Te encuentras bien? Te vi salir —le preguntó Robert a su espalda.

Allyson asintió.

—Sí. Solo quería tomar un poco el aire.

Robert se le acercó hasta quedarse a su lado y mirar como ella los árboles del jardín en sombras.

—¿Has estado pensando en lo que hablamos? ¿En lo que ocurrirá cuando nos casemos?

Allyson suspiró. Era algo de lo que no le apetecía hablar en ese momento. Robert se giró para mirarla haciendo que ella también lo mirara.

—No tienes por qué preocuparte por nada —trató de tranquilizarla.

Allyson le miró a los ojos. El silencio, la noche, la intimidad entre los dos... Le miró a los labios. Iba a ser su marido, se recordó mientras su cuerpo era incapaz de reaccionar ante él. Robert bajó la cabeza. Allyson se obligó a levantar la barbilla. Quizá un beso... Robert la besó en la frente.

—No te quedes mucho tiempo aquí, podrías coger frío —le susurró antes de dejarla sola.

Allyson lo vio alejarse antes de permitirse resoplar decepcionada y molesta. ¿Podría vivir sin lo que sabía que su cuerpo podría sentir? ¿Sería ella una de esas mujeres que buscarían un amante discreto? No estaba de acuerdo con la infidelidad en el matrimonio, pero una vida sin que el corazón palpite con fuerza, sin besos húmedos, sin caricias robadas ¿sería tolerable?

Con un suspiro descendió las escaleras de la terraza y se internó en el jardín. ¿Podría decidir no casarse? Era para lo que le habían educado. Quizá como decía su madre, fueran tonterías en su cabeza fruto de la novedad o de las historias que contaban los libros.

Le pareció que unas ramas se movían junto a ella y miró hacia el árbol extrañada. Una silueta oscura, grande, familiar, se acercó a ella entre las sombras. ¿James?

—¿Qué haces aquí? Podrían descubrirte —le susurró yendo a su encuentro, eliminando los dos pasos que los separaban, escondiéndose con él entre las sombras del árbol.

—¿Te preocupas por mí?

—No —le mintió Allyson bajando la mirada.

—Que mal mientes —sonrió atractivo pegándose a ella y cogiéndola por la cintura.

Allyson le mantuvo la mirada. En su brillo intuyó lo que iba a ocurrir y se entregó al beso sin dudar. La noche les envolvía. El árbol los encubría. Ella pasó los brazos por su cuello. Todo su cuerpo se estremeció. Las lenguas que tan bien se compenetraban, bailaron juntas sin miedo. La temperatura aumentó entre ellos. James fue el primero en separarse y cogerle la mano con los dedos entrelazados.

—No deberías haber salido —le susurró divertido—. Alguien podría querer besarte.

Allyson le sonrió recostándose de espaldas contra su pecho mientras él le besaba la coronilla y la acogía entre sus fuertes brazos.

—Y tú no deberías haber venido.

Se giró extrañada para mirarle a los ojos.

—De verdad, ¿qué haces aquí y vestido así? —lo miró de arriba abajo sorprendida por su elegante y formal atuendo de etiqueta—¿Pretendías entrar? ¿Participar en la fiesta? ¿Estás loco? ¿Crees que nadie podría descubrirte?

Él entrecerró los ojos pensativo. Le divertía a la vez que le extrañaba la preocupación de la joven. Quizá fuera sincera su inquietud. Por lo menos lo parecía.

—¿Y qué si lo hiciera? —le preguntó divertido.

—¿Te parece inteligente?

—¿Me estás llamando estúpido?

—No te tenía por tan inconsciente y arriesgado ¿Qué haces aquí? —insistió.

—¿Y tú? ¿No deberías estar dentro bailando? ¿Buscando un esposo?

No le importaba su respuesta... no mucho. Sabía que las jóvenes eran educadas para buscar un marido con una buena posición social sin que los sentimientos intervinieran en algún momento. Allyson era una más. Educada para lo mismo. Buscando lo mismo. Por mucho que le molestara reconocerlo.

Allyson hizo una mueca apoyándose abatida contra una rama baja del árbol.

—Se supone que ya tenía un candidato perfecto —murmuró.

James sonrió mirándola. Le estaba confirmando sus pensamientos.

—¿El hombre que estaba contigo ahora?

—¿Nos has visto?

Él asintió. No iba a reconocer que se había sentido celoso. No le había gustado nada que se le hubiera acercado y que la hubiera cogido entre sus brazos, aunque el beso que le había dado hubiera sido ilógicamente fraternal. Nadie salía al jardín para dar un beso en la frente, pensó. No cuando la mujer que tenías frente a ti era tan bonita y apasionada. Aunque no sabía cómo hubiera reaccionado él si el beso hubiera sido más fogoso...

Allyson lo miró detenidamente. Los ojos de James brillaban burlones o eso parecía. Le daba la impresión de que le daba igual que otro hombre la hubiera besado antes que él... aunque no la había besado realmente. ¿Era algo normal entre los hombres compartir a una mujer?

Pero ¿Cómo se podía ser tan tonta?, pensó. ¿Qué creía? ¿Qué James sentía algo por ella? ¿Es que acaso era normal besar como él lo hacía? Se sintió como una estúpida. James había estado aprovechándose de ella, de la respuesta que obtenía cada vez que se le acercaba, cada vez que le sonreía, cada vez que la acariciaba, cada vez que la besaba.

—¿Estás enfadada?

—No.

—Mientes muy mal.

Allyson lo miró furiosa.

—¿Qué pretendes conmigo? ¿Convertirme en tu amante? ¿Qué yo te convierta en el mío cuando me case? ¿Por qué me besas como lo haces? ¿A qué juegas?

James la miró confundido ante el estallido de mal humor.

—Yo nunca... Nadie me ha besado como tú... No sé qué pensar —le confesó emocionada y sincera—. Ahora no quiero casarme. Yo quiero sentir lo que tú... lo que yo... —suspiró abatida.

James la abrazó orgulloso y satisfecho, refugiándola en su pecho. Sabía que no estaba siendo del todo sincero con ella, pero no le importaba.

Ella lo abrazó por la cintura apoyándose en él.

—No esperaba que esto ocurriera —le confesó él con voz ronca.

—¿El qué?

—Esto —le susurró—. La primera vez que te vi, que te besé... me hace buscarte una y otra vez...

Allyson lo miró sorprendida. Eso mismo le ocurría a ella.

—¿De verdad?

Él asintió besándola con pasión, arrastrándola en ese beso adonde solo juntos podían ir. Segundos después, Allyson se retiró negando con la cabeza.

—¿Qué pretendes conmigo? —le preguntó alterada.

No podía seguir así. Ella no podría plantearse nunca un futuro con un simple trabajador.

—¿Qué quieres? —le preguntó él a su vez.

Allyson se encogió de hombros con ligera angustia negando con la cabeza.

—Esto no puede ser... yo debería casarme, pero me ahogo cada vez que lo pienso —le explicó—. Quiero leer, quiero poder salir de casa con libertad, quiero ayudar a Ángela, quiero sentir lo que siento contigo... pero no puede ser...

—¿Por qué?

Ángela negó con la cabeza.

—No puedo casarme con un obrero. Probablemente mataría a mi madre del disgusto —exageró—. Mi padre me desheredaría... ¿De qué viviríamos?

James se relajó. Eso no era un problema para él.

—Los obreros trabajan para ganar dinero.

—Pero siempre se quejan de sus bajos sueldos. ¿Es posible vivir con lo que cobran?

—Depende del estilo de vida que quieran llevar, supongo.

Allyson lo miró confundida. ¿Qué le quería decir? ¿Que era posible?

James se había apoyado a su lado sobre la rama. No estaba totalmente seguro de que ella fuera capaz de dejarlo todo por él, y tenía claro que él no iba a dejar de ser quien era por estar bien visto entre la alta sociedad londinense en la que se negaba a encajar.

—No sé porque estoy hablando contigo así —le confesó Allyson—. Parece que no me cuesta nada confiarte lo que siento.

James le sonrió cogiéndola de la mano con los dedos entrelazados y besándola.

—¿Me quieres decir que una vez que te cases no piensas dedicarte a tener hijos y cuidarlos?

Allyson se encogió de hombros.

—Supongo que es lo que debería hacer... y quiero tener hijos... pero también quiero seguir leyendo y ayudando a Ángela. Una vez que he conocido esta realidad diferente, la que hay tras las calles pavimentadas o los salones de baile, me cuesta mirar hacia otro lado.

James se puso frente a ella, la cogió con suavidad por la barbilla y la besó con ternura. Ella se rindió al beso hasta que fue tornándose cada vez más caliente y abrumador.

James se separó con un gran esfuerzo. Allyson lo miró sintiendo que el rubor teñía sus mejillas. Tampoco podía renunciar a eso. No quería hacerlo.

—¿Todos los hombres besan igual?

James sonrió asintiendo.

—Si no lo hacen, deberían hacerlo.

Ella pensó en Robert. ¿Para quién reservaba esos besos? ¿Para una amante? ¿Acaso James pensaba en ella en esos términos?

—Tú... ¿estás jugando conmigo? —le preguntó insegura.

Debería estar enfadada sintiéndose utilizada de esa manera, pero lo cierto es que quería ser besada así siempre.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Todo —le explicó—. No deberíamos besarnos. No pertenecemos a la misma clase social. Esos besos son demasiado... demasiado... creo que se reservan a las amantes...

—O a las esposas, si quieres disfrutar de ellas... Eres demasiado inocente, Allyson —le acarició la mejilla—. Y yo creo que debería irme.

Allyson asintió. No era seguro que estuviera allí y no era recomendable que ella siguiera a su lado. Debería guardar las distancias, rechazar sus besos, pero no tenía fuerza de voluntad para ello. Apoyó las manos en su duro pecho. Un último beso... por esa noche...

James la abrazó por la cintura aprisionando sus labios, invadiendo su lengua, con pasión, con necesidad, con ansia. Allyson le daba tanto como recibía. Su cuerpo se apretaba contra él

buscando un contacto más íntimo, más salvaje.

James se separó acalorado.

—Tenemos que solucionar esto pronto —le dijo pasándose una mano por su alborotado cabello.

Allyson asintió para negar inmediatamente.

—¿El qué?

—Quiero más de ti —le susurró volviendo a besarla.

—¿Hay más? —preguntó inocente.

Él, sin dejar de besarla, le acarició con un dedo el escote sobre el encaje de su vestido haciéndola contener la respiración. Ella se sobresaltó sintiendo como si una corriente eléctrica le sacudiera el cuerpo.

—Sí —le sonrió atractivo—, y lo quiero todo.

Allyson lo miró sin habla. James desbordaba seguridad, orgullo, confianza.

—Vuelve dentro.

Ella asintió acalorada. Realmente debería hacerlo. Se alisó la ropa con rapidez y salió casi corriendo hacia las escaleras. Rezaba para que nadie en el salón de baile notara lo que había ocurrido entre las sombras del árbol.

Josselyn la vio nada más entrar y la miró con los ojos muy abiertos, para acercarse a ella sobresaltada.

—Dios mío, Allyson, ¿qué te ha pasado? Llevas los labios como... como... ¿con quién has estado?

Allyson se sonrojó avergonzada cubriéndose los labios con una mano.

—Ay, Josselyn, tengo un problema —le confesó sintiendo que las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

—Ya lo veo —le dio el pañuelito de encaje que llevaba en su bolsito—. Tápate la boca y di que tienes mala gana si alguien se te acerca.

Allyson asintió haciendo un esfuerzo enorme para no echarse a llorar en ese preciso instante.

—Si has estado con Robert no pasa nada —le dijo su amiga saliendo con ella al pasillo, alejándose del salón.

Allyson negó con la cabeza.

—No quiero casarme. No voy a casarme —le aseguró.

—¿Has conocido otro hombre?

Allyson asintió avergonzada.

—Pero no puede ser... mis padres me repudiarán...

Sintió que empezaba a quebrarse. Josselyn negó con la cabeza.

—Ahora no es el lugar —le dijo seria—. Respira hondo. Lo hablaremos en otro momento. Si alguien te viera...

—Allyson, ¿te encuentras bien? —le preguntó Christine acercándose—. Madre estaba preocupada porque no te veía... ¿Qué te ocurre?

—Parece que tiene mala gana —le explicó Josselyn al ver que Allyson apenas podía hablar.

Christine asintió preocupada.

—Se lo diré a madre para irnos enseguida... Yo también empiezo a sentirme cansada.

Allyson asintió mientras su hermana volvía al salón de baile. Josselyn suspiró preocupada.

—Creo que no es momento de que tomes ninguna decisión importante, Allyson —le recomendó Josselyn—. Cuando hayas descansado y lo veas todo con más calma, lo piensas, pero ahora...

Allyson asintió. Josselyn la miró detenidamente.

—¿Has sentido que te temblaban las piernas cuando te besaba?

Allyson asintió.

—Todo el cuerpo.

Josselyn cerró los ojos abatida, negando con la cabeza.

—Sí que tienes un problema, sí.

Josephine salió preocupada seguida de Christine y vio a las dos amigas en el pasillo.

—¿Qué ocurre?

—No me encuentro bien.

Josephine entrecerró los ojos seria. No había notado ningún indicio de indisposición en su hija. La había visto salir a la terraza y Robert la había seguido para volver a entrar muy poco tiempo después. ¿Qué tenía que hacer en la terraza o en los jardines, una mujer sola?

—Christine, ve a buscar a tu padre —le ordenó con firmeza—. Josselyn, muchas gracias por atender a mi hija. Me encargo yo. Puedes retirarte.

Josselyn asintió incómoda y salió apresurada, alejándose de la tensión que había empezado a extenderse entre ellas.

—No esperaba esto de ti —le dijo con frialdad—. Supongo que no es con Robert con quien has estado.

Allyson se sonrojó negando con la cabeza. Por lo visto, sí que era evidente lo que había ocurrido.

—Os he repetido mil veces que la discreción es importante —le susurró como un cuchillo cortante—. Que no vuelva a ocurrir.

Allyson asintió.

—No quiero casarme.

Su madre la miró seria.

—Por supuesto que vas a casarte —le dijo—, y los escauceos los tendrás cuando nadie pueda verte, ¿o acaso te crees que eres tú la única que los tiene?

Allyson le mantuvo la mirada seria y enderezó su espalda.

—No voy a casarme.

—Mañana hablaremos de esto —le respondió con firmeza—. Y reza para que tu padre no se entere.

Christine se acercó con su padre preocupado. Allyson bajó la mirada avergonzada mientras su madre explicaba la mentira que justificaba la necesidad de irse de manera inmediata.



A la mañana siguiente, mientras desayunaban, Christine contaba a sus hermanas, ilusionada y con los ojos brillantes los bailes que había compartido, y los condes y vizcondes que había conocido la noche anterior.

Laura la escuchaba con una sonrisa. Allyson, distraída. Había dormido muy mal. No sabía cómo afrontar la previsible discusión que iba a tener con su madre en cualquier momento. Sabía

que negarse a celebrar el matrimonio podría ser humillante para Robert después de tanto tiempo de espera, pero prefería ser honesta con él antes que hacer algo de lo que los dos se arrepintieran.

—Pues yo no pienso asistir a ningún baile de esos —le replicó Laura convencida—. Si algún día me caso será por amor y no por el título, las posesiones o...

Su madre carraspeó desde la puerta. Su mirada era fría y dura.

Las tres hermanas se miraron serias. Allyson cogió aire ante la tensa conversación que se avecinaba.

—¿Has oído lo que he dicho? —le preguntó Laura casi en un susurro.

—Por supuesto —respondió su madre altiva—. Pasad ahora mismo las tres a la salita verde. Iba a tener esta conversación solo con Allyson, pero tras lo que acabo de escuchar, creo más conveniente que estéis las tres presentes y así solo lo diré una vez.

Las tres hermanas dejaron el desayuno a medias y fueron a la sala que estaba más de la biblioteca de su padre y que anticipaba un sermón, cuanto menos, incómodo.

La sala con el papel de las paredes en color verde estaba concebida para las visitas menos formales, y los muebles eran más ligeros que los del resto de las habitaciones. La luz de la mañana entraba radiante por los dos amplios ventanales.

Se sentaron cada una en el sitio en el que siempre lo habían hecho. No era la primera vez que recibían algún tipo de reprimenda por parte de sus progenitores.

—Me he cansado de oír tonterías —les dijo Josephine seria—. Se os ha educado para casaros, y es lo que vais a hacer.

Allyson y Laura fueron a replicar, pero se callaron cuando su madre las miró con severidad.

—Os diría que no hay más que hablar, pero vais a escuchar atentamente todo lo que os tengo que decir —prosiguió—. Se va a respetar, en la medida de lo posible, el pretendiente que elijáis, y ninguna de vosotras ensuciará la reputación de esta familia.

Miró a Allyson.

—Allyson, y vosotras, prestad atención también para que os sirva de precedente—Allyson la miró ruborizada y enfadada al mismo tiempo—. Queda prohibido salir a ninguna terraza o jardín, con vuestro pretendiente o sin él. Queda prohibido comportarse como una vulgar ramera, aunque creáis que nadie puede descubrirlos.

Christine y Laura miraron a su hermana mayor sorprendidas.

—Ni siquiera está bien visto que os comportéis de esa manera tan desvergonzada con vuestros maridos. Esperaba no tener esta conversación con vosotras, pero veo que no lo puedo retrasar más. Os conduciréis con orden y decoro hasta que salgáis por esa puerta casadas. Lo que hagáis después será cosa vuestra. Si queréis tener amantes, vuestro marido solo os pedirá discreción. De la misma manera que si ellos quieren tener amantes, por supuesto que podrán hacerlo.

—Pero el amor... —murmuró Christine angustiada.

—El amor es un cuento —les dijo seria—. Una fantasía que se cuenta entre tules y organzas, o en las sombras de la noche cuando un hombre quiera aprovecharse de vuestra virtud. Ningún hombre querrá tener una esposa que se haya entregado a otro, así que no hagáis caso a las mentiras que puedan contaros —volvió a mirar a Allyson—. Ninguna de vosotras tendrá relaciones con ningún hombre hasta que no haya pasado por el altar ¿queda claro?

Christine asintió mientras Allyson y Laura mantenían la mirada a la madre.

Laura bajó la mirada primero. Allyson la seguía manteniendo, seria.

—¿Y si yo no quiero tener un amante y quiero casarme con alguien de una posición social inferior?

Las dos hermanas menores se miraron entre sí alarmadas, antes de mirar a la siempre

obediente hermana mayor.

—Si quieres meter entre tus sábanas a un mozo de cuadras, será en la cama de tu marido. Tener amantes o no, es una decisión personal. Casarse va a ser una realidad para las tres ¿Queda claro?

Christine asintió mientras Laura fruncía los labios.

—No esperaba esto de ti, Allyson —le dijo su madre igual de erguida y enfadada que estaba como cuando había empezado a hablar—. Lo esperaba de Laura que se pasa la vida contradiciendo nuestras normas, pero no de ti que siempre te has mostrado recatada y virtuosa.

Allyson le mantuvo la mirada.

—¿Hay alguna otra opción?

—No para vosotras —les dijo—. De aquí saldréis casadas o sin absolutamente nada ¿Queda claro?

Allyson asintió. Le hubiera gustado levantarse en ese momento y salir por la puerta en busca de James, pero él no le había manifestado de manera clara sus intenciones de casarse con ella. No sabía ni donde vivía, ni dónde podría encontrarlo.

—Los hombres os van a mentir —les dijo su madre más relajada en cuando vio a Allyson bajar la mirada—. Os van a prometer amor eterno para conseguir que cedáis ante ellos. Son así. Os tentarán, os dirán palabras bonitas, os deshonrarán y estaréis perdidas. Son mentirosos por naturaleza, y cuando consigan lo que buscan os repudiarán ¿no recordáis lo que le sucedió hace unos cinco años a lady Constance, la hija de lord Berwick?

Allyson levantó la mirada. ¿Constance? ¿Su compañera? No sabía el apellido de Constance, ni el de Martha, pero si era Constance... ¿Por eso seguía soltera?

—Erais muy pequeñas —comentó sentándose en el que consideraba su sitio por costumbre—, pero el duque de Glenmouth le contó una sarta de mentiras para seducirla, y la pobre inocente se las creyó. La dejó embarazada. Fue un escándalo por entonces. Era su primer baile, su presentación en sociedad...

—¿Qué pasó? —le preguntó Christine apenada.

—Esa primera noche se aprovechó de ella haciéndole toda clase de promesas —les comentó bajando la voz por discreción—. Así me lo contó su madre. Y después fingió que no la conocía. Cuando descubrieron que estaba embarazada, se presentaron ante él para exigir responsabilidades, pero él lo negó todo. Tuvieron que irse de la ciudad. Luego me enteré de que había perdido el hijo antes de nacer... pero sus padres ya no volvieron a asistir a ningún baile ni a recibir ninguna invitación. No se sabe nada de ellos desde entonces. Creo que una vez alguien me comentó que Constance había vuelto a la ciudad, pero no se le ha visto tampoco. ¿Comprendéis lo que os quiero decir?

Las tres hermanas asintieron.

—Sé que puede ser muy agradable que un hombre os bese —miró a Allyson ceñuda—, pero hasta que no paséis por la iglesia no le deis nada más.

—Pero ¿cómo sabes las intenciones de un hombre, madre? —le preguntó Christine preocupada.

—Te las acabo de contar —le repitió la madre—. Solo buscan deshonraros. Tenedlo claro. El respeto y las buenas intenciones las notareis en su manera de besar. El conde de Norfolk siempre ha sido muy respetuoso, Allyson.

Ella asintió. ¿Quizá ese había sido el problema? ¿Que no la había besado como James? Quizá si Robert también la besara así, ella sentiría temblar las rodillas, o latir su corazón con más fuerza, quiso pensar.

Josephine se levantó.

—Bueno, ¿tenéis alguna pregunta? ¿Os ha quedado todo claro? ¿A las tres?

Las tres hermanas asintieron. En cuanto se quedaron a solas, se apoyaron relajadas en los respaldos de sus asientos con un suspiro.

—¿A qué ha venido esto? —preguntó Laura mirando a sus dos hermanas mayores.

Christine se encogió de hombros.

—No lo sé —le respondió sincera—. Yo estuve muy pendiente de no repetir baile con ningún hombre, ni de salir a la terraza, ni de beber más de una copa de ponche.

Las dos miraron a Allyson que estaba pensativa.

—Será porque aún no he elegido la fecha de mi boda...

—¿Y a qué esperas? —le preguntó Christine con los ojos brillantes—. ¿Acaso no quieres ser la condesa de Norfolk?

Allyson suspiró fijándose en las miradas expectantes de sus hermanas.

—A ti lo que te pasa —le acusó Laura—. Es que siempre has sido muy obediente y ahora no estás cumpliendo con lo que se espera de ti.

Allyson hizo una mueca. Su hermana probablemente tenía razón, pero no sabía cómo reconducir su vida en ese momento. Por una parte, estaba Ángela y su grupo de visitadoras. Por otro lado, estaba James.

La noche anterior le había hecho creer en la posibilidad de estar juntos, pero tampoco le había dicho confirmado nada. ¿Y si solo la estaba seduciendo y le ocurría lo que le había ocurrido a Constance? Con el agravante de que James era un simple obrero al que su padre, sin duda, nunca tendría en cuenta.

No veía salida posible. Quizá sí que tuviera que casarse con Robert y pedirle a James que fuera su amante, pero solo de pensar en que Robert le rozara el escote como James había hecho la noche anterior, le daba nauseas.

¿Por qué era todo tan difícil? Se lamentó con el ceño fruncido. Salió de la salita verde dejando a sus hermanas compartiendo opiniones opuestas acerca de la costumbre de presentar en sociedad a las jóvenes casaderas.



El lunes por la mañana, Josselyn fue a buscar a Allyson preocupada. En cuanto subió al carruaje bajó la voz para hablar con ella entre susurros pese a estar solas.

—¿Qué te dijo tu madre la otra noche? ¿Fue muy dura?

Allyson se encogió de hombros.

—No veo manera de anular mi boda —le confesó resignada—. Parece ser preferible el adulterio, pero, sinceramente, no me imagino... No... No quiero ni pensarlo.

Josselyn suspiró asintiendo.

—El conde de Norfolk es joven —le comentó—. Quizá cuando te cases con él podáis llegar a un acuerdo...

Allyson la miró abatida.

—Yo nunca había creído en el amor, así como cree mi hermana Christine —le confesó—. Por eso, cuando conocí a Robert, tan apuesto, educado, elegante, lo acepté en cuanto mis padres me dieron permiso para hacerlo, pero ahora... No lo busco con la mirada en las fiestas, ni quiero estar a solas con él, ni el corazón me late más rápido cuando me lo encuentro sin esperar... Son sensaciones que no había tenido antes y que realmente me gustan...

Josselyn asintió con un suspiro.

—¿Y el hombre con el que estuviste ayer? Quizá te está intentando seducir para luego desentenderse de ti. No serías la primera a la que le ocurre.

Allyson la miró.

—¿Constance es la hija de Lord Berwick? —Josselyn asintió—. Mi madre nos lo contó ayer.

—Seguro que ella estaba enamorada de ese canalla que la deshonoró. No te puedes fiar de los hombres, Allyson. Con el conde conseguirás un matrimonio estable. Luego tendrás hijos, y quizá puedas seguir en el grupo de visitadoras de Ángela. Esa es lo que yo pienso hacer cuando me case con lord Vance.

Allyson la escuchaba en silencio.

—¿Pero no te gustaría...

—Claro que me gustaría, pero la clase social me lo impide y la falta de título, posesiones o dinero... ¿Dónde viviría con él? ¿En una de las viviendas sociales de Ángela?

Allyson la miró confundida. Ella no le había mencionado a James en ningún momento. ¿Cómo se había enterado? A no ser que... a ella le estuviera pasando lo mismo.

—¿Estás hablando de ti o de mí?

Josselyn la miró ruborizada.

—Pues sí que estamos bien las dos...

Se recostaron pensativas en el asiento del carruaje hasta que llegaron frente a la fachada de ladrillos rojos.

Cuando entraron a la sala de costumbre, Ángela estaba hablando animadamente con un

hombre moreno y alto que les daba la espalda. Constance y Martha desde sus sillas también participaban en la conversación mientras juntas hojeaban un libro.

—Mirad chicas —les sonrió alegre—. Os presento a un buen amigo mío, un sindicalista de pura raza. James, estas son el resto de mis visitadoras, creo que ya os habéis visto por las calles, Jossie y Allyson, la última incorporación.

Allyson se sonrojó cuando vio girarse a James. Él les sonreía con tranquilidad mientras ellas se sentaban en sus respectivos sitios. No iba vestido como siempre, como un trabajador más. Cualquiera podría confundirlo con un hombre de clase alta por sus ropas y la arrogancia de sus movimientos.

—Sí —respondió Josselyn sorprendida—. Nos hemos visto alguna vez. Supongo que él sabía que éramos ... amigas tuyas... porque últimamente parece nuestro guardián.

Ángela sonrió complacida.

—Ya te dije que no se les escapaba una —le comentó a James que miraba a Allyson en silencio—. Cuando me hablaste de la presencia de Locket por las calles, me enteré de que James había vuelto y como sé por dónde suele rondar, solo le pedí que os echara un vistazo, nada más.

Josselyn asintió con una sonrisa.

—Sí. Lo cierto es que todo parece más calmado ahora, así que es de agradecer.

James aceptó el agradecimiento mirándola por unos segundos, para volver a prestar atención a Allyson que seguía eludiendo su mirada. Creía que se sentiría más tranquila sabiendo quien era, pero parecía enfadada.

—Mirad —Ángela señaló el libro que tenía Martha en las manos—. El libro de mi amiga Mary Richmond recién salido de la imprenta «Visita amistosa entre los pobres. Un manual para trabajadores de caridad». Esto que estamos haciendo aquí también se hace en América, ya os lo he dicho alguna vez, por lo menos a las que lleváis más tiempo. La sociedad está cambiando chicas, y somos parte de ese cambio.

Allyson cogió el libro mientras las demás asentían. Necesitaba tener una excusa para bajar la mirada, para serenar los latidos de su corazón que amenazaba con salirse de su pecho, para pensar por unos segundos que sus encuentros en las calles no habían sido casuales.

No esperaba encontrarlo allí, ni que fuera amigo de Ángela, ni que fuera un sindicalista como ella lo había presentado, ni que todo su ser reaccionara vibrando ante su presencia.

—¿Te ha traído dos libros? —le preguntó Josselyn con curiosidad.

—No, el otro es para Octavia —le explicó Ángela—. Se lo acercaré esta tarde, que he quedado a tomar el té con ella.

James asintió.

—Bueno, he de irme, Ángela. Señoritas —bajó la cabeza a modo de saludo—. Supongo que seguiremos viéndonos —le guiñó el ojo a Allyson haciéndola sonrojar.

En cuanto salió por la puerta todas empezaron a hablar a la vez. Allyson murmuró una disculpa y lo siguió con rapidez. Lo alcanzó en el pasillo, antes de que abandonara el edificio. James se giró al oír sus pasos.

—¿Eres un sindicalista? —le preguntó incrédula.

Él la miró sorprendido. Allyson notó como su respiración se aceleraba. Estaba muy guapo vestido como una persona respetable y no un simple trabajador.

—Creí que lo sabías.

—No ¿por qué iba a saberlo? —le acusó enfadada.

—Me has encontrado en la fábrica a escondidas.

—Creía que trabajabas allí —se justificó.

—Pues no, pero ¿tienes algún problema al respecto? —le preguntó molesto.

Ahí estaba. La obligación de acatar las normas, de responder a lo que se esperaba de él. Nadie le iba a impedir defender sus ideales. Ni siquiera ella, por mucho que estuviera deseando rodearla con los brazos o llevarla ante el altar.

—La fábrica es de mi padre, ¿quieres causarle problemas?

—Esa fábrica es de tu padre, otras tantas no. Solo quiero que se respeten las leyes y unas justas condiciones salariales para los obreros.

—¿Haciendo qué?

¿Cómo podía preguntarle eso? ¿Cómo se atrevía a hacerlo si ella era la primera que ayudaba a Ángela en esa nueva visión de la ayuda social? El mundo estaba cambiando, se recordó.

—Lo mismo que tú con Ángela. Sabes tan bien como yo que las cosas tienen que cambiar, que la sociedad evoluciona.

—Pero no a costa de mi padre.

—Esto no es entre tu padre y yo —le garantizó—. No te doy a pedir elegir. Nunca lo haría. Pero igual que tú no quieres quedarte callada cuando te cases, yo tampoco voy a quedarme callado cuando lo haga.

—¿Quien está hablando de matrimonio? —preguntó confundida.

—Creí que era lo que querías.

Allyson parpadeó sorprendida.

—¿Yo? No podría casarme contigo.

—O no querrías —cruzó los brazos sobre su pecho para asegurarse de que no iba a abrazarla para hacerle entrar en razón.

—Tengo mucho que perder.

—O mucho que ganar.

—¿Quién me garantiza que no quieres solo aprovecharte de mí? —le preguntó desconfiada e insegura ante lo que le había contado su madre.

James sonrió más relajado. Ya no parecía enfadada.

—Tendrás que confiar.

—¿En ti? —¿No era eso lo que buscaban los hombres?, se recordó.

—Y en lo que tu sientes.

Allyson lo miró confundida.

—Para que lo recuerdes...

James se le acercó con una media sonrisa. Con solo un vistazo alrededor comprobó que no había nadie en el pasillo. Estaban solos. La besó en la boca posesivo, despertando todos sus sentidos, echando por tierra sus miedos y desconfianza. Allyson sintió como su corazón latía con fuerza.

Cuando James se separó le acarició la mejilla con suavidad.

—Nunca me aprovecharía de ti —le susurró—. Y tampoco creo que tú me dejaras hacerlo, Allyson. Eres más fuerte de lo que crees. Tienes más carácter del que te han hecho creer. No lo olvides.

Allyson le siguió con la mirada. ¿Por qué no podía ser un simple noble? Se casaría con él y no habría problema alguno. ¿Por qué tenía que ser un obrero... o, peor aún, un sindicalista? ¿Por qué su corazón y su cabeza no podían ponerse de acuerdo?

Cuando Allyson volvió dentro, Josselyn, Martha y Constance ya se levantaban con las libretas en las manos. Lamentó haberse perdido la reunión matinal. Cogió su bolsito, dispuesta a seguir a Josselyn cuando Ángela la detuvo.

—Allyson ¿Podemos hablar unos minutos? Josselyn te puede esperar fuera.

Allyson se sonrojó. Supuso que había sido demasiado evidente su atracción por James al salir casi corriendo detrás de él. Asintió con la cabeza. ¿Qué le iba a decir que no le hubieran dicho ya sus padres acerca de mezclarse con la clase obrera? Su cabeza no necesitaba más razones para alejarse de él.

Ángela la miró con los ojos brillantes, invitándola a sentarse.

—He hablado con James antes de que llegarais —le confesó—. Es un viejo amigo.

Allyson le mantuvo la mirada.

—No frecuento mucho las fiestas sociales —le reconoció—. Solo aparezco en ocasiones y para conseguir donaciones, la verdad. La gente lo sabe. Sé que hablan de mí a mis espaldas y no me importa en absoluto. A esta edad, las habladorías pierden sentido. Es mi vida la que vivo y soy feliz... pero sé que a tu edad es diferente.

Allyson asintió.

—No te dejes engañar, Allyson —le advirtió.

Allyson la miró extrañada ¿Qué quería decirle? ¿Que aun siendo su amigo iba a engañarla?

—La gente hablará siempre. De mí, de ti, de Jossie... Me consta que todavía hablan de Constance, cuando ella solo fue la inocente víctima de un libertino...

Allyson asintió atenta. Le importaba la opinión de Ángela. Le gustaba el grupo de visitadoras que había creado y la complicidad y el respeto que había entre ellas. Se sentía cómoda a su lado y la admiraba por seguir sus ideales sin la necesidad de dar la espalda a la clase social a la que pertenecía. A ella le gustaría ser igual, pero no sabía por dónde empezar ni cómo hacerlo.

—Vivimos en una sociedad que solo busca aparentar, y tenemos que conocer las reglas de ese juego —le confesó—. Todos saben a qué me dedico, pero cuando aparezco en las fiestas, me visto como una de ellos, y me comporto como una de ellos —enfaticó.

Allyson parpadeó confundida.

—A veces no hay que elegir, Allyson. A veces hay que encontrar la manera de que sea compatible.

Allyson se recostó en el asiento.

—¿Me estás diciendo que puedo seguir haciendo lo mismo contigo y cuando vaya a las fiestas, que no me importe que hablen a mis espaldas? No es tan sencillo. Están mis padres, mis hermanas han de casarse. Temo que si yo... si yo... doy un mal paso, todos se vean afectados.

Ángela asintió comprensiva.

—Te honra pensar en tu familia... Entonces quizá debas casarte cuanto antes para salir de casa. La sociedad es más comprensiva y tolerante con la familia cuando formas la tuya propia.

Allyson la miró abatida.

—Nunca pensé en casarme para tener un amante —le confesó—. Mi madre me habló de esa posibilidad hace unos días. No quiero... no me gusta... esa opción...

—¿Qué acabo de decirte? —le sonrió—. Puede ser compatible que tu marido sea tu amante. Es más, eso es lo que realmente debería ser.

—Pero... y si... —pensó en la condición social de James—. Puedo bajar de... Puedo salir de la sociedad... así todo sería más fácil ¿no?

—¿Y perder los privilegios que tenemos? Hay que utilizar a nuestro favor las condiciones con las que hemos nacido.

Allyson la miró. Creía que había sido evidente la atracción que sentía por James.

—¿Y si el hombre al que amas no pertenece a tu misma condición? ¿Y si el hombre que amas solo busca satisfacer su instinto o solo busca aprovecharse de ti, como le pasó a Constance? ¿Y si

lo dejas todo y te equivocas?

—Dudo que, en este caso, todo eso, te pase a ti —le respondió sincera—. Pero en quién confías menos ¿en ti o en él?

Allyson suspiró cabizbaja.

—No sé qué pensar... no sé qué hacer... Mi cabeza me dice una cosa, mi corazón otra... Tampoco hay nada seguro —se justificó—. Mis padres, Robert... me presionan para que tome una decisión... y no hago más que posponer el momento.

—¿Para tomar la decisión o para darles la respuesta que no quieren escuchar?

—Es la primera temporada de Christine —le explicó Allyson—. Temo que, si hago algo que no debo, se vea afectada.

Ángela asintió mientras Josselyn llamaba a la puerta y entraba.

—Disculpad, es que se nos va a hacer tarde...

—Sí, ya hemos acabado —respondió Ángela—. Por cierto, creo que la semana que viene empezaremos con una formación. Hay más jóvenes dispuestas a ayudarnos, así que Allyson te apuntaré a ella, ¿de acuerdo?

Allyson asintió decidida a comprometerse con lo que estaban haciendo. Realmente si se casaba con James, podría seguir haciendo lo mismo que hasta ese momento... pero él no le había pedido matrimonio como se suponía que debía hacerse... y ella tenía todo que perder económicamente hablando. ¿Cuánto dinero se necesitaba para vivir con un mínimo de dignidad? ¿Y si James quería solo aprovecharse de ella? A fin de cuentas, ella se veía incapaz de rechazar sus besos y sonrisas.

Se despidió de Ángela agradeciendo con cariño su conversación y siguió a Josselyn en silencio hasta el carruaje.

—Estás muy pensativa —le comentó Josselyn mientras se ponían en marcha.

Allyson asintió. No dejaba de dar vueltas a la posibilidad de compatibilizar su matrimonio con una vida en la que se sentía útil.

—¿Cómo sabes si un hombre solo quiere aprovecharse de ti?

—¿Sigues dando vueltas a lo de Constance?

Allyson suspiró.

—No estoy segura de lo que sentía ella, o de lo que ese canalla le hacía sentir o las mentiras que le dijo —le respondió—. Mi madre dice que para evitar eso, antes hay que pasar por el altar. Que no puedes darle a un hombre lo que te pide solo porque te lo pida. ¿Y si pasas por el altar y te das cuenta de que... no te hace temblar las rodillas?

Josselyn la miró extrañada.

—Con los besos ya lo sabes ¿no? Algún beso antes de llegar al altar tiene que removerte por dentro ¿no?

—¿Y si no es así?

—¿Entonces por qué vas a casarte?

—Por las apariencias, las conveniencias...

—¿No sientes nada con el conde de Nokfolf?

Allyson negó con la cabeza.

—No sabía lo que se tenía que sentir, lo que se podía sentir —se justificó—. Pero es un buen hombre. Será un buen marido... ¿Y lord Vance?

Josselyn suspiró.

—Tengo espejos en mi casa y tengo ojos. Muy guapa no soy, las cosas como son, y mi madre dice que se nota mi fuerte carácter incluso cuando camino, y que por eso los hombres se

mantienen alejados de mí —le explicó con tranquilidad—. Así que cuando lord Vance habló con mis padres, no pusieron reparos, y yo tampoco... Luego... Bueno... Yo no estoy dispuesta a perder mi posición económica por un hombre, la verdad... Sé cómo se vive en el East End, no quiero ser uno de ellos.

Allyson admiró su claridad de ideas. Ella sí que se había planteado la posibilidad de vivir con James y su sueldo de obrero. Donde más problema veía era en la repercusión que tendría en su familia esa decisión. Frunció el ceño, pensativa. Por supuesto la desheredarían y le negarían la palabra a ella por semejante escándalo. Obrero y, además, sindicalista era algo que su padre no aceptaría bajo ningún concepto. Pero no quería arruinar la posibilidad de sus dos hermanas de encontrar un buen marido entre la alta sociedad, y probablemente se verían afectadas por su decisión.

Sacudió la cabeza tratando de alejar sus pensamientos y frunció la nariz al notar el fuerte olor de las calles. Todavía le resultaba ligeramente molesto pese a que sabía que en unos momentos se acostumbraría a ello.

Nada más bajar, Allyson se sorprendió mirando a su alrededor, buscando a James con la mirada. Acababa de verlo con Ángela, pero parecía que se había acostumbrado a encontrárselo en cualquier lugar, en cualquier momento.

Las calles seguían como siempre sucias, con niños escuálidos jugando entre ellos con palos y piedras, hombres con gorras y unas cuantas mujeres desarrapadas y mal peinadas. Era una realidad tan diferente a la que estaba acostumbrada, que todavía le llamaba la atención.

La primera visita la hicieron sin problemas. Gabrielle les atendió agradecida y encantadora con su casa ordenada y limpia y sus pequeños parloteando entretenidos. Pagó el alquiler semanal sin problemas. Su marido estaba trabajando y ella parecía satisfecha con su vida, más tranquila desde que contaba con la ayuda de Ángela.

—Disculpe, señorita Jossie —le susurró antes de salir.

Las dos jóvenes se giraron para mirarla.

—Pasó por aquí un hombre después de que ustedes se fueran el último día— les explicó en voz baja—. Nos ofreció dinero a cambio de nada... parecía sincero... No se lo cogimos, pero creíamos que debería saberlo...

Josselyn asintió contrariada.

—¿Qué es eso de que alguien les ofreció dinero? —le preguntó Allyson nada más salir.

—No lo sé —le respondió Josselyn extrañada—. Tomaremos nota por si vuelve a repetirse, pero es muy extraño. Le preguntaremos a Judy si le ha pasado lo mismo.

La morena de cabello rizado las recibió después de llamar varias veces. Resopló descaradamente nada más verlas, algo que sorprendió a ambas.

—¿No nos esperabas, Judy? —le preguntó Josselyn seria.

—Me acosté tarde... estaba dormida... —se justificó—. No tengo buen despertar...

Josselyn miró a su alrededor con una mueca. Todo sucio y desordenado. Colillas, botellas de alcohol, ropa sucia...

—Judy te hemos dado bastantes oportunidades...

—¿Oportunidades? ¿Ustedes? ¿Una vivienda a cambio de pagar un alquiler? ¿Formación en un taller de costura con unas muertas de hambre? Lo que gane en un día como costurera lo puedo ganar en media mañana en las tabernas del muelle —les dijo seria.

Josselyn la miró furiosa.

—¿Has vuelto a prostituirte?

—¿Y qué si lo he hecho? A vosotras dos, tan estiradas y remilgadas no os vendría mal un

hombre entre las piernas de vez en cuando.

—Muy bien, Judy, hablaré con Ángela. Puedes ir desalojando el apartamento.

—¿Crees que me importa? Locket me prometió dinero a cambio de nada.

—¿De nada? —le respondió Josselyn enfadada—. Exactamente nada es lo que vas a conseguir si aceptas su ayuda. ¿Cuánto crees que te durará? Nosotras te estábamos dando la oportunidad de salir adelante por ti misma, sin tener que depender de nadie —pareció que Judy dudaba—. Pero la decisión ha sido tuya. No sé qué día volveremos, pero será para cambiar la cerradura de la puerta, así que ve sacando todo en cuanto puedas.

Josselyn salió indignada seguida de Allyson que había permanecido observando todo en silencio.

—¡Qué furiosa estoy!

—No me extraña —le respondió Allyson mientras llegaban a la calle.

—Preferir las tabernas de los muelles a un taller de costura... Aceptar la ayuda de Locket... A eso se refería Gabrielle. Ese sinvergüenza se ha metido en nuestro terreno... ¡Ahí está! ¡Mathew Locket!

Allyson siguió a Josselyn sorprendida. Nunca la había visto tan enfadada. El hombre menudo y de raído bigote que acababa de salir de un edificio cochambroso las miró con una sonrisa irónica.

—Vaya, dos corderitas de lady Blackbury—les dijo divertido—. ¿Me buscabais por algo?

—¡Sabes por qué te buscamos, sinvergüenza!

El hombre, en un segundo, se quitó el anillo que llevaba en el dedo anular de su mano derecha, y, acto seguido, dio a Josselyn una bofetada que la hizo trastabillar sorprendida.

Allyson se puso delante de su amiga mientras una multitud de curiosos los rodeaban entre voces y risas.

—¿Cómo se atreve a agredir a una mujer? —le preguntó enfadada con los brazos en jarras.

—¿A una? No, bonita, a dos —exclamó levantando la mano para abofetearla también a ella.

Antes de que Allyson pudiera echarse atrás para evitar el golpe, James sujetó por el brazo al escuálido individuo.

—Es hombre muerto si lo hace —le amenazó en un susurro helador.

El hombre lo miró con los ojos desorbitados. Allyson lo miraba aliviada. James iba vestido con su amplia camisa blanca y unos pantalones marrones, similar a todos los que les rodeaban.

—¿Ha vuelto? —le preguntó sorprendido.

James lo miró fijamente sin soltarle. La tensión reinaba en el ambiente.

—Como puede ver, sí, he vuelto.

Mathew Locket carraspeó levantando la otra mano en señal de rendición. Abultaba la mitad que James, en tamaño y estatura. Sabía que tenía todas las de perder en un enfrentamiento. James le soltó colocándose frente a él junto a las dos mujeres.

—No se enfade... No se enfade... Estaba haciéndoles ver a las señoritas que este lugar no es seguro para ellas.

—Porque estás tú que eres escoria ¡Sinvergüenza! ¡Cobarde! —le increpó Josselyn con la mano sobre la mejilla golpeada—. Esto no va a quedarse así. Ahora mismo voy a denunciarle a la comisaría de policía.

Mathew Locket le miró con una sonrisa irónica.

—¿Y a quién creen que van a creer? A un hombre respetable como yo que estoy ayudando a estos indigentes —se oyó un murmullo de quejas a su alrededor— o a un par de jóvenes desvergonzadas que buscan diversión masculina en los muelles.

—¿Cómo se atreve? —exclamó Josselyn empujando a James para abofetearlo por sorpresa. Los ojos del hombre hervían de rabia tras recibir el inesperado golpe.

—Esta vez no ha sido tan rápido —le dijo irónico a James—. Le han fallado los reflejos.

—Yo no he visto que haya ocurrido nada —le dijo manteniéndole la mirada mientras Allyson cogía a su amiga por el brazo—. Pero si no quiere tener problemas, yo de usted no volvería a... dificultar la presencia de estas señoritas en el East End. Esto es demasiado grande y hay mucha gente deseando recibir ayuda, como para que tengan que cruzarse en el camino.

—Las mujeres deberían quedarse en casa que es donde tienen que estar —murmuró serio mirándolas con desprecio.

—Esa es su opinión, y por cierto no se la hemos pedido —le respondió James arrogante—. Si no va a disculparse ante ellas inmediatamente, le recomiendo que se largue... ahora mismo —le dijo amenazador.

Mathew Locket no se molestó en despedirse. Se abrió paso a codazos entre los curiosos que los rodeaban y desapareció mientras la aglomeración se diluía.

—¿Estáis bien? —les preguntó preocupado a las dos jóvenes.

Las dos asintieron.

—Supongo que perdí los nervios —se justificó Josselyn todavía con la mano en su mejilla—. Se ha metido en nuestro terreno, contactado con nuestra gente, y eso es algo que no puedo soportar.

James asintió sin dejar de mirar a Allyson.

—¿Esto te sigue gustando?

Allyson asintió.

—Algún día puedo no estar cerca —le avisó luchando contra sus ganas de acariciarle la mejilla.

—No espero que siempre lo estés.

Josselyn los miraba extrañada. Parecía que entre los dos había algo más que no lograba entender. James miraba a su amiga como si... como si... ¿la amara? Negó con la cabeza. ¿Cuánto se habían visto? ¿Dos veces? ¿Tres?

—Esto no suele pasar —le explicó Josselyn extrañada—. Quizá yo no debería haberle increpado en público, pero igualmente pondré la denuncia. Muchas gracias por ayudarnos.

James la miró y asintió. Bajando la cabeza a modo de saludo se despidió de ellas y encaminó sus pasos hacia el final de la calle.

Allyson le siguió con la mirada. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—No sé cómo hubiera acabado el encuentro de hoy de no haber sido por él —comentó Josselyn siguiéndolo con la mirada.

Allyson asintió.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No, no —le respondió Josselyn—. Aun nos quedan tres viviendas por visitar. ¿Se me nota el golpe?

Allyson negó con la cabeza.

—No mucho... La siguiente es la de los dos hermanos irlandeses.

Josselyn se sonrojó.

—Sí, será una visita rápida.

El resto de la mañana pasó tranquila y sin incidentes.



Cuando el viernes por la mañana llegaron a la oficina de Ángela, se sorprendieron de ver a James estaba allí con ella, hablando relajadamente. Se levantó del asiento en el que estaba para saludarlas con su atractiva sonrisa. Allyson sintió como el corazón se agitaba en su interior mientras el color teñía sus mejillas. Le gustaba verlo, aunque no pudiera arrojarse a sus brazos.

—James me estaba comentado el altercado que tuvisteis con Locket.

Las dos jóvenes asintieron ocupando sus habituales lugares frente a la mesa.

—Hoy volveré a hablar con sus superiores. No voy a consentir que nadie amenace a mis visitadoras y se lo comentaré también a Octavia —les explicó enfadada—. Podemos tener diferentes puntos de vista sobre la caridad o diferentes maneras de abordarla, pero eso no es excusa para amedrentar a nadie. ¡Qué sinvergüenza!

Constance entró por la puerta, tranquila como siempre, y saludó antes de sentarse en su lugar.

—¿Tú no has tenido problemas en tus visitas? Locket ha estado importunando a Jossie y a Allyson. Incluso se atrevió a abofetear la Jossie. No voy a consentirlo.

—Vaya... No, yo no he tenido problemas —le respondió Constance mirando a sus compañeras—. ¿Estáis bien? Bastante tenemos con que se enfaden algunos de los que reciben nuestra ayuda como para tener que enfrentarnos con alguien más.

—No se puede evitar que se enfaden si no se les ayuda en todo lo que quieren, o no se les da todo lo que piden, y más si Locket va por detrás con limosnas. Pero es cuestión de tiempo y de que vayan asumiendo su responsabilidad personal. Pero esto no lo voy a consentir —miró a James—. Muchas gracias por ayudar a mis chicas ayer. Es bueno saber que te mueves por la misma zona.

James y Allyson cruzaron sus miradas antes de que él asintiera y saliera por la puerta.

Todas lo siguieron con la mirada.

—¿Va a ser tu nuevo fichaje? —le preguntó Josselyn divertida a Ángela.

Ángela sonrió.

—Bastante tiene con lo que hace... —Martha entró tarde como siempre—. ¿Todo bien, Martha?

—Sí, sí —les sonrió—. Ayer estuve en Toynbee Hall, hubo una conferencia muy interesante y supongo que me acosté más tarde de lo normal.

—¿Y a tu novio le parece bien que te muevas por esos sitios o te acompañó? —le preguntó Ángela

—Bueno... lo cierto es que no sabe nada —les dijo encogiéndose de hombros con una sonrisa.

Todas sonrieron mientras Ángela se ponía en pie.

—Hoy todas tenemos cosas que hacer, así que cuanto antes empecemos, mejor —les dijo con decisión.



Allyson se sorprendió a mitad de semana cuando Robert acudió a visitarla a la hora del té. La esperaba sentado en el salón hablando cómodamente con su madre cuando Allyson entró a recibirlo.

Realmente era apuesto y educado, pensó. Probablemente hubiera sido un buen marido si James no se hubiera cruzado en su camino, si ella no hubiera descubierto lo que se puede sentir entre los brazos de un hombre apasionado.

Pidió permiso a su madre para pasear por el jardín, y ella aceptó con la esperanza de tener una fecha que anunciar al regreso de su paseo.

Robert paseó a su lado, respetuoso, entre los frondosos árboles que formaban un pequeño corredor hasta llegar a una preciosa rosaeda.

—Allyson, creo que debo avisarte de que estoy empezando a impacientarme —le comentó serio sin mirarla.

Allyson cogió aire decidida a liberarlo de su obligación con ella. Lo había pensado mucho y había optado por empezar a hablar con él antes que, con sus padres, que siempre le hacían doblegarse.

—Tienes razón —le respondió ella—. No te mereces que te haga esperar tanto para decirte una fecha.

Robert se detuvo y la miró de frente.

—¿Eso es que vas a decirme la fecha ya? ¿Hoy mismo? —La sujetó por los brazos y la besó aplastando los labios contra los suyos.

Allyson se retiró. Ya no sentía el más mínimo interés en comprobar si los besos que daba podían parecerse a los de James. Robert la miró contrariado.

—¿Qué ocurre? Nunca habías rechazado mis besos.

Allyson suspiró. No le estaba resultando sencillo.

—Estamos en mitad de la temporada —comenzó—. Hay muchas jóvenes casaderas, Robert... quizá encuentres alguna... más de tu agrado...

Robert la miró cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Qué estás queriendo decirme? Tú eres de mi agrado.

—¿Por qué quieres casarte conmigo, Robert?

—Podrías ser una buena esposa, Allyson —le respondió extrañado por la pregunta—. Eres preciosa, educada, elegante... te conduces bien en los bailes... No dudo de que sepas llevar una hacienda como la mía, o educar a nuestros hijos.

Allyson lo miró seria.

—¿Te parecen suficientes razones para unir nuestras vidas?

Robert la miró empezando a enfadarse.

—¿Qué libro has estado leyendo?

Allyson se sonrojó. Sus sentimientos no eran la consecuencia de ningún libro. Casi le parecía

ofensivo que no la considerara capaz de tener ideas propias.

—No voy a decirte que esperaba casarme por amor, porque nunca había entrado en mis planes ni en los de mi familia conducirnos por tal concepto —le explicó con sinceridad—. Cuando acepté tu propuesta estaba decidida a casarme contigo, de verdad, pero...

—Tenías que haber puesto la fecha antes. Ahora ya estaríamos casados, probablemente esperando un hijo y no estarías pensando tonterías.

Allyson se encogió de hombros. Afortunadamente no estaban casados, aunque si lo hubieran estado quizá le hubiera bastado con convertir a James en su amante. Pero esto no tenía que ver con James. Era ella la que había descubierto un mundo nuevo que quería explorar y del que quería formar parte.

—Lo siento mucho, Robert —le dijo manteniéndole la mirada—, pero no creo que sea buena idea que nos casemos.

Robert la miró furioso.

—¿Me has hecho perder el tiempo cortejándote para nada?

—Por eso te pido disculpas —reconoció con humildad—. No era mi intención.

—¿Lo has hablado con tus padres?

—Ellos no quieren anular la boda. Te respetan y aprecian como yo, Robert.

—Para ti, a partir de ahora, soy el conde de Norfolk —le recordó enfadado—. Voy a darte tiempo para que te replantees todo lo que me has dicho hasta el baile del sábado y te exigiré la fecha o la firme decisión de anular nuestra boda. Espero que estés preparada para las consecuencias.

Allyson se estremeció ante sus duras palabras y su fría mirada. Robert se alejó a grandes zancadas dejándola sola y sorprendida. Había sido un momento bastante desagradable pero no estaba dispuesta a dar marcha atrás. Solo tenía que decírselo a sus padres... otra vez... Aunque, suspiró, podía ser Robert, el que por orgullo asumiera la responsabilidad en la ruptura y le pusiera a ella las cosas un poco más fáciles.



La noche del baile, Ángela no apareció y Josselyn lo había hecho acompañada de su futuro marido. Sonrió a Allyson nada más verla y se le acercó para presentárselo. Era un hombre más mayor que ellas, de ojos claros y trato amable. Las dos amigas compartieron con él la conversación hasta que Robert la invitó a bailar con bastante frialdad e indiferencia.

Allyson aceptó ante la preocupada mirada de su amiga. Allyson sentía que la adrenalina le recorría el cuerpo. Estaba a punto de correrse la voz por la cancelación de su boda. Algo que sin duda disgustaría a sus padres. Solo esperaba que no afectara a su hermana para encontrar un pretendiente adecuado.

Después de un frío e impersonal baile, la llevó hasta la terraza a la que se accedía desde el salón. Una pareja de jóvenes volvió dentro al ver su intimidad interrumpida.

Ambos se apoyaron en la balastrada de piedra mirando hacia el exuberante jardín de sus anfitriones. Allyson, más que la suave brisa que soplaba notaba la incomodidad del tenso momento. Le hubiera gustado que las cosas hubieran sido más fáciles, que Robert hubiera aceptado la negativa como un caballero y le evitara tener que repetirle lo mismo que días antes. Pero no. Volvían a estar a solas para hablar de lo que no iba a suceder entre ellos.

—¿Y bien? ¿Te has replanteado las cosas?

Allyson lo miró a los ojos. Sentía que no lo conocía. No recordaba haberlo visto tan enfadado y su mirada en esos momentos le imponía respeto y bastante recelo.

—Lo siento, pero...

—Te abofetearía ahora mismo —le susurró furioso haciéndola retroceder impresionada—. No eres la mujer obediente y sumisa que me habías hecho creer. Muy bien, lady Connelly, voy a tener la deferencia que usted no ha tenido conmigo y voy a darle un margen de media hora para que avise a sus padres de que la boda se ha suspendido. No pretendo que sea un escándalo, pero como comprenderá necesito encontrar otra esposa entre las jóvenes de esta temporada.

—No creo que tenga problema para ello —le respondió sincera manteniendo las distancias—. Pero espero que Christine no se vea afectada.

—No haré ni diré nada para perjudicarla, pero no puede evitar que las personas hablen o traten de averiguar las razones de nuestra ruptura. Razones que ni yo mismo conozco, por cierto.

Allyson asintió.

—No estoy segura de que haya alguna más que no sea que no sentimos lo mismo.

—¿Estás hablando de amor? —le preguntó irónico—. Eso son cuentos para mujeres de hombres que buscan satisfacer sus cuerpos. ¿Eso tendría que haber hecho?

Allyson dio un paso atrás, mientras él la miraba de arriba abajo como si no llevara ropa.

—Agradezco que me respetaras —le respondió molesta por su actitud.

Robert la miró con desdén y antipatía.

—Supongo que, si te hubiera seducido, no habrías podido negarte.

Allyson se sonrojó. Robert le echó una última mirada con desprecio y la dejó sola en la terraza.

Ella suspiró aliviada a la vez que sentía que las rodillas le temblaban. Solo le quedaba decírselo a sus padres, que tampoco sería agradable, pero ya no había marcha atrás.

Bajó al jardín pensativa. No sabía lo que podría ocurrir después. Se sentía inmersa en la más profunda incertidumbre, pero a la vez era consciente de que estaba dando pasos en dirección hacia lo que quería, pero ¿a qué precio?

Oyó a alguien carraspeando a su espalda y se giró asustada. James la miraba apuesto, con una sonrisa arrogante, con una actitud de autosuficiencia que invitaba a su corazón a latir más rápido. Admiraba su firmeza y autodeterminación y esa seguridad personal que irradiaba.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sorprendida al ver que estaba nuevamente vestido con ropa elegante.

—Esperaba verte.

—Pero ¿y si te descubren? No creo que un sindicalista sea bien recibido.

James sonrió.

—No me importa lo bien o mal que me reciban. Realmente no pensaba entrar.

Allyson asintió. Era lógico. No tenía nada que hacer allí entre la nobleza. Probablemente si lo vieran lo mandarían apresar.

Dio un paso hacia ella, cogiéndola por las muñecas.

—¿Entonces eres libre para poder cortejarte?

Allyson lo miró sorprendida por la pregunta. No sabía hasta qué punto era sincera, o cuáles eran sus verdaderas intenciones.

—No te tengo por un hombre capaz de amedrentarse, aunque haya otro pretendiente en juego —le respondió sin contestar intencionadamente.

—No lo soy. Así hubieras tenido un ejército de hombres detrás, como seguro que hubieras tenido si no hubieras aceptado enseguida a Norfolk, nada me hubiera detenido, pero quería que fueras tú la que tomara la decisión.

—¿Qué decisión? ¿Romper la relación?

—Sí —le respondió en un susurro mientras la cogía por la cintura—. Debías ser tú quien tomara la decisión siendo fiel a tus sentimientos y no porque supieras que yo te estaba esperando.

Allyson entrecerró los ojos confundida.

—¿Qué estabas esperando?

—Que acabaras con ese pretendiente tuyo. Quería que estuvieras segura de lo que hacías porque no sentías nada por él y no porque yo fuera un clavo al que agarrarse... o una mejor opción.

Allyson suspiró.

—Tú no eres una opción... No puedes serlo... Mis padres se disgustarán en cuanto se corra la voz de que no se va a celebrar mi boda. Imagina que además de eso les digo que ... ¿qué? Tú no me has propuesto nada... me besas cuando quieres, me haces sentir cosas que ni sabía que se podían sentir...

—Pues tú no te niegas a ellas —le sonrió arrogante sin soltarla.

Allyson se sonrojó.

—Nos hemos visto por casualidad, pero si estás pensando que esto puede ser algo más serio, espero que no insistas porque no puede ser.

—¿Por qué no? Sabes que hay algo entre nosotros que es superior a nosotros mismos.

Allyson quiso creerlo. Los ojos de él brillaban, parecía sincero, y además sabía lo que hacía ella por las mañanas cuando Josselyn iba a buscarla.

—Pierdo todo si me voy contigo.

—¿Qué pierdes?

—Todo, mi casa, mi dote... mis padres ya me lo han dicho.

—¿Les has hablado del motivo que ha ocasionado que rompieras tu compromiso con Robert?

Allyson se encogió de hombros.

—¿De ti? No, porque me di cuenta de que tú no me habías dicho nada serio... Además, apenas te conozco... a veces pienso que estás jugando conmigo. Eres un hombre.

Como si eso fuera explicación suficiente.

—¿Serías capaz de dejarlo todo si yo te pidiera que lo hicieras? —le preguntó James con curiosidad.

—¿Me querrías si yo no tuviera nada? —le respondió ella con otra pregunta mientras seguían mirándose a los ojos ajenos a todo lo que les rodeaba.

—¿Acaso te he preguntado qué tienes o cuánto? Solo sé lo que he visto y que eres una mujer comprometida con la causa de lady Blackbury.

—Sabes mi apellido, has hablado con Ángela, podría habértelo dicho. Tú eres un obrero, y además sindicalista... Si pensabas obtener una dote conmigo o el acceso a una de las fábricas de mi padre, ya te aviso que no vas a conseguir nada.

—No lo quiero. No lo necesito —le sonrió con cierta prepotencia—. Te quiero a ti.

Allyson lo miró en silencio. Su corazón aceleró los latidos. La boca de James atrapó la suya

reclamando una respuesta. Ella se estremeció devolviéndole el beso con la misma pasión. No era capaz de resistirse a su contacto, a su calor, a su boca.

—Yo no estoy segura... —se separó ruborizada.

—Ahora que has rechazado a tu pretendiente y sabes que me tienes a tus pies, te has vuelto poderosa —le dijo burlón.

—No creo que te tenga a mis pies —le respondió seria.

—Pues ahí me tienes, Allyson—le aseguro con voz ronca—. Quiero que te cases conmigo, que pasemos la vida juntos. Yo sé lo que haces. Tú sabes lo que hago yo. Te amo y sé que tú también me amas. ¿A qué tienes miedo?

—¿Cómo sé que me dices la verdad?

—Ya te lo he dicho alguna vez. Confía en ti, en lo que sientes. ¿lo harás?

La besó con ternura para sellar sus palabras.

Allyson asintió.

—Pues hagamos las cosas como esta sociedad en la que vivimos manda —le dijo—. Vuelve adentro antes de que no pueda contenerme más y no te preocupes por nada.

Allyson asintió y volvió al salón de baile con las mejillas sonrojadas. Se sentía eufórica. Josselyn fue hacia ella nada más verla.

—¿Estás bien? —le preguntó extrañada—. Te veo radiante.

—Ya le he dicho a Robert que no iba a casarme con él —le explicó.

—¿Y por eso estás tan emocionada? ¿Y tus padres?

—Voy a decírselo ahora. Hablamos el lunes y te cuento todo.

Allyson entró al salón de baile buscando a su madre con la mirada. Vio a Christine bailando con un joven muy apuesto con una gran sonrisa en los labios y se alegró por ella. Ojalá sintiera lo que ella estaba sintiendo en ese momento. Se sentía amada, libre, capaz de conseguir todo lo que se propusiera. Si eso era el amor, no le extrañaba que Christine quisiera sentirlo, experimentarlo, compartirlo con alguien durante toda su vida.

No vio a Robert por ningún sitio. Supuso que estaría lamiendo sus heridas, las que ella, sin pretenderlo, le había causado, y estaría preparándose para hacerlo público, con los comentarios que ello despertaría.

Vio a su madre sentada en uno de los sofás que había junto a la pared en compañía de unas cuantas mujeres más. Supuso que sus respectivos maridos estarían hablando en la biblioteca. A su padre se lo tendría que decir más tarde.

Se dirigió hacia su progenitora. La mirada de su madre se cruzó con la de ella.

Josephine enarcó una ceja notando cómo empezaba a enfadarse. Su hija mayor parecía demasiado emocionada. Sonreía, los ojos le brillaban. ¿Qué había hecho?

—Madre, necesito hablar contigo —le susurró mientras ya la veía levantarse.

Josephine se disculpó ante sus conocidas y salió del salón seguida por su hija. Nada más atravesar la puerta se giró conteniendo la rabia que había empezado a sentir en su interior.

—¿Qué has hecho, Allyson?

—No voy a casarme con Robert —le confirmó—. Él ya lo sabe.

Josephine apretó con fuerza el abanico que tenía en su mano.

—Vámonos a casa —le dijo—. Esto no va a quedarse así. Espero que tu hermana no sufra las consecuencias de tu irresponsabilidad. Espéranos en el carruaje.

—Puedo irme sola...

—¿Y que nosotros suframos la vergüenza que tú nos has causado? No esperaba que fueras tan egoísta. Ve a avisar a tu padre de que salga. Estará reunido en la biblioteca.

Josephine fue a buscar a su hija menor. Le costó varios mohines sacarla del salón de baile. Lord Connelly ya se estaba acercando a su hija mayor con el semblante serio. Christine miraba a su hermana extrañada.

—Si vienes a decirme la estupidez que has cometido, quiero que sepas que el conde de Nokflok ya me lo ha dicho, Allyson.

—Padre, no...

—Hablaemos en casa —le dijo serio—. Pero tampoco vamos a hacer que parezca una deshonra —se acercó a su mujer y a su hija menor—. Quedaos vosotras. Christine no tiene por qué sufrir las consecuencias de la decisión de su hermana. Yo me llevaré a Allyson a casa. El conde me ha asegurado que no te ha deshonrado ¿es cierto?

Allyson asintió ruborizada.

—Te quedarás toda la semana sin salir de casa —le avisó su padre disgustado—. Mandaré el carruaje a por vosotras —le dijo a su mujer y a su hija.

—¿Y qué diremos si alguien nos pregunta? —le preguntó Josephine a su marido.

Lord Connelly miró a su hija serio.

—¿Qué vas a decir? La verdad. Que era algo que no esperabas y que te lamentas por ello.

Josephine asintió seria y se dirigió hacia la sala de baile. Christine, confundida, siguió a su madre mientras giraba la cabeza para mirar a su hermana, asombrada, sin saber qué pensar. No entendía por qué parecía tan feliz.

El camino de vuelta a casa fue muy tenso, pero Allyson agradeció que su padre no le pidiera explicaciones que ni ella misma se veía capaz de dar. Recordó la conversación con James ¿Qué le había dicho? ¿Que quería cortejarla? ¿Que quería casarse con ella? No estaba segura de cómo iba a hacerlo, pero por lo menos ella había dado el primer paso... pero ¿y si él le había mentado? ¿Y si le pasaba lo mismo que a Constance? Negó con la cabeza. No quería plantearse esa posibilidad.



La tensión que reinaba a la hora del desayuno la relajó Christine relatando emocionada todo lo que había sentido la noche anterior.

Allyson se esforzaba por prestarle atención. Se notaba más relajada, habían desaparecido sus síntomas de ansiedad y el mundo no había eclosionado. Ya le habían comentado que la noticia de la anulación de su boda había corrido como la pólvora por el salón. Todo estaba dentro de la normalidad, incluido el silencio de sus padres y el monólogo que mantenía la hermana mediana.

—¿Lo viste Allyson? —le preguntó Christine entusiasmada untando su tostada con mermelada—. Me pareció tan guapo, tan alto, tan fuerte...

Josephine carraspeó pidiendo disimuladamente a su hija cierto recato en sus opiniones.

Christine se disculpó avergonzada. Su padre también la estaba escuchando.

—No lo recuerdo —le respondió Allyson.

—Creo que se presentó mientras el conde de Norfolk empezaba a bailar con las jóvenes y les contaba su dolorosa ruptura —comentó Josephine mirando ceñuda a su hija mayor.

Allyson miró a su madre. ¿Dolorosa ruptura? Quizá humillante si quería verla así, por el tiempo que llevaba esperando una respuesta, pero ¿dolorosa? En ningún momento había notado dolor en sus gestos o sentimientos.

—¿Y qué va a pasar ahora? —preguntó Laura—. Allyson vuelve a buscar esposo.

—No —respondió Allyson.

—Si —respondió Josephine a la vez mientras miraba con los ojos entrecerrados a su desobediente hija mayor—. Por supuesto que sí. Esta semana no saldrá de casa, pero acudirá al siguiente baile lánguida, triste y avergonzada por la decisión tomada.

—No me averg...

—No nos importa, Allyson —le replicó su madre—. No vas a estropear la temporada de Christine. Podrías haber esperado a que eligiera pretendiente para conseguir que toda la atención recayera sobre ti.

—Pero ya he elegido —les aseguró Christine—. Quiero al marqués de Ackermann. Y he oído que él está buscando esposa.

Laura resopló escandalosamente ganándose una mirada seria de sus padres.

—Lo viste ayer por primera vez —le dijo a su hermana—. No puedes conocerlo en tan poco tiempo.

—Fue amor a primera vista —aseguró Christine con un suspiro—. Lo quiero a él.

—¿Y él a ti? —le preguntó Laura.

Christine le hizo una mueca.

—Es cuestión de tiempo —le dijo con total convencimiento.

—De todas maneras, Allyson, espero que esta vez tengas las cosas más claras —le regañó su padre—. Tu comportamiento ha sido vergonzoso e inexcusable. Afortunadamente es conocida la facilidad con la que las mujeres cambian de opinión y lo volubles que son con sus sentimientos...

Las tres hijas miraron a su padre molestas por sus comentarios.

—Espero que eso baste para justificar tu manera de proceder con el conde de Norfolk.

Allyson le miró sin contestar. Se veía incapaz de darle una respuesta lógica que disculpara lo que había hecho.



Después de toda la semana recluida en casa, sin poder leer nada más que la Biblia, y a escondidas a Jane Austen, Allyson estaba deseando salir. Lo que menos le importaba era el baile al que se dirigían. Ya le habían advertido de que debía mostrarse sumisa y reservada pues sería objeto de muchas miradas y comentarios.

No quería encontrar un nuevo pretendiente. Ella se conformaba con ver a Josselyn, incluso a

Ángela. Realmente era la única razón por la que iba... aunque también existía la posibilidad de ver a James quizá entre las sombras del jardín.

Quería pensar que él la habría echado en falta al no verla durante la semana por las calles en las que se encontraban.

Fue muy consciente de los murmullos que se desataron cuando se sentó junto a su hermana y su madre en uno de los sillones de la sala de baile. Allyson suspiró. Ya no daba importancia a esos cotilleos malintencionados. Quizá estaba aprendiendo demasiado de Ángela y no le importaban lo más mínimo. También la buscó con la mirada. Ya se había acostumbrado a ella y a Constance, y a Martha, y se sentía muy bien en su compañía. Esperaba poder volver el lunes.

—Si no hubieras rechazado al conde de Nokfolf, también estarías bailando —le comentó Christine en un susurro y los ojos brillantes de la expectación—. Yo me reservo para el marqués de Ackermann.

Allyson la miró sin responder. Admiraba su inocencia e ilusión.

—Ahí está —exclamó Christine emocionada.

Allyson se giró para ver al futuro pretendiente de su hermana y se quedó sin palabras.

James acababa de entrar con su traje negro como mandaba la etiqueta. Tan guapo. Tan atractivo. Con su caminar prepotente, derrochando masculinidad y firmeza con cada paso. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo se había atrevido a entrar, incluso a saludar a los invitados con los que coincidía? Venció sus ganas de ir a por él y sacarlo de la fiesta. Le parecía una temeridad y sin embargo él parecía tan cómodo.

—¿No te parece muy guapo? —insistió Christine.

—¿Quién? —preguntó a su hermana en un susurro sin dejar de mirar a James.

—El marqués de Ackermann —le dijo sin poder ocultar la emoción de sus palabras—. Madre me ha dicho que debo mostrarme indiferente. Que cuanto más me resista más atractiva me encontrará... ¡Ay, Allyson! lo que daría porque me cogiera en sus brazos y me besara.

—Pero ¿quién es?

—Está junto a la chimenea, no mires.

Allyson miró. Junto a la chimenea estaban lord Bondshire, el vizconde de Ardington y... ¿James?

—¿A quién te refieres?

—Por favor, Allyson —le respondió impaciente—. El hombre alto y moreno al que acaba de saludar sir Templeton.

Allyson parpadeó incrédula. ¿James? ¿El marqués de Ackermann? ¿Un noble? ¿Había estado jugando con ella todo el tiempo? ¿Había dejado que creyera que se estaba besando con un simple obrero o con un problemático sindicalista? Allyson sentía que todo le daba vueltas.

Su madre se acercó a ellas con una copa de ponche.

—Christine, relájate un poco —le ordenó su madre—. Ese hombre va a adivinar tus sentimientos en cuanto te mire y le vas a dar la llave para que se aproveche de ellos —se sentó entre las dos—. Y tú, Allyson ¿te encuentras bien? Parece que hayas visto un fantasma.

Allyson miró a su madre.

—No. No me encuentro bien.

—¿Ya empezamos? No sé si te has propuesto acabar con la presentación de tu hermana o ya te estás arrepintiendo de haber rechazado al conde de Nokflok.

—Creo que saldré a tomar el aire...

—Es demasiado pronto para frecuentar la terraza —le advirtió su madre seria—. De aquí no te mueves.

Allyson sentía que le faltaba el aire. Vio a Ángela mirarla con una media sonrisa desde la puerta de entrada. Pensó en acercarse a ella, aunque fuera de manera disimulada, pero el temblor que sentía en sus piernas amenazaba con no sostenerla. Cerró los ojos tratando de serenarse.

Cuando los abrió vio a lady Blackbury, preciosa con un vestido oscuro, acercándose en compañía del marqués.

—Lady Connelly, no sé si conoce al marqués de Ackermann —le dijo a su madre con una sonrisa, haciendo que las tres se levantaran respetuosamente ante ella.

Josephine asintió educada mirando al joven tan apuesto con el que Christine no había dejado de soñar en toda la semana.

—No tenía el placer de conocerle personalmente, pero me habían hablado de usted.

—Espero que bien —le respondió James con una atractiva sonrisa mientras su mirada se detenía en Allyson, acariciándola con la mirada.

—No lo dude —le sonrió amable—. Estas son mis hijas, Christine y Allyson.

Él asintió con una sonrisa sincera. Christine lo miró intensamente antes de bajar sus ojos pestañeando coqueta a modo de saludo, como tantas veces había ensayado delante del espejo de su dormitorio.

Allyson miró a Ángela y luego a él, seria.

Josephine miró contrariada a la mayor de sus hijas que no había abierto la boca. Más bien tenía los labios firmemente cerrados.

—Allyson pensaba salir a tomar aire, no parece encontrarse bien —justificó, incómoda, el silencio de su hija.

—Puedo acompañarla —le propuso atento James.

Allyson negó con la cabeza.

—No es necesario, muchas gracias —le contestó furiosa—. Seguro que aquí encuentra distracciones mejores.

Allyson se alejó de ellos sin dar opción a nada, ante la atónita mirada de su madre, que trató de disculpar su airado desdén.

Salió a la terraza enfadada. ¿Qué había pasado? ¿Era marqués? ¿Había estado jugando con ella todo el tiempo? ¿Por qué no se lo había dicho desde el principio? ¿Por qué le había hecho creer que se había enamorado de un obrero sindicalista, con lo sencillo que hubiera resultado aceptar que amaba a un acaudalado marqués? Busco la sombra de un rincón tratando de regular su agitada respiración.

—Creí que te alegrarías de que tuviera un título—le dijo él poco después a sus espaldas manteniendo una distancia prudente al no estar seguro de su reacción.

Allyson se giró y le miró furiosa. Lo tenía frente a él. Tan diferente físicamente del obrero al que había conocido y tan parecido en su actitud arrogante y prepotente.

—¿Por qué no me dijiste quién eras desde el principio? Todo hubiera sido más fácil, por lo menos para mí.

James se encogió de hombros.

—Nos conocimos en un ambiente diferente. Nadie aquí sabe a lo que me dedico cuando no estoy en actos sociales.

—Me hiciste creer que eras un obrero, que eras un sindicalista —le acusó—. ¿Sabes todo lo que he pasado por pensar que lo dejaba todo por alguien como quien me habías hecho creer que eras?

James la miró serio.

—Podría decirte que me has dejado claro que no me quieres por mi fortuna, pero lo cierto es

que no me importa...

—Me mentiste.

—No. No te dije que tenía un título.

—¿Cómo voy a confiar en ti? —le preguntó.

—Confía en ti, y en lo que sientes.

Allyson le dio la espalda furiosa.

—Ahora solo sé que me siento engañada y utilizada. No sé a qué has jugado conmigo ¿Querías información de la fábrica de mi padre?

—Nunca hubiera pensado que la hija de un hombre sabría sobre sus negocios —le explicó—. Entré en la fábrica para buscarla por mis propios medios y me encontré contigo ¿recuerdas?

Allyson se sonrojó.

—¿Por qué me besaste? ¿Acaso tú sabías quién era?

Él se le acercó casi rozándole la espalda.

—No supe quién eras hasta que Ángela me lo dijo.

—¿Y qué pretendes ahora? ¿Presentarte en sociedad como estás haciendo para encontrar una esposa y tenerme a mí en esa vida paralela que parece que llevas?

Oyeron unos pasos tras él que les hizo guardar silencio mientras veían acercarse a la orgullosa anfitriona de la concurrida fiesta.

—¡Está aquí, marqués! Lo estábamos buscando —le dijo lady Hookenold, mirándolos extrañada—. No puede esconderse mucho tiempo. Las jóvenes quieren bailar con usted. Y... lady Connelly también debería volver dentro... no se debe alimentar a las malas lenguas —le advirtió maternal.

James asintió galante, ofreciendo su brazo a la distinguida mujer para acceder al interior.

Allyson los siguió rezagada mientras permitía que la suave brisa de la noche le templara la rabia que sentía. Desde la puerta miró hacia el salón de baile. James acababa de coger entre sus brazos a una joven que debía estar esperándole para bailar. Una punzada de celos rasgó su palpitante corazón. No estaba dispuesta a soportar eso.

Vio a Ángela en la mesa del ponche con Josselyn cerca y fue hacia ellas con paso firme.

—¿Ha ocurrido algo que no sepa? —murmuró Ángela, disimulando su presencia.

—¿Por qué no me dijiste que James era el marqués de Ackermann? —la acusó directamente.

Josselyn miró a Allyson extrañada y después a Ángela, que no parecía haberse inmutado ante esa imprevista muestra de enfado.

—¿Acaso eres tú la razón de que últimamente frecuente tanto nuestras oficinas? Quizá eres tú quien tenía que haberme comentado algo al respecto.

Allyson se sonrojó avergonzada.

—¿Que está ocurriendo? —susurró Josselyn confundida tendiéndole una copa de ponche.

Allyson la miró y miró hacia James que seguía bailando con la misma joven.

—Discúlpame, no sabía quién era él —se justificó—. James y el marqués de Ackermann son la misma persona —explicó a su amiga.

Josselyn sonrió sorprendida dirigiendo la mirada al hombre que estaba invitando a Christine a bailar.

—Cada vez hay más nobles comprometidos con la causa social —Ángela sonrió victoriosa—. Los tiempos están cambiando... pero ¿dónde está el problema?

Las dos mujeres miraron a Allyson que se alejó de ellas sin responderles. Allyson solo quería salir de allí, esconderse, pensar en el giro que acababan de tomar las cosas. Se dirigió a su madre que miraba con una sonrisa a su hija menor entre las parejas que bailaban.

—Madre, no me encuentro bien —le comentó sin sentarse a su lado para justificar su futura ausencia.

—Pues con un ponche no creo que te encuentres mejor —le dijo sería sin prestarle mayor atención—. Más te valdría empezar de nuevo a buscar marido.

—Tenía usted razón, madre —le dijo sería y cabizbaja—. Los hombres son unos mentirosos.

Josephine miró a su hija extrañada y volvió a mirar hacia la pista de baile donde se veía al conde de Norfolk bailando con una joven muy bonita.

—Fuiste tú quien dejaste al conde, no pretenderías que te esperara con los brazos abiertos por si cambiabas de idea ¿no?

Allyson siguió la mirada de su madre. Vio a Robert sonriendo amistoso a la joven con la que bailaba. Lo cierto era que ni se había fijado en él.

—Acabamos de llegar, Allyson. Tu hermana está disfrutando. Te recuerdo que debe encontrar pareja y escondiéndose, como tú pretendes hacer, no va a conseguirlo.

—No importa, madre —le respondió sería—. El cochero me llevará a casa, y volverá a la fiesta.

Josephine miró a su hija mayor contrariada.

—Supongo que no te está resultando fácil ser el centro de tantos murmullos.

Allyson solo sentía ganas de llorar de impotencia. Negó con la cabeza. Josephine asintió comprensiva.

—Yo avisaré a tu padre. Deja el ponche y tómate algo caliente antes de acostarte —le recomendó con firmeza.

Allyson asintió y con un ligero asentimiento con la cabeza salió del salón de baile con una gran opresión en el centro de su pecho.



A la hora del desayuno, Christine estaba emocionada. Había bailado un baile con el marqués de Ackermann y no encontraba más adjetivos para describir la memorable experiencia. Allyson, sin apenas prestar atención, estaba cabizbaja untando la mantequilla en su tostada con muchísima calma, mientras Laura escuchaba atenta a su expresiva hermana.

—Aún queda media temporada —le comentó su madre—. No te hagas demasiadas ilusiones, Christine. Los hombres como él se toman su tiempo para escoger esposa.

—Pero el año pasado no apareció en la temporada ¿no? No recuerdo que Allyson tuviera opción a él.

Allyson levantó la mirada al oír su nombre.

—Por lo visto ha pasado un tiempo fuera —les explicó su madre desayunando tranquila—. ¿Ya te encuentras mejor, Allyson?

Allyson asintió en silencio. Había dormido muy mal tratando de ordenar sus pensamientos y de comprender sus sentimientos. Había justificado el comportamiento de James y lo había

condenado al mismo tiempo. Estaba deseando hablar con Josselyn, incluso con Ángela para poder aclarar sus ideas en voz alta. Y, por supuesto, ansiaba ver a James para darle el tiempo que necesitara para explicarle con calma el porqué de su engaño.

Lord Connelly entró con un gesto serio y firme en el comedor.

—Pareces de mal humor, querido —le dijo Josephine con suavidad.

—El marqués de Ackermann —les resumió—. Anoche hablé con él. Es insolente, pretencioso y arrogante. No sé qué ideas absurdas tiene con respecto a los trabajadores de las fábricas. Por lo visto está a favor de esos movimientos sindicalistas...

—Pero ¿cómo es posible si comparte nuestra clase social? No se puede dar tanta libertad a quien no sabe qué hacer con ella —determinó Josephine seria—. Toda esa chusma estaría perdida si se les dieran más derechos. Mientras trabajan no se emborrachan ni roban a nadie.

—Pero es tan guapo, padre —suspiró Christine.

Lord Connelly la miró serio.

—No voy a buscar una enemistad con él, Christine. No me conviene. Pero agradecería que pusieras tus ojos en otro hombre.

—Demasiado tarde —le sonrió ella con los ojos brillantes—. Mi corazón ya ha elegido.

—¿Tu corazón? —le preguntó Laura extrañada—. ¿Tan pronto?

—Cuando es el hombre de tu vida, lo sabes —les dijo convencida con una sonrisa de oreja a oreja.

—Antes de entregarle tu corazón tendrás que saber si él te corresponde ¿no? —preguntó Allyson molesta con el tema de conversación.

—No digas tonterías, Allyson —le respondió su hermana, soñadora—. Somos mujeres. Tenemos nuestras armas para conquistarles —parpadeó exageradamente.

Allyson la miró contrariada. Era lo que le faltaba, que su hermana se creyera enamorada de él... Porque no lo estaba, decidió. Era imposible que lo estuviera.

—Por favor, Christine —le respondió su madre—. Hay que ser más discreta. Ese hombre debe estar en el punto de mira de todas las jovencitas de la temporada, y en el de sus madres.

—Pues te garantizo que no en el de sus padres —les dijo serio lord Connelly mientras el mayordomo llamaba su atención desde la puerta.

—Disculpen, el marqués de Ackermann pide permiso para ver a lady ...

Christine se levantó de un salto emocionada ante la atónita mirada de sus padres.

—¡¡Si!! —exclamó estirándose el vestido.

—Disculpe, señorita... el marqués pregunta por lady Allyson.

Allyson se sonrojó violentamente mientras sentía todos los ojos puestos en ella.

—No puede ser —replicó Christine sin dar crédito a lo que había oído—. No conoce a Allyson.

Allyson se puso de pie con todas las emociones revueltas.

—Debe tratarse de un error... se lo haré saber.

El padre se levantó serio.

—Se lo haré saber yo.

—Querido, es un buen partido y la revelación de la temporada —le advirtió Josephine—, y tienes tres hijas en edad casadera. No digas nada de lo que puedas arrepentirte. Además, se ha tomado muchas molestias al venir tan pronto.



James esperaba paciente en la biblioteca de lord Connelly. Sabía que hubiera sido más sencillo hablar con Allyson en las calles, pero no podía ni quería esperar para hablar con ella.

La noche anterior había desaparecido sin llamar la atención y le había dejado con una inquietante y desagradable sensación de malestar. Le había dado la impresión de que ella tenía dudas sobre él y sus intenciones, y no estaba dispuesto a consentirlo.

Había intercambiado unas palabras con el padre de la joven que quizá no habían sido las más afortunadas. Él estaba hablando sobre sus ideas revolucionarias con otros hombres cuando el conde de Connelly se había acercado con curiosidad manifestando su oposición a casi todo lo que él argumentaba.

No le había extrañado, pero tampoco le había agradado. No cuando aún no había pedido la mano de la joven. Tenía por supuesto que, debido a su título y su dinero, no se le iba a negar, pero hubiera preferido partir de, por lo menos, un mínimo aprecio por parte de su familia.

Fue el conde de Connelly el que entró por la puerta con un semblante serio.

—Temo que mi hija no va a poder recibirle, marqués —le dijo distante a modo de saludo.

James lo miró serio.

—¿No puede o no quiere hacerlo? —le preguntó con cierta frialdad.

—Lo cierto es que no se lo he preguntado —reconoció indiferente—. ¿Podría saber cuál es el motivo real de su visita? Ayer quedó claro que nuestros puntos de vista con respecto a las empresas son diferentes si no opuestos. No esperaba que quisiera volver a debatirlos, y menos cuando no hay posibilidad alguna de acercar posturas.

—No vengo a hablar de negocios, conde —le respondió serio—. Pretendía hablar con su hija.

—¿Con qué intenciones?

—Voy a casarme con ella.

—Será si yo lo permito.

James suspiró serio.

—No voy a negar que me gustaría obtener su permiso, pero como acertadamente supondrá, no tenerlo no hará que yo cambie de idea, si ella me acepta.

Lord Connelly parpadeó asombrado.

—¿Puedo hablarle sinceramente? —James asintió con un gesto de cabeza—. Me habían avisado de que usted era rebelde y temerario... supongo que debe ser fácil cuando se es joven y se tiene su dinero y posición, pero la vida pone a todos en su sitio y cuando las aguas vuelvan a su cauce, tendrá que retractarse de todos sus ideales sindicalistas. ¿Arrastrará a mi hija con usted a esa vergüenza?

James le mantenía la mirada serio.

—Su hija es muy capaz de alejarse sola de aquello en lo que no cree, como habrá comprobado. No es fácil arrastrarla.

—Es una mujer.

—Inteligente y tenaz como usted sabrá bien —le respondió—. Pero lamento decirle que el progreso es el que está creando un nuevo cauce para esas aguas de las que habla. Usted debería plantearse que el cambio laboral es una realidad que va a transformar muchos de los conceptos obsoletos que llevamos tiempo arrastrando. De todas maneras, no es algo de lo que quiera convencerle. Usted mismo puede llegar a esa conclusión. Mi intención era hablar con su hija.

Lord Connelly lo miraba lleno de rabia.

—No quisiera enemistarme con usted —le advirtió.

—Tampoco es mi deseo —le confirmó James sin ceder en su posición.

—Pero considero que no es el mejor momento para que hable con ella —le dijo orgulloso—. No bajo mi techo.

James aceptó con un gesto firme de asentimiento. Él ya había manifestado sus intenciones al progenitor de la joven. Ahora solo tenía que esperar a hablar con ella, y sabía perfectamente dónde encontrarla.

El mayordomo le acompañó a la puerta dejando a lord Connelly visiblemente enfadado en su biblioteca. Aquel hombre parecía decidido a casarse con su hija. Emparentarse con el marqués no era algo que hubiera previsto, pero tampoco era mala idea.

Christine entró en la biblioteca sin llamar, seguida de su madre y sus hermanas.

—¿Qué le has dicho, padre? ¿Por qué ha salido tan pronto?

Lord Connelly miró a su hija mediana extrañado. Después miró a Allyson. ¿De qué hija habían estado hablando?

—Lo verás otro día —le respondió huraño—. Ahora dejadme. Quiero estar solo.

Todas salieron de la biblioteca cumpliendo sus órdenes mientras lord Connelly se recostaba intranquilo en el sillón de la biblioteca. No estaba a favor del cambio que se estaba produciendo en las empresas, no quería verlo como una constante en ellas, y temía, realmente, que las palabras del marqués fueran ciertas.



A la mañana siguiente, Allyson subió al carruaje de Josselyn aliviada y encantada de estar con su amiga. Josselyn la esperaba intranquila e impaciente.

—No he podido dejar de pensar en ti —le dijo nerviosa—. Te fuiste muy rápido de la fiesta. Creí que estarías más tranquila sabiendo que James y el marqués de Ackermann son la misma persona. Significa que estás enamorada de un marqués y no de un obrero sindicalista —le resumió con una sonrisa—. Eso lo facilita todo.

—Después de que se me pasara el enfado por su engaño, eso quise pensar —le respondió Allyson—, pero mi padre no quiere oír hablar de él por sus ideas reivindicativas y Christine cree estar enamorada del marqués desde que lo vio la primera vez.

Josselyn parpadeó asombrada.

—Vuelves a estar en una posición incómoda...

Allyson se encogió de hombros.

—No he hablado con James. Lo intenté en la fiesta. Él no me había dicho quién era, pero sus palabras siempre me habían parecido sinceras. Siento que Christine esté en medio.

—Pero él no ha alentado sentimientos hacia ella.

—No. Supongo que no, pero es tan enamoradiza.

—En cierto modo me das envidia —le confesó Josselyn—. Nada me gustaría más que Aidan no fuera un inmigrante irlandés. Imagínate que, de repente, fuera un marqués... rompería mi compromiso con lord Vance sin pensarlo.

Allyson miró a su amiga sorprendida.

—¿Te refieres a Aidan Byrne?

Josselyn asintió ruborizada.

—¿No te parece guapo?

Allyson pensó en el joven pelirrojo de ojos azules al que iban a visitar los lunes.

—Bueno... es muy amable y parece que muy responsable —le respondió extrañada—. ¿Estás enamorada de él?

Josselyn se encogió de hombros, abatida.

—Me parece guapo, respetuoso, trabajador...—le sonrió—. No es que lord Vance no lo sea... lo de respetuoso, digo... pero lo cierto es que es más mayor, más serio... me da la impresión de que voy a casarme con alguien como mi padre...

—¿Y Aidan lo sabe? Es decir, ¿habéis hablado alguna vez de tus sentimientos?

—No, claro que no —le respondió escandalizada—. ¿Qué voy a decirle? Además, no es correspondido. Solo podría aspirar a que fuera mi amante si no me importara la diferencia social o que él pudiera mantener relaciones con otras mujeres en mi ausencia, y lo cierto es que ambas cosas me importan —aceptó—. Eres muy afortunada, Allyson. Has tenido que luchar por ello, pero has ganado.

—Bueno, aún no sé si he ganado o qué he ganado.

Josselyn sonrió a su amiga.

—Para mí ya es una victoria que hayas roto tu relación con el conde de Norfolk, en contra de lo que se esperaba de ti, y James parece un buen hombre además de tener un título y una fortuna. Aunque no haya sido fácil, todo parece que va saliendo bien. Como amiga, me alegro mucho por ti.

Allyson de lo agradeció cogiéndole de la mano con cariño.

—Tengo que agradecerte tu apoyo y compañía —le sonrió—. También me presentaste a Ángela... de no ser por ti, toda mi vida seguiría siendo la de antes.

—¿De no ser por mí? —sonrió humilde—. Has sido tú quien ha desafiado las normas. Yo no he hecho nada.

—Estabas a mi lado —le reconoció Allyson—. Eso es mucho.

Josselyn asintió con una sonrisa.

—Eso es fácil. Ángela también lo ha hecho fácil. Somos como una pequeña familia.

Allyson suspiró.

—Supongo que sí.

—Mira a Constance —le comentó Josselyn—. Supongo que también ella se sentiría perdida después de lo que le ocurrió con ese sinvergüenza.

Allyson le dio la razón mientras paraban frente al edificio de ladrillo rojizo.

Ángela les estaba esperando dentro hablando con Constance y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola chicas, sentaos —les dijo satisfecha—. Iba a esperar a que llegara Martha, pero ya se lo contaré después. He conseguido que cesen a Locket de su puesto.

Las tres jóvenes se miraron sonriendo.

—¿Cómo lo has conseguido? —le preguntó Josselyn.

Ángela las miró enarcando una ceja.

—Por supuesto que me he valido de mi posición social, no lo voy a negar —les confesó—. Si me otorga poder sería absurdo no aprovecharlo, pero argumenté los ataques que os había dirigido, les conté sus andanzas entre los inquilinos de nuestras casas. Parece ser que Judy —miró a Josselyn— también se había presentado diciendo que les había prometido ayuda cuando abandonaran nuestra vivienda, y solo les había dado algo de limosna los dos primeros días. Se sintió engañada y, ya conocéis la educación de esa mujer. Se presentó en mitad de alguna reunión increpándolo. No le hicieron caso, pero como yo también argumenté lo mismo, y ya llevamos tiempo así, al final lo han cesado. Teníais que haber visto su cara.

—¿Y si toma represalias? —le preguntó Constance temerosa.

—No creo —le respondió Ángela—. En el fondo era un cobarde. Es un noble, pero no tiene título. Enemistarse personalmente con quien lo tiene es un error, y no es tan tonto como para ello.

Martha entró con unas marcadas ojeras y sin su habitual alegría.

—Disculpad el retraso —les pidió ocupando su sitio.

Todas la miraron preocupadas.

—¿Estás bien, Martha? —le preguntó Ángela.

—Sí. No —reconoció—. Mathew me ha pedido matrimonio —les explicó—. Claro que quiero casarme, nos conocemos desde hace muchos años, pero por lo visto quiere irse de Londres, y yo aquí estoy muy bien.

Todas asintieron atentas.

—Sé que vaya donde vaya habrá sufragistas, o, con un poco de suerte, visitadoras...

—Siempre podrías guiarlas tú —le sonrió Ángela—. Lo harías muy bien, y seguiríamos igualmente en contacto.

Martha asintió confundida.

—Gracias por tu confianza, Ángela, pero no es solo eso. Si me fuera tendría que casarme inmediatamente, y no estoy muy segura.

—Pero chicas, ¿que os pasa con el matrimonio? —les preguntó Ángela—. Ya os he dicho que es compatible con lo que hacemos, no es ningún problema.

—Lo sé —insistió Martha—, pero no sé si Mathew me apoyaría, la verdad. Este fin de semana ha estado soltando una colección de barbaridades con respecto a las mujeres, al poder que tienen algunas... parece ser que alguna mujer ha sido la causante de su despido. Y me extraña, siempre ha estado muy comprometido activamente con la ayuda a los demás. Me cuesta entender...

—¿Quieres que interceda por él? —le preguntó Ángela—. Los privilegios que da un título pueden servir para mucho.

—¿Podrías? —le preguntó Martha esperanzada—. Quizá podrían readmitirlo y así no tendría que irme de aquí.

—Claro, mujer —le aseguró convencida cogiendo un lapicero para tomar nota—. Dime su nombre y con quien he de hablar.

—Mathew Locket —le informó aliviada—. No estoy segura de con quien colaboraba.

Todas se miraron entre sí sorprendidas.

—¿Mathew Locket? ¿No muy alto? ¿Con un fino bigote?

Martha asintió extrañada.

Ángela se echó hacia atrás en su silla soltando el lapicero.

—Pero Martha, ¿no nos has oído hablar de él cientos de veces?

Martha negó con la cabeza extrañada-

—Siempre llega tarde —comentó Josselyn mirando a su amiga—. Probablemente no se habrá enterado...

—¿Cómo que no? —le preguntó Ángela—. Sabías que habían atacado a Josselyn y a Allyson y que habían tenido problemas en sus viviendas, ¿Verdad? Incluso Constance también tuvo algún pequeño incidente.

Martha asintió sin comprender.

—¿De quién te crees que hablábamos? Mathew Locket es de la vieja escuela, de los que consideran que la limosna es la solución a los problemas de la pobreza...

—Pero eso es solo mantener el problema...

—Pues claro —le respondió Ángela—. ¿Qué sabes tú de sus ideas?

Martha negó con la cabeza.

—No lo sé... lo conozco desde que somos niños —les explicó—. Fue una relación que se formó por la costumbre...

—¿Sabe él que apoyas a Emmeline Pankhurst?

Martha negó con la cabeza.

—Madre mía, Martha... he sido yo quien ha conseguido que le den la patada. Hombres como él son una lacra.

—Pero... no es mala persona... —les comentó totalmente confundida.

—Pues a mí me abofeteó —le comentó Josselyn—y, si James no hubiera aparecido, a Allyson le hubiera hecho lo mismo.

Martha se echó hacia atrás en su silla abatida.

—Entonces, siempre que os quejabais de que alguien os causaba problemas ¿os referíais a él?

Todas asintieron. Martha resopló apoyando las manos en sus mejillas.

—Pues tengo que hablar con él cuanto antes... esto no puede continuar.

Todas fueron a abrazarla.

—A ver, y para que no haya más malentendidos con esto de dejar los títulos en la puerta... James es el marqués de Ackermann, por si no lo sabíais...

Constance y Martha la miraron sorprendidas. Allyson hizo una mueca. Hubiera agradecido saberlo antes.



Josselyn y Allyson salían de cobrar el alquiler de la casa de Gabrielle cuando vieron a James a lo lejos. Allyson ya se había acostumbrado a buscarlo con la mirada cuando estaba en la calle. Él pareció darse cuenta y despidiéndose del grupo de hombres con los que estaba fue hacia ellas.

—Supongo que querrá hablar contigo —le comentó Josselyn—. Puedo ir sola a ver a Aidan. Allyson le sonrió con cariño. Quizá un poco de intimidación...

—No pienses cosas raras —Josselyn interrumpió sus pensamientos divertida—. Ya te he dicho que no me planteo nada con él. Lord Vance me dará una vida tranquila y seguiré ayudando a Ángela, ni aspiro a más ni quiero más. No pienses que me conformo con lo que tengo. Lo que tengo es simplemente lo que quiero.

—No te he dicho nada —se defendió Allyson sin acritud.

—Bueno, por si lo pensabas —le respondió burlona dando un paso atrás cuando él llegó hasta ellas.

Vestía las mismas ropas que los obreros, y no perdía nada de su atractivo. Las saludó con una sonrisa. Josselyn se fue tranquila. Allyson miró a James seria. Su cuerpo reaccionaba ante su presencia de manera natural. El pulso se le aceleraba, el corazón le latía más fuerte... y ella estaba molesta por no poder controlarlo.

—Pensaba verte antes de tu reunión con Ángela, pero no pude acercarme —le explicó—. Surgió un problema en una de las fábricas.

—¿Una rebelión quizá propiciada por algún obrero sindicalista? —le preguntó con ironía.

James la miró desconfiando de la intención de su comentario. No parecía que estuviera deprimida por los murmullos desaprobadores que él mismo había escuchado en la fiesta acerca de su ruptura con el conde, ni siquiera parecía enfadada. Más bien la veía con mucha seguridad en sí misma, lo que le daba un atractivo aún mayor.

—Probablemente... —quiso cambiar de tema—. Fui a tu casa ayer por la mañana, ¿te lo dijo tu padre? Hablé con él.

—Sí, lo sé. Pero no nos dijo de lo que hablasteis —le respondió manteniendo la distancia—. Por cierto, mi hermana Christine cree estar enamorada de ti.

—¿Por qué?

—Tú sabrás —le acusó distante.

James hizo una mueca, resignado.

—Yo no he hecho absolutamente nada para ello —resopló—. Es por lo que siempre me he mantenido alejado de ese tipo de fiestas. Mujeres como aves de rapiña que quieren quedarse con el mejor partido. Disculpa, no lo digo por tu hermana, o por tu familia, a fin de cuentas, tú también acudes a esas fiestas.

Allyson levantó la cabeza, altiva.

—Sí, las mujeres tenemos la costumbre de acudir a esas fiestas a encontrar maridos —aceptó—. Nos acusan de actuar como aves de rapiña, mientras que algunas de nosotras sentimos que se nos exhibe como cabezas de ganado y los hombres eligen según su conveniencia.

—Parece que estás molesta al respecto.

—¿No lo estás tú? Eso me pareció entender.

—Por eso no entro en ese juego —le explicó incómodo—. Y no hubiera asistido a ninguna fiesta de no haber sabido que habías roto tu compromiso con el conde de Norfolk. Quería reclamarte como mía.

Allyson se sonrojó mientras sentía que su corazón latía con más fuerza.

—¿Y mi hermana se cruzó en medio y te pareció mejor opción?

—No digas tonterías. Te quiero a ti, Allyson...

—¿Y por qué debo creerte ahora? ¿Cómo sé que es cierto lo que me dices?

James dio un paso hasta ella sujetándola con suavidad por las muñecas para evitar que se alejara de él.

—Mírame, Allyson —le pidió en un susurro acercando los labios a los suyos.

Allyson levantó la vista sin moverse de donde estaba. Su piel ardía donde él la sujetaba. Sus cuerpos se sentían. Sus labios casi se rozaban.

—Te amo, Allyson. Sabes que estoy acostumbrado a luchar por aquello en lo que creo...

Oyeron a Josselyn carraspear junto a ellos. A regañadientes, James se separó.

—Siento interrumpir, pero como tenemos que seguir con las visitas... —se disculpó—. Puedo ir sola, pero quería avisar a Allyson.

—No te preocupes —le sonrió acalorada Allyson—. James ya me ha dicho todo lo que quería decirme.

James le miró con los ojos entrecerrados. Estaba muy seguro de lo que quería, y como todo lo que se proponía, le costara lo que le costara, lo conseguiría.

Se hizo a un lado para dejarlas pasar y las siguió con la mirada hasta que entraron en un edificio de viviendas. Con una sonrisa en su rostro volvió caminando hacia el grupo de trabajadores con los que estaba hablando minutos antes.



Cuando llegaron al siguiente baile, lady Connelly cogió a Allyson del brazo antes de bajar del carruaje, mientras Christine y su padre se adelantaban.

—Espero que hoy no des motivos a nadie para hablar sobre nosotros. Tu hermana se juega mucho.

Allyson asintió.

—Y también espero que no pongas como excusa que te encuentras mal para salir huyendo si algo no sale como tú quieres —le advirtió—. Van a pensar que tu salud es débil y eso tampoco resulta atractivo para ningún caballero.

Allyson asintió con un suspiro. Agradeció en silencio la brisa nocturna que pareció recibirlos en cuanto llegaron frente a la escalinata de acceso a la mansión de los condes de Perman, los anfitriones de esa noche.

Christine las esperaba impaciente junto a su padre.

—Vamos, por favor. Estoy deseando ver al marqués de Ackermann...

—Eh... Christine —la interrumpió Allyson quedándose rezagada con su hermana—. Creo que debería decirte algo.

Christine la miró extrañada dejando que sus padres se adelantaran a ellas.

—¿Sabes las veces que te he llevado la contraria cuando hablabas sobre el amor?

Christine asintió mirando a su hermana mayor.

—Tenías razón. Yo estaba equivocada.

Christine sonrió emocionada.

—¿Te has enamorado? ¿Por eso anulaste tu compromiso con el conde de Norfolk?

Allyson asintió mientras junto a ellas pasaban otros invitados al baile.

—Ya nos lo contarás en casa —le sonrió tirando de ella—. Seguro que Laura quiere escucharte, y también me dará la razón.

—Christine... puede que... el marqués de Ackermann... no esté interesado en ti —le susurró.

Christine la miró extrañada. Allyson se arrepintió de no haber encontrado un momento mejor o más tranquilo para hablar de ello durante la semana, pero no sabía cómo abordar el tema.

—No sé por qué dices eso —le recriminó molesta empezando a caminar—. Sabes lo que siento por él.

—Sí, pero quizá él no sienta lo mismo por ti.

—¿Cómo puedes pensar eso? —le preguntó molesta—. Allyson que tú estés enamorada, no significa que seas la única que puede estarlo. Y ahora, si me disculpas, tengo algo más importante que hacer que estar aquí contigo.

Airada, y con la cabeza muy alta dejó a Allyson junto a la puerta de entrada del salón.

Allyson, con un suspiro, recorrió el elegante y ornamentado espacio con la mirada. Ya estaba acostumbrada a hacerlo buscando las puertas de acceso a la terraza, a Ángela o a Josselyn, la mesa de ponche, los asientos para las mujeres que no estaban interesadas en bailar, incluso buscaba a James como hacía en las calles del East End...

La música empezó a sonar invitando a las parejas a ocupar el centro del salón de baile.

Sonrió al ver a Josselyn, con un bonito vestido verde, acompañada por su prometido junto a uno de los grandes ventanales. Parecía que últimamente la acompañaba a todas las fiestas, afianzando aún más su compromiso. Josselyn sonreía mientras hablaban entre ellos con cierta complicidad. Fue hacia ella cuando de repente sintió que alguien la cogía por el brazo y la sacaba a la pista de baile.

Se sonrojó cuando James la rodeó con sus brazos y comenzó a dirigirla al ritmo de la música. Le miró a los ojos. Le brillaban divertidos. Estaba realmente guapo vestido de color oscuro. La sujetaba con seguridad y fuerza. Su cuerpo se estremecía junto al de él. Se dejó guiar bajando la mirada temerosa de que él supiera claramente lo que sentía en ese momento.

Cuando la música acabó, ella hizo una sutil reverencia y fue a alejarse, pero él se lo impidió, cogiéndola de nuevo entre sus brazos para comenzar con la siguiente pieza.

Allyson le miró ligeramente alarmada. No debía bailar más de una pieza con un caballero y mucho menos, dos seguidas. James debía saberlo.

—¿Qué pretendes? —le preguntó ruborizada mientras la música los envolvía haciéndoles sentir que no había nadie más a su alrededor.

—Creo que está claro. Estoy haciendo públicas mis intenciones de casarme contigo.

Allyson trastabilló haciendo que él sonriera con arrogancia, sujetándola con fuerza.

—Deberías hablarlo antes con mi padre.

—Tu padre ya lo sabe.

—¿Y te ha dado el consentimiento?

—No se lo pedí —le aclaró—. Le informé de mi intención de casarme contigo. Solo eso. Eres tú quien debería dármele, Allyson.

—Pero... —el corazón de Allyson había empezado a latir con fuerza. Una sensación de alegría la invadió.

—Además, me acusaste de que no te lo había puesto fácil —le recordó—. Puede que tuvieras razón, así que déjame que corrija mi error.

—¿Cómo? Avergonzándome en publico

—No, dejando claro a todos los aquí presentes que tú eres con quien quiero casarme.

—Pero... —no sabía qué pensar, ni qué decir.

Todo parecía que le daba vueltas, las mismas que estaba dando ella.

—Y te evitaré que tengas que dar explicaciones a tu familia de lo que haces con lady Blackbury.

—Pero... —le parecía increíble lo que le estaba ocurriendo.

Allyson se sentía confundida. Buscó con la mirada a su hermana que bailaba con un joven apuesto que la hacía sonreír. Se cruzó con la de su madre que la miraba ceñuda. Vio a Ángela junto a la mesa de ponche que le sonreía junto a Josselyn que mantenía las distancias para que no las asociaran. Miró a James que la miraba con una sonrisa irresistible.

—¿Tienes alguna duda? Te conozco, Allyson. Sé que eres una mujer inteligente, que te gusta leer, que eres una de las visitadoras de lady Blackbury, que eres valiente y comprometida, que quieres hacer del mundo un lugar mejor... —le resumió—. Te respeto y te admiro. Y te amo por todo ello.

—¿Lo dices de verdad? —su corazón amenazaba con salirse del pecho.

—¿Por qué iba a mentirte? Tú ya sabes que soy sindicalista —hizo una mueca burlona—, que daré algún que otro dolor de cabeza a tu padre, que soy testarudo, que no me rindo ante lo que me propongo y que también quiero que el mundo mejore. Ah... y soy el marqués de Ackermann, así que no necesito tu dote si tus padres te desheredan por casarte con alguien que consiente y comparte tus mismos ideales.

Allyson lo miró con una incipiente sonrisa. Casi sentía que podía flotar.

—Yo diría que esta vez te lo estoy poniendo muy fácil. ¿Qué me respondes, lady Connelly? ¿Quieres casarte conmigo?

Allyson asintió temblorosa entre sus brazos. Dichosa. Enamorada. Feliz.



Querida lectora:

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio positivo en Amazon para ayudar a su divulgación.

Y quiero agradecerte el gesto invitándote a descargar gratuitamente la novela «*Una pasión escondida*» de la serie Edentown, en este enlace: <http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/>

¡¡Un abrazo!!

Annabeth Berkley

Otros libros de la autora

Un San Valentín para Hannah

Jason Davenport tiene que recuperarse del ataque al corazón que le ha hecho frenar en seco su ajetreado y apreciado ritmo de vida. Los médicos le recomiendan que se relaje, pero él no está dispuesto. Si no puede trabajar desde la oficina, lo hará desde casa, y para eso necesita un asistente personal, sin responsabilidades, que lo ayude.

Hannah Harris no se puede creer la suerte que tiene. Va a empezar a trabajar como asistente personal para el magnate de los negocios Jason Davenport. Recibirá un magnífico sueldo gracias al que podrá independizarse definitivamente... aunque su ataque al corazón le traiga dolorosos recuerdos

El pasado de ambos y el Día de San Valentín se interpondrá entre ellos obligándolos a enfrentarlo y a mirarse a los ojos.

¿Podrán sanar sus heridas y dejar al Amor, el espacio que se merece en sus vidas?

Descarga tu copia hoy haciendo clic en este enlace: <https://amzn.to/2MUzw5x> y disfruta de unas de las bonitas historias de amor de Annabeth Berkley.

Tres novios por Navidad

Kelsey Barret necesita un tiempo para reflexionar. Su novio a distancia la ha dejado y su trabajo no le satisface. Decide volver al hogar de su familia, del que guarda tan buenos recuerdos, y pasar allí la Navidad.

Faye Barret responde a la llamada de su prima para reunirse en la vieja casa de la abuela. Espera que a sus hijos les guste tanto como a ella y puedan distraerse de la primera Navidad sin su padre.

Charlize Barret decide tomar todas las vacaciones que le debe la empresa para la que trabaja y disfrutar con sus primas en el hogar familiar. Necesita relajarse del estrés de la ciudad y desconectar una temporada de su ajustada agenda laboral.

Lo que empezó como un homenaje a los recuerdos del pasado, se convirtió en un impulso para un futuro inesperado.

Encuétralo en este enlace <https://amzn.to/2JBbqed> y disfruta del Amor y del ambiente navideño en cualquier época del año.

Una decisión afortunada (Edentown 1)

Laurel sabe lo que quiere. Nick cree que también lo sabe... hasta que conoce a Laurel.

Laurel Harding llevaba tiempo sin fijarse en ningún hombre, así que cuando un joven tremendamente atractivo sugiere la posibilidad de alquilar una habitación en Edentown de manera temporal, no duda en ofrecerle la que queda libre en su casa.

Mientras tanto, sigue esperando que los herederos del hotel en el que trabaja respondan al email que les ha enviado reclamando su atención y un aumento del presupuesto.

Nicholas Jordan es el encargado de comprobar que el hotel favorito de su abuelo, donde había

decidido retirarse y pasar los últimos años de su vida, realmente cuenta con el potencial que la ambiciosa gerente y probable examante de su ancestro les manifiesta.

Llega a Edentown dispuesto a comprobarlo sin prever que ser fiel a sí mismo puede hacer que su vida salte por los aires, pero que no serlo puede que sea aún peor.

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/2FcUyIF>
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!